
HARLEQUIN
Jazmin
EL HOMBRE MÁS ADECUADO
CARLA CASSIDY

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El hombre más adecuado, n.º 1845 - junio 2016
Título original: What If I'm Pregnant?
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8223-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo

Prólogo

Colette Carson entró en el cuarto de baño y sacó el test de embarazo de la bolsa de plástico. Los dedos le temblaron mientras abría la caja y sacaba el test y las instrucciones.

Leyó las instrucciones rápidamente y se miró en el espejo. Tenía los ojos ligeramente hinchados por haber llorado durante la mañana, y su cara pálida reflejaba el sufrimiento que sentía. No debía pensar en ello, se dijo mientras volvía a mirar las instrucciones una vez más. Definitivamente, no podía pensar en él.

Cuatro semanas atrás su único deseo había sido estar embarazada, y había decidido convertirse en madre soltera. Había encontrado una clínica que practicaba la inseminación artificial y se había sometido a ella. Cuatro semanas atrás, todo lo que quería era estar embarazada, pero eso había sido antes de conocerlo, antes de haberse enamorado de él y antes de que el corazón se le rompiera en un millón de pedacitos.

Leyó las instrucciones otra vez. Había comprado el test que le parecía más fácil de usar: en tres minutos aparecería un signo más o un signo menos en la ventanita. El más significaba que estaba embaraza; el menos, que no lo estaba. Así de sencillo y fácil. Pero desde que la habían inseminado artificialmente su vida se había complicado de repente y ya no estaba segura de querer estar embarazada.

Decidida a no esperar más tiempo, hizo el test, lo dejó en la encimera y se preparó a esperar los tres minutos.

–Oh, Dios mío –murmuró–. ¿Y si estoy embarazada?

Capítulo 1

Catorce días.

Colette Carson entró en su apartamento, se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá de color beige. Habían pasado exactamente catorce días desde que la habían inseminado artificialmente y cada uno de esos días se había preguntado si su deseo, su sueño, se iba a hacer realidad.

Si todo había salido bien, entonces no sólo sería la propietaria de La Boutique del Bebé, sino que también se convertiría en una de sus mejores clientes. Sonrió con dulzura y se acarició el vientre amorosamente.

Nunca había estado más preparada para tener un bebé. Tenía veintiocho años, la boutique iba mucho mejor de lo que había esperado y confiaba en poder criar a un hijo ella sola. Había tomado la decisión de convertirse en madre porque tenía todo lo demás en su vida. Lo había pensado y planeado cuidadosamente.

Miró el reloj y se dio cuenta de que Gina estaría enseguida en la casa, y le tocaba a Colette preparar la cena. Se levantó del sofá, pensando en la joven que trabajaba para ella en la tienda y que también era su compañera de piso desde hacía tres semanas.

Gina Rothman era una joven dulce y considerada de veintiún años que alquilaba la segunda habitación de Colette hasta que pudiera permitirse vivir sola. Una vieja amiga le había preguntado a Colette si podría aceptar en su casa a la joven y la primera respuesta de Colette había sido «de ninguna manera». Después de una serie de malas compañeras de piso, Colette había decidido que no iba a volver a compartir el apartamento. No necesitaba el dinero, y desde luego que tampoco necesitaba los dolores de cabeza.

Todavía se estaba intentando recuperar de la última compañera, llamada Trina, que practicaba yoga completamente desnuda en el salón de Colette. Pero Margaret Jamison había insistido y le había asegurado que Gina Rothman era una joven muy dulce dispuesta a trabajar duro y a hacerse un lugar en el mundo. Finalmente Colette

había cedido, y hasta ese momento el acuerdo había ido bastante bien.

Gina no parecía tener vicios ocultos y estaba ansiosa por aprender todo lo que Colette pudiera enseñarle sobre llevar un negocio y vivir en la ciudad.

Ya en la cocina Colette abrió el frigorífico y miró el interior, intentando decidir si prefería hacer espaguetis o tacos. Oyó que se abría la puerta principal y que se cerraba de golpe. Salió de la cocina y entró en el salón, donde vio a Gina echando la cadena a la puerta.

–¿Espaguetis o tacos? –le preguntó a su guapa compañera de piso.

Gina se giró para mirar a Colette con unos grandes ojos azules que reflejaban pánico.

–¡Tienes que esconderme! –exclamó tomando la mano de Colette–. Tienes que decirle que no vivo aquí y que no sabes quién soy ni dónde estoy –dijo rápidamente mientras miraba la puerta con el rabillo del ojo.

–Cálmate –contestó Colette alarmada–. ¿Qué está pasando? ¿De quién te estás escondiendo? –genial. Sabía que Gina era demasiado perfecta para ser verdad. ¿Se le había olvidado mencionar a algún antiguo novio loco?

–Es Tanner. Me ha encontrado –dijo Gina con lágrimas en los ojos.

–¿Quién es Tanner? –preguntó Colette empezando a preocuparse al ver la angustia de Gina.

–Mi hermano –las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas–. Y sé por qué ha venido, para llevarme de vuelta a ese estúpido rancho. ¡Es miserable y odioso y no está dispuesto a dejarme crecer!

Colette se tranquilizó un poco al saber que la amenaza venía de un hermano, no de un maníaco.

–Lo único que tienes que hacer es explicarle que te va bien y que no quieres volver al rancho –le dijo suavemente.

Gina sacudió la cabeza con fuerza, haciendo revolotear el cabello de color oscuro.

–Tú no conoces a Tanner. No me escuchará… Nunca la hace, pero siempre consigue lo que quiere –soltó la mano de Colette,

corrió a su dormitorio y cerró la puerta.

Inmediatamente después llamaron a la puerta. Colette dudó antes de responder, intentando asimilar lo que Gina le había dicho. Cuando había admitido a Gina en su casa, sabía que era la primera vez que la joven vivía sola.

Gina había salido de su casa paterna en el oeste de Kansas y se había instalado en Kansas City para comenzar a ser independiente. Así que el hermano mayor había llegado a la ciudad para controlarla, pensó Colette.

Todo lo que tenía que hacer era convencer a Tanner Rothman de que Gina no se había corrompido y de que se sabía manejar ella sola con madurez y sentido común.

Le quitó el seguro a la puerta y la abrió. Todos los pensamientos racionales se desvanecieron durante un momento al ver al hombre alto y de hombros anchos con seductores ojos azules. Llevaba unos vaqueros desteñidos y ajustados, una camisa azul y botas. Su cabello era del mismo color oscuro e intenso que el de Gina, pero lo llevaba corto, lo que acentuaba sus facciones pronunciadas. Gina no le había dicho que su hermano era un monumento de primera calidad.

–Buenas tardes –dijo él con voz agradable–. Me llamo Tanner Rothman y he venido para hablar con mi hermana.

Tanner sonrió y Colette se relajó un poco. Gina se lo había descrito como un auténtico ogro, pero parecía respetuoso y razonable… Un hombre razonable increíblemente atractivo.

–Hola, soy Colette Carson, la compañera de piso de Gina. Por favor, entre –abrió un poco más la puerta para dejarle pasar. Cuando pasó junto a Colette ella pudo apreciar su aroma masculino y fresco, un aroma muy agradable–. Siéntese, por favor –dijo señalando el sofá.

–No, gracias –contestó él–. Si pudiera hablar con Gina… –la miró con sus ojos de color azul oscuro y después le echó un vistazo a la habitación. Colette se preguntó si estaría buscando algo vergonzoso o pecaminoso, cualquier cosa que pudiera usar a su favor para que Gina volviera con él.

Colette sonrió mientras iba a buscar a Gina. A Tanner le costaría mucho encontrar algo así. El apartamento era un reflejo de la vida de Colette: estaba bien organizado y era práctico y limpio.

–Gina –dijo llamando a la puerta de la joven.

Gina abrió un poco la puerta y miró a Colette.

–¿Se ha ido? –preguntó.

–No, pero dice que sólo quiere hablar contigo –le contestó.

–No quiero hablar con él –dijo en voz baja–. Me dirá que haga algo que no quiero hacer. Y ganará… siempre gana.

–Gina, ¿cómo vas a convencerlo de que estás preparada para vivir sola si te escondes en tu habitación como una niña?

Gina frunció el ceño pensativa.

–Muy bien. Saldré y hablaré con él, pero sólo si te quedas conmigo.

–No creo que deba involucrarme…

–Por favor –le pidió Gina–. No tienes que decir o hacer nada. Solo siéntate a mi lado, eso me dará fuerzas para no decir algo de lo que después me arrepienta.

–De acuerdo –consintió Colette.

Las dos mujeres volvieron al salón, donde Tanner Rothman estaba mirando por la ventana del piso octavo, que ofrecía una vista del rascacielos de enfrente.

Se volvió al oírlas entrar, y de nuevo Colette se sorprendió al ver lo atractivo que era. Sus labios sensuales se curvaron en una sonrisa mientras miraba a su hermana con evidente cariño.

–Hola, Gina.

Gina se dejó caer en el sofá, y Colette se sentó a su lado.

–¿Cómo me has encontrado, Tanner?

–Eso no importa ahora –respondió con suavidad–. ¿Cómo estás? Han pasado ya tres semanas y no has llamado ni escrito.

Gina fijó la vista en la pared que estaba a la izquierda de Tanner.

–He estado ocupada.

–Y yo he estado preocupado –contestó Tanner.

Colette deseó estar en cualquier sitio menos en ese. Quería irse a otra habitación y dejarles algo de intimidad.

Gina se sonrojó.

–No hay nada por lo que preocuparse. Como puedes ver, me va bien.

–Me preguntaba si podría invitarte a cenar esta noche.

–No tengo hambre –respondió Gina desafiante.

Colette miró a los hermanos. El ambiente se estaba volviendo cada vez más tenso.

–Son casi las siete y sé que acabas de salir de trabajar –continuó Tanner–. Debes de tener hambre. Venga, Gina, solo te estoy pidiendo que me dejes invitarte a cenar.

Gina dudó y miró a Colette, cuyos rasgos no reflejaban ninguna emoción. Luego volvió a mirar a su hermano.

–De acuerdo. Cenaré contigo, pero sólo si Colette viene con nosotros.

Colette se quedó sorprendida.

–No creo que…

–Bien –contestó Tanner sin hacer caso de la objeción de Colette. Se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta–. Mientras venía he visto en la siguiente manzana un restaurante de barbacoas que parecía muy agradable. ¿Por qué no quedamos allí dentro de media hora? Así tendréis tiempo para refrescaros o lo que sea.

Aunque Colette quería protestar ante cualquier plan que la incluyera a ella, antes de que pudiera hacerlo Tanner ya se había ido, dejando el aroma de su colonia masculina flotando en el aire.

–Gina, creo que tu hermano y tú deberíais hablar solos. Yo me prepararé una ensalada y tú quedas con él.

–Colette, por favor, ven conmigo –contestó Gina mirándola con ojos suplicantes.

–Eres mayor de edad, Gina. No puede llevarte de vuelta a la fuerza. No me necesitas.

–Si tú no vas, yo tampoco iré. Y entonces él volverá aquí. Por favor.

Colette miró a su joven compañera de piso y se sintió incapaz de decirle que no. Sabía lo que era tener un sueño y estar rodeada de gente que pensaba que no era capaz de conseguir nada.

–Muy bien, cenamos esta noche. Pero después te quedas sola en lo que se refiere a tu hermano.

–Gracias –dijo Gina aliviada.

–Voy a cambiarme de ropa –contestó queriendo ponerse algo un poco más informal que el traje que se había puesto para trabajar.

Mientras entraba en su cuarto, se juró a sí misma que cenaría y mantendría la boca cerrada. No tenía ninguna intención de meterse entre el atractivo vaquero y su hermana pequeña.

Tanner se sentó en el restaurante a esperar a su hermana y a Colette. Estaba irritado porque Gina había invitado a su compañera de piso. Por la información que tenía de la atractiva rubia, tenía la sensación de que era una mala influencia para su dulce e inocente hermana.

Pero se había sorprendido de la atracción repentina que había sentido hacia ella cuando le abrió la puerta. Su cabello rubio corto y rizado destacaba sus rasgos delicados y sus ojos del color del whisky. Vestida con un traje azul marino, le había parecido la mujer fría y profesional que sus fuentes le habían dicho que era.

Él había querido estar a solas con Gina, porque sabía que así podría convencerla de que lo que había hecho al dejar la universidad y mudarse a Kansas City no la beneficiaba. Pero no parecía que pudiera estar a solas con ella… al menos no esa noche.

–¿Quiere beber algo mientras espera? –la camarera le dedicó una sonrisa seductora.

A Tanner le habría encantado tomar un whisky escocés con hielo, pero sabía que tenía que estar despejado.

–Un vaso de té helado, por favor.

La camarera se alejó y él volvió a pensar en su hermana. No comprendía a Gina, y sospechaba que la decisión repentina de irse a la ciudad había sido un gesto de rebeldía.

Le había dado tres semanas para que recapacitara, pero eso no había ocurrido. Ahora tenía que arreglar la situación rápida y eficientemente, y eso era precisamente lo que iba a hacer.

Se levantó al ver a las dos mujeres entrando al restaurante. Les hizo señas para que se acercaran a la mesa, dándose cuenta de que Colette se había puesto unos pantalones de color marrón oscuro y un suéter marrón y beige. Tenía un aspecto informal, aunque fríamente elegante. Una señal de alarma se encendió en su cerebro al ver que su hermana llevaba una ropa muy parecida.

–Buenas tardes –las saludó con una sonrisa.

Colette le devolvió la sonrisa, pero Gina no. Eligió una silla frente a Tanner, dejando que Colette se sentara junto a su hermano. Cuando Colette se deslizó en la silla de su izquierda, Tanner percibió un rico aroma floral que le recordó inmediatamente a la

primavera en el rancho.

–Espero que le guste la barbacoa –le dijo a Colette–. Sé que es una de las comidas favoritas de Gina.

–Ya no lo es –contestó Gina enfurruñada.

El comportamiento infantil de su hermana le confirmó a Tanner su creencia de que no estaba lista para el salto que había dado.

–La barbacoa está bien –dijo Colette mientras agarraba una de las cartas. Gina hizo lo mismo, manteniendo la carta en alto para que Tanner no le pudiera ver la cara.

Tanner sonrió para sus adentros. Conocía a su hermana muy bien. Estaba enfadada y a la defensiva, y eso significaba que sabía que estaba equivocada. No tendría ningún problema para convencerla de que volviera al rancho con él.

En ese momento apareció la camarera y les tomó nota. Cuando se hubo ido, Tanner miró a su hermana.

–Bugsy ha tenido cachorros hace una semana –dijo, y se volvió a Colette–. Bugsy es la perra labrador de Gina.

Durante un momento los ojos de Gina brillaron mientras se inclinaba hacia delante.

–¿Cuántos?

–Cuatro, dos machos y dos hembras –contestó él.

–¿Y Bugsy está bien?

–Ya sabes que es una campeona –hizo una pequeña pausa–. Te echa de menos.

–No pienso volver –replicó Gina y volvió a recostarse en la silla, cruzando los brazos.

–Gina, sólo te lo estaba contando, no trataba de manipular tus sentimientos.

Entonces se dio cuenta de que tendría que ser más astuto de lo que había pensado. Tal vez lo que necesitaba era la ayuda de alguien más… y esa persona estaba sentada a su izquierda. Gina no lo iba a escuchar, pero tenía la sensación de que sí escucharía a la encantadora Colette.

Se giró para mirarla, preguntándose si podría ponerla de su parte. Era evidente que estaba incómoda y que habría preferido no ir al restaurante. Estaba jugueteando con la servilleta y parecía haberse quedado fascinada con una planta cercana.

–Señorita Carson, tengo entendido que tiene una tienda de

artículos de bebé –dijo él.

Ella sonrió y Tanner no pudo evitar fijarse en sus labios sensuales, unos labios perfectos para besarlos.

–Sí, La Boutique del Bebé. Abrí oficialmente hace dos años.

La camarera llegó con la comida y les sirvió mientras hablaba del tiempo y de lo lleno que estaba el restaurante desde que había llegado la primavera. Después se fue.

–Supongo que el llevar su propio negocio requiere mucho tiempo y energía –dijo Tanner mientras cortaba un trozo de su chuleta.

–Es verdad. Por eso me alegré de contratar a Gina. Ha sido una bendición y es una vendedora maravillosa –sonrió con afecto a Gina, que le devolvió la sonrisa mirándola con adoración.

–Gina es muy inteligente –dijo Tanner. Demasiado inteligente como para trabajar de vendedora en una tienda de bebés por el salario mínimo, pensó.

Tanner no sólo temía que Gina no estuviera a la altura de su potencial intelectual, sino que algún tipo de la ciudad se aprovechara de ella, le rompiera el corazón y la dejara no sólo trabajando en La Boutique del Bebé, sino también comprando allí. Entonces nunca cumpliría el futuro que Tanner había previsto para ella. Todo lo que había hecho por ella habría sido en vano.

–Gina me ha dicho que lleva un gran rancho en Kansas, así que también tiene que saber lo que es trabajar durante horas y gastar mucha energía –dijo Colette.

Tanner asintió con la cabeza.

–Sí, requiere mucho trabajo y muchas horas… especialmente durante esta época del año.

–Entonces estoy segura de que estás deseando volver –dijo Gina.

Tanner se rió ante la falta de sutileza de su hermana.

–Ya me conoces, Gina. Para mí la familia siempre ha sido lo más importante –se volvió a Colette de nuevo–. ¿Tiene familia, señorita Carson?

–Mi familia consiste únicamente en mi madre y yo. Pero por favor, llámame Colette –contestó.

–¿Vive en la ciudad?

–Sí, pero desafortunadamente no estamos muy unidas –ella dirigió su atención a Gina–. La ensalada está estupenda, ¿verdad?

Tanner frunció el ceño y cortó otro trozo de filete. No estaba muy unida a su madre. Según el punto de vista de Tanner, esa era otra razón para que Gina no estuviera bajo su influencia.

Tanner sabía la importancia que tenía una familia. Colette Carson no tenía ni idea de lo afortunada que era al tener madre. Pero Tanner sabía lo que era vivir sin padres y que era muy importante estar unido a la familia que quedaba. Y su familia era Gina.

–¿Y qué tipo de rancho tiene, señor Rothman? –preguntó Colette.

Él sonrió.

–Llámame Tanner. Criamos ganado. Tengo una manada de vacas Charolais y otra de Hereford.

–Oh. ¿Una es para leche y la otra para carne?

Tanner y Gina se rieron.

–Las dos son vacas de carne –explicó Gina.

–No te preocupes –le dijo Tanner a Colette al ver que se había ruborizado–. Yo no sabría distinguir nada de la ropa de los bebés.

Ella se rió con una risa dulce y musical.

–Me temo que no sé mucho de vacas.

–Tanner también cría caballos –dijo Gina–. Dos Corazones ya ha criado varios caballos campeones.

–Dos Corazones… ¿Es el nombre del rancho? –preguntó Colette.

–Sí. Gina se lo puso –explicó Tanner recordando el día en el que habían bautizado el rancho. Habían pasado dos días después del funeral de sus padres y Gina y él estaban de pie en el porche observando los pastos y los campos que rodeaban el rancho.

–A Tanner no le gustaba –replicó Gina–. Pensó que sonaba demasiado femenino –miró a Tanner y sonrió–. Pero dijo que si Dos Corazones era lo que yo quería, entonces eso sería.

–Siempre te he mimado demasiado –contestó Tanner.

Terminaron de cenar hablando de cosas menos personales: el maravilloso tiempo primaveral, las últimas películas que habían visto y el escándalo político más reciente.

Tanner miraba constantemente a Colette y estaba enfadado consigo mismo por encontrarla tan atractiva. Cuando sonreía se le hacía un hoyuelo en una de las mejillas, y cuando estaba pensativa fruncía la boca en un gesto que parecía una invitación para explorar

su textura cremosa.

No sólo era guapa, sino que también parecía ser inteligente, y tuvieron una conversación animada y sorprendentemente estimulante. Pero Tanner no estaba allí para disfrutar de la compañía de Colette, se recordó mientras terminaban de cenar y pedían café.

Tanner agarró con las dos manos la taza de café y decidió que era hora de renovar sus esfuerzos para que Gina volviera al rancho al que pertenecía.

–Gina, estoy preocupado por ti –dijo sabiendo que las frases autoritarias no iban a funcionar. Tendría que conseguirlo de otra manera.

–No tienes nada por lo que preocuparte –protestó–. Me va muy bien.

–En la ciudad hay muchos peligros y tú has estado muy protegida durante toda tu vida. No estás preparada para esto, Gina –alargó el brazo para tomarle una mano–. Sabes que no estaría aquí si no estuviera muy preocupado por ti.

Gina apartó la mano con una expresión apenada en sus rasgos. Miró a Colette como si buscara algún tipo de ayuda.

–Me parece que está manejando su nueva independencia muy bien –dijo Colette–. A su edad yo ya vivía sola y me las arreglé bien.

Tanner se obligó a sonreír, esperando que no se notara su irritación.

–Pero tú no eres Gina. Además, me he dado cuenta de que tu apartamento no está en la mejor zona de la ciudad y no hay mucha seguridad.

Aunque Tanner se había esforzado por ocultar sus sentimientos, vio el brillo de la irritación en los ojos de Colette.

–Esta zona está en proceso de remodelamiento. Tomé una buena decisión de negocios al abrir la tienda aquí y vivir en la misma zona.

–Eso está bien para ti, pero no para Gina –replicó–. No está preparada para dar el salto a la ciudad y vivir sola. Es demasiado joven y no sabe vivir por su cuenta.

–Si estás tan preocupado por la vida que Gina lleva aquí, ¿por qué no te quedas unos días para ver cómo trabaja y cómo se maneja? –sugirió Colette.

A Gina le horrorizó la idea. Tanner frunció el ceño. Quedarse unos días en Kansas City no entraba en sus planes, pero no había esperado que Gina tuviera tanto apoyo por parte de su compañera de piso.

–Es una gran idea –contestó él esperando que ninguna de las dos mujeres se diera cuenta de la frustración que sentía. Las cosas no estaban saliendo como las había planeado, y a Tanner no le gustaba que le desbarataran los planes.

–Tanner, hay mucho trabajo en el rancho en primavera –exclamó Gina con horror–. Estoy segura de que no puedes perder el tiempo quedándote aquí conmigo y con Colette.

–Al contrario, Gina. Siempre te he dicho cuáles son mis prioridades, y la familia está en primer lugar –contestó. Tomó un sorbo de café y después continuó–. Además, tengo buenos hombres trabajando en el rancho, y lo mantendrán todo en orden mientras estoy fuera. Ya me he registrado en el hotel que hay en esta misma calle, y puede que un par de días aquí sirvan para relajarme.

Forzó una sonrisa. No tenía ninguna intención de relajarse ni de dejar Kansas City sin Gina, aunque legalmente no tenía ningún derecho sobre ella. Gina era mayor de edad y podía negarse a regresar al lugar al que pertenecía. Pero Tanner sabía que había más de una manera de conseguirlo, y sabía que la mejor forma era ganarse la simpatía de Colette. Miró a la encantadora rubia y sintió una oleada de adrenalina recorriéndole todo el cuerpo al darse cuenta de que no le importaría ganarse su simpatía… y algo más.

Capítulo 2

No puedo creer que hicieras eso! –exclamó Gina en cuanto las dos mujeres volvieron a estar solas en el apartamento.

–¿El qué? –preguntó Colette mientras se quitaba los zapatos y se dejaba caer en el sofá.

–Sugerir que Tanner se quedara unos cuantos días –empezó a caminar arriba y abajo frente a Colette, con su esbelto cuerpo lleno de tensión–. Eso le da más oportunidades para manipularme y no dejarme hacer lo que yo quiero –Gina se sentó en una silla frente al sofá.

–Gina, creo que está preocupado por ti, y después de un día o dos viéndote, estoy segura de que se dará cuenta de que lo estás haciendo bien.

Gina se inclinó hacia delante.

–Tú no lo conoces, Colette. Es implacable. Que no te engañe su encanto. Es tan endemoniadamente terco que ni siquiera tiene novia.

Colette levantó las manos en un gesto de impotencia.

–Gina, esto es entre tu hermano y tú. No tiene que conquistarme, es a ti a quien quiere llevarse al rancho familiar.

–Quiere que vaya a la universidad, que trabaje dando clases en la escuela primaria y que termine casándome con Walt Tibberman.

–¿Quién es Walt Tibberman? –preguntó Colette con curiosidad.

–Walt trabaja en el rancho para Tanner. Es un tipo agradable y muy trabajador. Sé que siente algo por mí, pero yo por él no. No hay magia entre nosotros.

Colette se mordió la lengua. No creía en ese tipo de magia. Según ella, el amor era una bonita ilusión que se usaba para vender tarjetas de felicitación y flores, una palabra que justificaba el deseo y la pasión. Pensaba que el amor era para mujeres necesitadas y dependientes que tenían miedo de vivir solas.

Se levantó y sonrió a su compañera de piso.

–Gina, si eso es lo que quieres, quédate y haz tu vida aquí,

mantente fuerte contra tu hermano. Y después de este consejo, me voy a la cama.

Unos minutos después, cuando Colette se quitó la ropa y se puso el camisón corto de algodón que usaba siempre para dormir, no pudo evitar pensar en Tanner Rothman. No sólo lo había encontrado muy atractivo, sino también tremendamente encantador. Y la preocupación que sentía por su hermana, el deseo de asegurarse de que estaba bien, le añadía aún más atractivo.

Una ligera nostalgia la embargó mientras se deslizaba entre las sábanas. Deseó que hubiera habido alguien que se hubiera preocupado por ella cuando se independizó a los dieciocho años. Para Gina su hermano era una molestia, pero no tenía ni idea de lo afortunada que era al tener a alguien que se preocupara por su bienestar.

Colette desechó esos pensamientos. Casi nunca pensaba en lo que no había tenido, sino que se concentraba en conseguir lo que quería. Había aprendido a una edad muy temprana que no podía depender de nadie.

Puso una mano en su vientre, preguntándose si en ese preciso momento habría una nueva vida dentro de ella. Deseaba ardientemente que la inseminación artificial hubiera resultado. Su bebé tendría todo el amor, todo el cariño, todos los sueños que nadie se había preocupado por darle a Colette.

Frunció el ceño medio dormida, preguntándose qué pasaba con los padres de Tanner y Gina. Ninguno de los dos había mencionado lo que ellos querían. De hecho, en las semanas que Gina y Colette llevaban trabajando y viviendo juntas, Gina no había mencionado ni a su padre ni a su madre.

No era asunto suyo, se dijo con decisión, y tampoco la vida de Gina. No importaba lo atractivo y encantador que fuera Tanner Rothman, porque en unos días volvería a su rancho, seguiría con su vida y ella con la suya… tal vez esperando el nacimiento de un bebé que llenaría su vida de amor. Con ese pensamiento agradable, Colette se quedó dormida.

Eran algo más de las ocho cuando a la mañana siguiente dejó el apartamento para caminar las tres manzanas que había hasta la tienda. Hacía un día primaveral maravilloso. El sol ya brillaba con calidez, y el aroma de las flores, procedente de un puesto cercano

que las vendía junto con frutas y verduras, llenaba el aire.

Aunque la tienda no abría al público hasta las nueve y media, a Colette le gustaba llegar pronto. Siempre se paraba en la cafetería del barrio para comprar panecillos tiernos y después iba a La Boutique del Bebé, donde se preparaba una taza de café.

Disfrutaba mucho de ese rato de tranquilidad antes de que llegaran los clientes, y muchas veces el desayuno con los panecillos era todo lo que comía a lo largo del día. La tienda solía estar demasiado llena y no podía permitirse tomarse un descanso para comer.

Como siempre, la cafetería estaba llena de empleados y oficinistas que trabajaban en el centro de la ciudad. Colette fue directamente a la parte del mostrador donde servían los pedidos para llevar.

–Hola, Johnny –saludó al hombre de avanzada edad.

–Hola, muñeca –contestó sonriendo–. ¿Lo de siempre?

Ella asintió con la cabeza, pero recordó que era posible que Tanner pasara parte del día en la tienda.

–Mejor pon el doble.

Johnny levantó una ceja entrecana mientras metía los panecillos frescos en una bolsa de papel.

–¿Qué hiciste? ¿Saltarte la cena anoche?

Ella se rió.

–Ya me conoces, Johnny, casi nunca me pierdo una comida.

–Aquí tienes, muñeca. Que te vaya bien.

Ella agarró la bolsa, pagó y dijo:

–No te metas en líos, Johnny.

–Eso es algo que un ex convicto siempre intenta hacer –contestó con una sonrisa socarrona.

Ella sonrió y se dio la vuelta, dándose de frente con el pecho de Tanner Rothman. Él la tomó por los hombros para ayudarla a mantener el equilibrio y sonrió.

–Buenos días.

–Buenos días –contestó ella apartándose rápidamente, demasiado consciente del aroma masculino y de los músculos del pecho.

–¿Vas a la tienda? –preguntó él.

Ella asintió.

–Siempre vengo aquí a comprar los panecillos frescos de Johnny antes de trabajar. Hoy he comprado de más por si te apetecía uno.

–Suena muy bien. Me preguntaba a qué hora soléis ir a la tienda.

–Yo llego sobre las ocho y media, pero Gina no viene hasta el mediodía –le explicó.

Salieron de la cafetería y caminaron hacia la boutique. Ella intentó no fijarse en lo irresistible que Tanner estaba con sus vaqueros azules ajustados y una camiseta azul de manga corta que dejaba al descubierto sus fuertes brazos y acentuaba el color de sus ojos.

Pero le fue difícil no sentir la potente sexualidad de Tanner y su atractivo cuando se cruzaron con varias mujeres que lo miraron con admiración.

–¿El tipo que lleva la cafetería es un ex convicto? –preguntó él.

Colette supo al instante que estaba pensando en todo tipo de peligros que implicaba el tener a un criminal en el vecindario.

–Hace treinta años Johnny robó en un par de casas. Lo pillaron, estuvo dieciocho meses en la cárcel y cuando salió era un hombre nuevo. Además de llevar la cafetería, es miembro de la cámara de comercio y participa en varios grupos de vecinos para prevenir el crimen.

Colette se detuvo en la puerta de la tienda y sacó un juego de llaves del bolso. Abrió la puerta y se volvió para mirar a Tanner con una sonrisa burlona.

–No puedes usar a Johnny como una excusa para hacer que Gina vuelva a casa.

Su boca se curvó en una sonrisa sexy que hizo que Colette se ruborizara.

–¿Es que soy tan transparente?

–En este caso en particular, sí –respondió ella mientras empujaba la puerta, intentando concentrarse en otra cosa que no fuera el calor que su sonrisa le había provocado.

–Bienvenido a La Boutique del Bebé –dijo mientras encendía las luces. Después volvió a cerrar la puerta con llave detrás de él–. Si quieres venir a la oficina, prepararé algo de café.

Mientras se dirigían hacia la parte trasera de la tienda, Colette se dio cuenta de que Tanner lo estaba mirando todo, fijándose en los expositores, el mobiliario y en todo lo demás.

Colette estaba orgullosa de la distribución de la tienda. Había invertido en ella muchas horas y utilizado todos sus conocimientos de márketing para crear una tienda en la que se pudiera comprar con comodidad y que animara a los clientes a gastar dinero.

–¿Qué es todo esto? –preguntó él mientras pasaban junto a una zona vacía al fondo de la tienda que sólo tenía unos caballetes y algunas herramientas.

–Estoy haciendo una zona para los niños. Voy a poner banquitos y mesas pequeñas con libros y puzzles. Hay muchos clientes que vienen con los niños, y he pensado que estaría muy bien tener un lugar donde puedan jugar mientras sus padres compran.

–Muy bien pensado.

Ella sonrió.

–Es cuestión de negocios. Los padres pasan más tiempo comprando si no tienen a los niños lloriqueando o colgados de ellos. Y cuanto más tiempo pasen en la tienda, más probabilidades hay de que compren.

Le hizo un gesto para que la siguiera a la oficina. Siempre había pensado que la oficina era grande, pero cuando Tanner la siguió Colette sintió como si el espacio encogiera.

–Por favor, siéntate –le señaló una silla frente al escritorio y después fue al rincón donde estaba el fregadero y un mostrador con la cafetera.

Preparó el café enseguida y volvió con él a la mesa. Se sentó luchando contra un nerviosismo repentino e irracional al percibir el aroma del café recién hecho.

La noche anterior había sido muy fácil pasar tiempo con Tanner, porque Gina también estaba allí. Pero en ese momento no lo veía como el hermano de Gina, sino como un hombre soltero increíblemente sexy. Un hombre que, según su hermana, no tenía novia porque era demasiado testarudo.

Él no habló hasta que los dos tuvieron una taza de café entre las manos. Colette abrió la bolsa de papel y le ofreció un panecillo.

–Deduzco por la tienda que te gustan los bebés –dijo él.

–Me encantan. Pero no decidí vender artículos de bebé por eso –él enarcó una ceja evidentemente interesado–. Sabía que quería tener mi propio negocio, pero me llevó varios meses decidirme por este.

–Entonces, ¿por qué los bebés?

–Estudié los mercados, hice investigaciones exhaustivas y me di cuenta de que estamos a punto de sufrir otro boom de natalidad. Además, la gente siempre va a tener niños, independientemente de cómo esté la economía.

–Eso es muy interesante –dijo Tanner–. Así que tomaste la decisión basándote en el intelecto más que en las emociones.

Había algo en su tono que reflejaba desaprobación y ella levantó la barbilla desafiante.

–Según mi propia experiencia, las mejores decisiones son las que se toman con la cabeza, no con el corazón. Pero estoy segura de que ya lo sabes. Cuando elegiste qué tipo de vacas criar, seguro que tomaste la decisión con la cabeza.

El le dedicó una sonrisa sexy que le puso a Colette los nervios de punta.

–Es difícil sentir demasiado afecto por una vaca.

Colette arrancó un trozo de panecillo y se lo comió. Después bebió un sorbo de café, pensando desesperadamente en otro tema de conversación. No quería discutir con él el tema de Gina. No quería inmiscuirse en el tira y afloja entre los dos.

–Gina me ha dicho que sois de una pequeña ciudad de Kansas –dijo ella finalmente.

Él asintió con la cabeza.

–Foxrun, Kansas. Es más bien un vecindario, todo el mundo conoce a todo el mundo y la mayor parte del tiempo sabes qué están haciendo los demás.

Ella sonrió.

–Suena divertido.

–Creo que no podría vivir en ningún otro sitio.

–¿Vuestros padres también viven allí?

Sus ojos azules se oscurecieron y Colette creyó ver que el dolor se reflejaba en ellos.

–Mis padres murieron hace tiempo, en un accidente de coche. Yo tenía veintiún años y Gina, diez. Me encontré con un rancho al borde de la ruina y con una niña de diez años desconsolada.

De repente Colette entendió por qué quería proteger tanto a Gina. No sólo había sido su hermano mayor, sino también su padre y su madre. Sintió admiración por él. No le extrañaba que estuviera

teniendo problemas con Gina. Sabía que había padres a quienes les costaba mucho separarse de sus hijos, aunque su propia madre no había sido uno de ellos.

–Ha tenido que ser muy difícil para ti –dijo suavemente–. A los veintiún años se es muy joven para hacerse cargo de tanta responsabilidad.

–Tanto con el rancho como con Gina, ha sido una cuestión de amor.

La calidez de sus ojos y la dulce expresión de su sonrisa provocaron un extraño deseo en Colette. Confundida por sus emociones, se levantó y fue hacia la cafetera para servirse otra taza.

Cuando se dio la vuelta de nuevo vio que él la estaba mirando de arriba abajo, y se preguntó si llevaba la falda demasiado corta o demasiado ajustada. Intentó no ruborizarse y volvió a sentarse.

–Háblame de Colette Carson –dijo él antes de tomar un sorbo de café.

Ella se encogió de hombros.

–No hay mucho que contar. Nací y crecí en Kansas City y he estado aquí toda mi vida.

–¿No tienes novio? Una mujer atractiva como tú probablemente tiene citas todas las noches –sus ojos brillaron con lo que ella pensó que podía ser una mirada insinuante.

Colette se rió, extrañamente encantada al ver que él pensaba que era atractiva.

–Ya no recuerdo cuándo fue mi última cita –probablemente Tanner estaba pensando en las noches que su hermana tendría que pasar sola en el apartamento–. La mayor parte de las tardes estoy estudiando catálogos, intentando descubrir cuál será el próximo producto más vendido o revisando los libros de cuentas para ver cómo va la tienda. Gina me ha dicho que tú tampoco tienes muchas citas.

–Como te ocurre a ti, me resulta muy difícil encontrar tiempo.

Colette sonrió.

–Eso no es lo que dice Gina. Dice que no tienes novia porque eres demasiado terco. Creo que sus palabras exactas fueron «endemoniadamente terco».

El se rió con una risa agradable.

–Probablemente tiene razón. Se me conoce por ser muy

testarudo. Pero es una pena que una chica guapa como tú pase todo el tiempo haciendo negocios. ¿Cómo vas a encontrar a Don Perfecto si no sales? –de nuevo sus ojos brillaron con una luz que le provocaron una oleada de calor.

–Encontrar a Don Perfecto nunca ha sido una prioridad en mi vida –contestó ella. Al ver la sonrisa cálida de Tanner y sentir su irresistible presencia masculina, Colette sintió una repentina necesidad de escapar. Miró el reloj y se levantó–. Ya es hora de abrir la tienda –dijo aunque aún era pronto–. Puedes quedarte aquí y terminarte el café y el panecillo. Como te dije antes, Gina no viene hasta el mediodía.

Consciente de la mirada de Tanner recorriéndole el cuerpo, se dirigió a la puerta que conducía a la tienda.

–Si no te importa, terminaré el café aquí –dijo él.

Asintiendo con la cabeza, ella salió rápidamente de la oficina, agradecida por poder separarse de él. Aunque había admirado su atractivo la noche anterior, no había sentido la magnitud de su sex-appeal con tanta intensidad como esa mañana.

Abrió la puerta principal y volteó el cartel de Cerrado a Abierto. Después caminó hacia la silla que estaba tras el pequeño mostrador con la caja registradora.

Tenía la impresión de que él había estado coqueteando con ella cuando había hablado de las citas, y el pulso de Colette se había acelerado hasta hacerle sentir incómoda.

Mientras saludaba al primer cliente del día, recordó la advertencia de Gina sobre Tanner. Le había dicho que no le engañara su encanto, y Colette se dio cuenta de que haría bien teniendo cuidado.

Encontraba a Tanner muy atractivo, y aunque nunca había sucumbido a los encantos de un hombre, tenía la sensación de que, si lo permitía, Tanner Rothman podía ser una amenaza para la vida cuidadosamente organizada y controlada que ella había construido.

Tanner sabía que Colette esperaba que se marchara después de terminar el café y que regresara más tarde para ver a Gina, pero en lugar de eso enjuagó la taza y se unió a ella tras el mostrador de la tienda. Se apoyó en la pared, mirándola mientras ella se ocupaba de

una embarazada que parecía a punto de reventar como una sandía madura.

Tanner nunca había pensado mucho en tener hijos. A una edad en la que la mayoría de los hombres empezaban a pensar en tener una familia, él había estado ocupado criando a Gina. A sus treinta y dos años, casi sentía que era demasiado tarde para tener sus propios hijos.

Miró a Colette, que llevaba un traje de tres piezas. La chaqueta gris oscura era corta y cubría una blusa blanca, mientras que la falda era de tubo y lo suficientemente corta como para mostrar sus largas y esbeltas piernas.

No había necesitado mucho tiempo hablando con ella para que sus sospechas sobre Colette Carson se confirmaran. No era el tipo de mujer que quería que su impresionable hermana tuviera como modelo.

A pesar de tener unas piernas explosivas y las pestañas más largas y negras que había visto nunca. A pesar de que tenía rostro de ángel y un cuerpo capaz de incitar al pecado a la mayoría de los hombres, pero Tanner tenía la sensación de que era una mujer fría sin corazón guiada por la ambición.

Se había sentido algo defraudado cuando ella le había explicado por qué había decidido abrir una tienda de artículos para bebé. Aunque parecía haber sido una decisión inteligente, le había decepcionado que la hubiera tomado sólo desde el punto de vista de los negocios.

Gina no había tenido un modelo femenino en su vida. No había tenido tías ni madrina, nadie que llenara el vacío que había dejado la pérdida de su madre. Colette era una clara amenaza para el futuro de Gina que él había preparado. Tanner no quería que Gina imitara a una mujer ambiciosa que, según sospechaba él, no tenía corazón.

Pero no podía evitar sentir admiración por Colette al verla trabajar con los clientes que entraban… y había una oleada de clientes.

Era amable, respetuosa e infinitamente paciente con cada comprador. Tanner también admiraba la gracia con la que se movía mientras guiaba a los clientes a las distintas vitrinas. Pudo darse cuenta de que Colette estaba sorprendida de que él siguiera allí.

Mientras atendía a la gente, su mirada lo buscaba continuamente.

Tal vez quedándose cerca conseguiría irritarla y Colette decidiría que Gina daba demasiados problemas. Entonces se pondría de su lado y lo ayudaría a que Gina volviera al rancho.

–Nunca pensé que hubiera tantos futuros padres en una sola ciudad –dijo él cuando la avalancha de personas se hubo calmado un poco.

Ella sonrió y colocó unas mantitas en una de las vitrinas.

–No todos los que vienen están esperando un bebé. También vienen amigos y parientes de los padres buscando un regalo de cumpleaños o para la fiesta de bienvenida del bebé.

Terminó de doblar una manta y se incorporó.

–Pero todo esto te tiene que aburrir muchísimo.

–En absoluto. ¿Gina es tan buena vendedora como tú?

Colette sonrió y Tanner pudo sentir su atractivo.

–Es una gran dependienta.

–¿Es tu única empleada? –solo dos personas tendrían que trabajar sin descanso para llevar la tienda.

–Hay otras dos mujeres que trabajan a tiempo parcial –contestó–. Pero Gina es la única que viene a tiempo completo –sonrió y se disculpó al ver que otro cliente entraba en la boutique.

Tanner volvió a apoyarse contra la pared y se sorprendió al ver entrar a Gina unos minutos después. Se dio cuenta de que había estado observando a Colette durante horas.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –preguntó Gina con recelo.

–¿Por qué?

Ella dejó el bolso detrás del mostrador y dirigió la mirada hacia donde Colette le estaba enseñando a una pareja los tipos de cuna que tenía.

–Me estaba preguntando cuánto tiempo llevas intentando poner a Colette de tu parte.

Él sonrió.

–Llegué antes de que abriera la tienda y compartimos panecillos y café. Y te diré que ni siquiera te hemos mencionado.

Gina parecía sorprendida.

–Entonces, ¿de qué habéis hablado?

–De esto y aquello –contestó él.

Gina entrecerró los ojos.

–Te conozco, Tanner Rothman. Nunca haces las cosas sin tener un motivo. Colette es mi amiga y mi compañera de piso, y la vas a dejar fuera de esto.

–Gina –Tanner tomó a su hermana de la mano–. Vuelve a casa. Te quedaba menos de un año para terminar los estudios. Ven a casa y acábalos, quédate en el rancho hasta que te cases y tengas tu propia familia. No quieres ser una dependienta durante el resto de tu vida.

–Lo que no quiero volver a Foxrun, me gusta estar aquí – protestó–. Y no voy a ser una dependienta durante el resto de mi vida. Colette me está preparando para ser directora y encargada – liberó su mano y se fue a saludar a un cliente que acababa de entrar.

Tanner suspiró con frustración y volvió a mirar a Colette. Mientras la observaba, recordó las palabras de Gina: «Colette es mi amiga y mi compañera de piso, y la vas a dejar fuera de esto».

No podía dejar a Colette fuera. Estaba justo en medio, haciéndole a Gina promesas que socavaban lo que Tanner quería. A pesar de lo encantadora que era y de lo deseable que le parecía, no podía olvidar que era el enemigo. Y él tenía intención de seducir al enemigo para atraerlo hacia su propio bando.

Capítulo 3

Decir que Tanner Rothman era una distracción era quedarse corto. Su presencia irresistible llenaba la tienda, y no importaba dónde estuviera Colette, porque en cualquier rincón podía oler su aroma evocador.

Era demasiado alto, con hombros demasiado anchos, y su masculinidad y atractivo sexual hacían que a Colette le resultara muy difícil concentrarse en el trabajo.

Entre cliente y cliente Tanner distrajo a Gina y a la encantadora Colette con historias divertidas de la vida del rancho y con anécdotas de la infancia de Gina. Incluso Gina pareció relajarse mientras su hermano contaba historias de la pequeña ciudad. El amor entre los hermanos era evidente, y Colette deseó haber tenido a alguien como Tanner en su vida. Y cuanto más atractivo encontraba a Tanner Rothman, más incómoda se sentía.

A las seis de la tarde, cuando Linda Craig, una de las empleadas a tiempo parcial, llegó para relevar a Colette, ésta estaba más que lista para alejarse de Tanner. No sabía por qué ese hombre la afectaba tanto a nivel físico, por qué su proximidad le hacía respirar con dificultad y que le sudaran las palmas de las manos.

Había sido muy consciente de su intensa mirada azul, que la mayor parte del día no se despegó de ella. Y cada vez que se había dado cuenta de que la estaba mirando, se había estremecido.

Solo había tenido intimidad con un hombre en su vida. Había salido con Mike Covington durante tres meses antes de acostarse con él. La experiencia no había sido especialmente emocionante, y por eso no comprendía su reacción, casi primaria, ante Tanner.

El sexo nunca había sido importante para ella, pero Tanner le hacía pensar en el sexo… en una maraña de sábanas y cuerpos calientes y sudorosos, en unas manos ligeramente callosas que le recorrían el cuerpo. Tanner le hacía pensar en cosas en las que casi nunca pensaba.

Colette salió de la tienda y respiró profundamente. Había sido

un buen día de ventas, y por la tarde pensaba sentarse con un catálogo y escoger los artículos para el bebé que tal vez ya llevaba en su interior.

Se imaginó que Gina sólo estaría con ella un par de meses más y luego encontraría su propio apartamento, de forma que Colette podría usar la segunda habitación como el cuarto del bebé. Quería hacer un cuarto de ensueño.

Solamente había dado dos o tres pasos cuando la puerta de la tienda se abrió y Tanner se unió a ella.

–Pensé que podría acompañarte a casa –dijo mientras se situaba a su lado–. No me parece bien dejar que una mujer bonita vaya sola por las calles de la ciudad –señaló los catálogos que ella llevaba en los brazos–. ¿Quieres que te lleve a casa los libros de la escuela?

Ella se rió, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

–No, pero gracias de todas formas. Y he atravesado sola las calles de la ciudad durante los últimos diez años, desde que tenía dieciocho.

–Bueno, mientras yo esté en la ciudad no lo vas a volver a hacer –contestó él.

–Entonces eres de los galantes –bromeó Colette.

–Gina diría demasiado protector.

Colette se rió, sorprendida al descubrir que se alegraba de que Tanner estuviera con ella.

–Gina es joven. Cree que estás aquí para fastidiarla.

–Pero no es así –dijo mientras sus ojos brillaban–. Hace tres semanas Gina y yo discutimos. Fue una pelea tonta y no le di mucha importancia. Pero Gina hizo la maleta, me dijo que se iba de Foxrun y desapareció. Pensé que regresaría al anochecer.

–Pero no volvió –dijo Colette. Intentó no fijarse en cómo los rayos del sol hacían brillar su cabello oscuro.

–No, no volvió. Esperé hasta la tarde siguiente, y después empecé a preguntar a los amigos y a los vecinos. Así descubrí que Margaret Jamison tenía una amiga en Kansas City y que había animado a Gina a venir aquí –tensó la mandíbula con evidente irritación.

–Supongo que Margaret Jamison no es una de tus personas preferidas en este momento.

El músculo de la mandíbula se volvió a tensar.

–Creo que es una cotilla que debería meterse en sus propios asuntos –se ruborizó ligeramente–. Lo siento, no debería haber dicho eso, sé que es tu amiga.

–Pero sigue siendo una cotilla –dijo Colette riendo–. Es una buena mujer. Trabajó para mí en la tienda durante unos seis meses antes de que su marido comprara la granja en el oeste –se detuvieron frente al edificio de Colette.

–La compraron justo al lado de mi rancho –contestó Tanner. Se pasó una mano por el cabello y frunció el ceño pensativamente–. En cualquier caso, fue Margaret quien me habló de ti, dijo que te había pedido que le alquilaras una habitación a Gina durante un tiempo.

Colette asintió con la cabeza.

–Margaret me llamó y me dijo que Gina era una joven dulce e inteligente dispuesta a vivir su propia vida.

–Es dulce e inteligente, pero también es increíblemente ingenua e inocente y no está preparada para vivir sola. Nunca ha tenido un trabajo de verdad.

–Pero me dijo que hizo trabajos de voluntariado en un refugio para animales y en el hospital de la ciudad –Colette sujetó los catálogos bajo un brazo y con la otra mano sacó las llaves–. Tanner, no quiero meterme en este asunto; es entre tu hermana y tú. Esta decisión deberíais tomarla los dos.

–Tienes razón –dijo rápidamente–. Lo siento, no debería haber sacado el tema.

Colette dudó, sabiendo que no debería decir nada más, pero no pudo evitar añadir:

–Lo que sé con seguridad es que en las tres semanas que Gina ha estado trabajando para mí ha demostrado ser seria y responsable. Es posible que aún la veas como la niña que era en vez de cómo la mujer en la que se está convirtiendo.

Los ojos de Tanner se oscurecieron y volvió a aparecer el tic de la mandíbula.

–Yo sé lo que es mejor para ella, y lo mejor es que vuelva a Foxrun conmigo –su voz tenía un tono autoritario que ella no había oído antes.

–Entonces supongo que todo lo que tienes que hacer es convencerla –respondió Colette–. Y ahora, si me perdonas, voy a prepararme para pasar la noche.

–Por supuesto –él sonrió, pero Colette pudo ver que la sonrisa había sido forzada–. Te veré mañana.

Colette lo miró mientras se daba la vuelta y se alejaba, caminando con arrogancia. Ella se volvió y entró en el edificio. Mientras se metía en el ascensor que la llevaría al piso octavo, pensó en la conversación que acababan de tener.

Al final de la conversación Colette había podido ver al hombre que Gina le había descrito, un hombre decidido a conseguir lo que quería. Colette tenía la sensación de que detrás de su atractivo había un hombre que realmente podía ser «endemoniadamente terco».

Entró en el apartamento, se quitó los zapatos, dejó los catálogos en la mesa de café y se dirigió a su cuarto para cambiarse de ropa. Por una parte le había encantado ver que Tanner se preocupaba por su hermana y que la quería. Pero por otra pensaba que estaba subestimando la fuerza de Gina y su determinación.

Acababa de cambiarse de ropa cuando sonó el teléfono. Dejándose caer en la cama, agarró el auricular de la mesilla de noche.

–Colette, me alegro de pillarte en casa.

–Hola, Lillian –le dijo Colette a su madre.

–Escuché el mensaje de que llamaste la semana pasada y pensé que debería devolverte la llamada.

Colette quería decir que menos mal que no había llamado por una emergencia, pero hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que su madre era incapaz de darle el amor y el cariño que Colette había necesitado.

–El Día de la Madre es el domingo que viene, y me estaba preguntando si querrías comer conmigo –Colette se enroscó el cordón del teléfono alrededor del dedo mientras se daba cuenta de lo mucho que le gustaría que su madre dijera que sí.

–Me temo que no puedo –contestó Lillian sin pesar–. Joe y yo habíamos planeado un pequeño viaje para el fin de semana. Ya sabes cuánto le gusta pescar.

No, Colette no lo sabía. Sabía muy poco de Joe Kinsell, la última conquista de su madre. En realidad, sólo lo había visto una vez.

–Bueno, eso está bien. Espero que disfrutéis –dijo desenroscándose el cordón del dedo.

–Seguro que sí. Siempre lo pasamos muy bien juntos. Necesitamos que vengas y que des de comer a Cuddles –Cuddles era el caniche de su madre.

Colette se preguntó si su madre la habría llamado si no hubiera necesitado que cuidara al perro.

–Claro que sí.

–Bien. Volveremos el domingo por la noche y te llamaré algún día de la semana que viene, cuando las cosas se hayan calmado otra vez –con esas palabras, Lillian cortó la comunicación.

Mientras Colette colgaba el teléfono, sintió un doloroso vacío en el corazón. Debería acostumbrarse al hecho de que no estaba en la lista de prioridades de su madre. Había aprendido muy pronto a no depender de nadie que no fuera ella misma.

Rodó sobre la espalda y se puso una mano en el vientre. Nunca había deseado nada tanto como ese bebé. Y pensar que en ese mismo momento podría estar embarazada la llenó de una dulce calidez que desvaneció el vacío que había sentido unos instantes antes.

Aunque le habían dicho que podría necesitar varios intentos antes de que la inseminación artificial funcionara, no perdía la esperanza de ser una de las mujeres afortunadas que se quedaban embarazadas a la primera.

Volvió a pensar en Tanner y en Gina. Eran muy afortunados al tenerse el uno al otro. Pero tenía la sensación de que terminaría metiéndose en el medio de ese asunto. Se preguntó cuánto tiempo podría permanecer neutral, y a quién elegiría en el caso que tuviera que hacerlo.

Tanner volvió a la tienda sin poder recordar la última vez que se había sentido con tanta energía. Sabía a qué se debía: era la tensión sexual.

Ni siquiera estaba seguro de si le gustaba Colette Carson, pero sabía que la deseaba. Era una locura, era algo irracional, pero ahí estaba, corriendo por sus venas, recordándole que había pasado mucho tiempo desde que había tenido relaciones íntimas con una mujer.

Demasiado tiempo. Cuando Gina había sido más joven, Tanner

había querido ser un buen modelo para ella y nunca había llevado a una mujer al rancho. Solo había empezado a tener citas recientemente, pero no había encontrado ninguna mujer que le hubiera atraído especialmente.

A lo largo del día había observado a Colette una y otra vez. Se había preguntado cómo sabrían sus labios y si su piel sería tan sedosa al tacto como parecía. El deseo que sentía por ella no tenía nada que ver con el deseo de querer que se pusiera de su parte en el asunto de Gina. Eran dos cosas muy diferentes. En una de ellas usaba la cabeza, y en otra la parte visceral que no tenía nada que ver con el cerebro.

Al entrar en la tienda se desvanecieron todos los pensamientos sobre Colette: su hermana estaba inclinada sobre el mostrador, flirteando con un joven que llevaba un uniforme de mensajero.

Ella se incorporó cuando vio a Tanner.

–Tanner, me gustaría presentarte a Danny Burlington. Danny, este es mi hermano, Tanner Rothman.

El joven le tendió una mano a Tanner, que la aceptó y la estrechó.

–¿Estás haciendo una entrega o ligando con mi hermana?

–¡Tanner! –exclamó Gina enfadada.

Danny soltó la mano de Tanner, pero mantuvo su mirada.

–He venido a visitar a Gina, señor. De hecho, le he pedido que venga a cenar conmigo esta noche y tal vez luego a ver una película.

–Y yo le he dicho que me encantará ir con él –dijo Gina. Su expresión previno a Tanner, y él supo de repente que si manejaba la situación como realmente quería se arriesgaría a perder a Gina para siempre.

Pasó un brazo por los hombros de Gina y forzó una sonrisa mientras miraba a Danny.

–Confío en que sea una salida relativamente corta, ya que Gina es una mujer que trabaja.

Danny se relajó visiblemente.

–Sí, señor. Yo también empiezo a trabajar temprano, no llegaremos tarde.

Tanner decidió que sería mejor no pedir una copia del carné de conducir de Danny ni de sus huellas, aunque eso era exactamente lo

que quería hacer.

–Vamos, Danny, te acompañaré fuera –dijo Gina. Se liberó del brazo de Tanner y caminó con Danny hasta la puerta.

Tanner observó cómo su hermana sonreía al chico de los repartos. Eso era lo que él había temido, que algún tipo de la ciudad hiciera que su hermana perdiera la razón. En el peor de los casos, la dejaría embarazada y la abandonaría. En el mejor de los casos, Gina se enamoraría perdidamente de él y se negaría a volver al rancho con Tanner.

Deseaba con todas sus fuerzas echarle un sermón y anular la cita de su hermana, pero no pudo. Sabía que su manera de llevar esa última crisis serviría para ganarse a su hermana o para fracasar estrepitosamente.

Se obligó a sonreír a Linda, la empleada a tiempo parcial que había llegado justo antes de que él acompañara a Colette a su casa. Ella lo miró y después siguió doblando mantitas. Tanner se preguntó qué le habría contado su hermana sobre él, pero por la mirada de la chica supo que no había sido nada favorable.

Gina sonrió. Sus ojos brillaban mientras volvía a entrar en la tienda.

–Gracias –dijo cuando llegó junto a Tanner.

–¿Por qué?

–Por no ser mezquino y odioso con Danny –apoyó con codos en el mostrador, sin dejar de sonreír–. Ha sido muy amable conmigo desde que llegué a Kansas City. La mayoría de las tardes viene para acompañarme a casa después de cerrar la tienda. Le dije que hoy no tendría que hacerlo, porque estás tú.

Tanner tuvo que resistir el impulso de abrazarla fuertemente contra su pecho y retenerla ahí para mantenerla a salvo.

–¿Y qué es lo que sabes de él? –preguntó intentando que su voz sonara tranquila.

Ella se encogió de hombros y se acercó a una vitrina de zapatos de bebé.

–Sé que tiene veinticinco años y que ha estado trabajando para la empresa de reparto durante los últimos cuatro años –dijo mientras ordenaba las cajas de zapatos–. Vive con su familia no lejos de aquí y tiene dos hermanas más jóvenes y un hermano pequeño.

Tanner se sintió algo mejor al saber que Danny no tenía su propio apartamento. Si la llevaba a su casa, donde estaban sus hermanos y sus padres, sería muy difícil que consiguiera algo más que un beso o dos.

–Y ahora dime, hermano mayor, ¿qué piensas de mi compañera de piso? Es muy simpática, ¿verdad?

–Está bien –contestó Tanner.

Gina le dedicó una sonrisa maliciosa.

–He visto cómo la mirabas durante todo el día. Diría que piensas que está bastante mejor que bien.

Tanner se sorprendió al darse cuenta de que una oleada de calor le subía por el cuello.

–No sé de qué estás hablando –murmuró.

–Venga, Tanner –Gina se acercó a él y le puso los brazos alrededor del cuello–. ¿No te das cuenta de que mi independencia también es la tuya? Te has pasado los mejores años de tu vida educándome. Ya es hora de que sigas con tu propia vida.

Tanner la abrazó pero no le dijo que aún no había llegado el momento de que fuera una chica independiente. Aún era un polluelo que no estaba preparado para volar del nido, y él estaba dispuesto a agarrarla antes de que se cayera.

Dos horas después, cuando ya anochecía, acompañó a Gina al apartamento.

–Odio la idea de que vuelvas a casa sola por las noches –dijo él.

–Ya te lo he dicho, la mayoría de las noches Danny me acompaña a casa.

–¿Y las que no lo hace?

Ella suspiró con impaciencia.

–Entonces me voy a casa rápido con la cabeza bien alta. Colette dice que si no pareces una víctima tienes más posibilidades de no serlo. Y para estar más segura, llevo un spray de pimienta en el bolso.

–En Foxrun nadie tiene que llevar spray de pimienta –observó él.

–Eso es porque en Foxrun nunca ocurre nada –contestó Gina como si fuera algo malo–. Es una pequeña ciudad muy agradable con gente agradable, pero quiero algo más que lo que Foxrun puede ofrecerme.

Se detuvieron frente al bloque de apartamentos y ella lo miró

pensativa.

–Ya que yo voy a cenar con Danny, ¿por qué no invitas a Colette a comer algo?

Él enarcó una ceja sorprendido.

–Creí que no querías que tuviera trato con ella porque tenías una teoría de conspiración… ya sabes, crees que estoy intentando ponerla de mi parte.

–Eso me preocupaba –respondió–. Pero después de pensarlo bien he decidido que no es una amenaza para mí.

–¿Cómo es eso? –preguntó Tanner indulgentemente.

–Colette es la mujer independiente más fuerte que conozco. Por lo que sé de ella, nunca ha dependido de nadie y siempre lo ha hecho todo sola. Me parece que sabe que mis sueños son muy parecidos a los suyos y que va a apoyarme en todo lo que quiero hacer –le sonrió con picardía–. Y creo que ni siquiera el famoso atractivo de Tanner podrá ponerla en mi contra.

Él le devolvió la sonrisa.

–A lo mejor estás subestimando el poder del famoso atractivo de Tanner.

–Puede ser. En cualquier caso, voy a cenar con Danny y he pensado que podrías comer con Colette mejor que quedarte solo.

Tanner miró a su hermana con recelo. No confiaba en ese cambio tan repentino. Ese mismo día le había dicho que se mantuviera alejado de Colette, pero en ese momento parecía invitarlo a continuar con sus planes de poner a Colette de su lado y manipular a Gina para que volviera a casa.

–Creo que voy a averiguar si Colette quiere comer algo conmigo.

Los dos se metieron en el ascensor y llegaron al piso octavo. Tanner estaba sorprendido al darse cuenta de que pensar en cenar con Colette le hacía sentir algo nervioso.

Entraron en el apartamento y vio a Colette enseguida. Llevaba un camisón corto de algodón y estaba hecha un ovillo en el sofá, con un montón de catálogos en la mesita de café.

Era evidente que se había duchado recientemente. Tenía los rizos húmedos y su rostro limpio resplandecía, haciendo que Tanner deseara acariciarle las mejillas con los dedos.

También era evidente que ella no había esperado verlo. El camisón, aunque amplio, era fino, y él pudo adivinar la forma de

sus pechos a través del tejido de color rosa. Lo inundó una oleada de deseo y empezó a sudar.

–Tanner –dijo Colette mientras se levantaba del sofá, estirándose inconscientemente el borde del camisón–. No te esperaba –volvió a sentarse con los pies muy juntos.

–Por favor, no te levantes –respondió él–. No me voy a quedar, solo he traído a Gina a casa –se quedó parado junto a la puerta de entrada.

–Tengo una cita y Tanner iba a invitarte a cenar, pero parece que ya has comido –Gina señaló los restos de una cena de microondas y se sentó cerca de los catálogos.

–Sí… ya he comido.

Tanner creyó reconocer cierta decepción en el tono de su voz y se sorprendió al darse cuenta de que él también estaba decepcionado. Se dijo a sí mismo que era porque había querido tener una oportunidad para poner a Colette de su parte. Si eso sucedía, tal vez podría convencerla de que despidiera a Gina y le hiciera mudarse a otro lugar. Entonces su hermana tendría que volver a casa.

–¿Tienes una cita? –preguntó Colette mirando a Gina.

Gina sonrió y sus ojos brillaron.

–Con Danny.

–¡Gina, eso es maravilloso! ¡Sé lo mucho que deseabas que te lo pidiera!

Colette se levantó de un salto y abrazó a Gina, y el movimiento permitió que Tanner tuviera una visión tentadora de sus muslos cremosos. Pasó el peso de su cuerpo de un pie a otro y miró hacia otro lado, luchando contra la nueva oleada de calor que le abrasaba el cuerpo.

–Bueno, entonces yo me voy –dijo mientras las dos mujeres se separaban.

Colette volvió a sentarse y se ruborizó al ser consciente de que no estaba vestida apropiadamente.

–Buenas noches, Tanner. Siento lo de la cena.

Él asintió con la cabeza y miró a su hermana.

–Por favor, llámame al hotel cuando llegues a casa para saber que estás bien.

–Oh, Tanner, de verdad… –Gina puso los ojos en blanco.

–Es una petición muy sencilla –dijo Colette y Tanner le dedicó una sonrisa de gratitud.

–Está bien, está bien. Te llamaré cuando llegue –dijo Gina con un suspiro de exasperación.

–Gracias –contestó Tanner besándola en la frente. Le echó una última mirada a Colette, preguntándose cómo iba a pasar las horas de la cita de Gina y por qué deseaba poder pasarlas con la compañera de piso de su hermana en el sofá.

Capítulo 4

Eran más de las once cuando Colette se levantó de la cama por un vaso de agua y le pareció oír algo, o a alguien, justo al otro lado de la puerta del apartamento. Al principio pensó que podían ser Danny y Gina que ya regresaban. Miró por la mirilla y vio a Tanner, apoyado contra la pared que quedaba frente a la puerta.

¿Qué demonios estaba haciendo ahí? Enseguida supo la respuesta. Dios mío, el hombre estaba esperando a que Gina regresara de su cita. Gina se quedaría horrorizada al volver al apartamento con Danny y descubrir a su hermano mayor acechando en el descansillo.

Colette volvió a su cuarto, se puso una bata de algodón que le llegaba hasta los pies, se dirigió a la puerta y la abrió.

–¿Tanner? Por favor, no me digas que estás aquí por lo que yo creo.

–Vale. ¿Por qué crees que estoy aquí?

–Para espiar a tu hermana.

Él sonrió sin dejarse intimidar por la acusación.

–Para espiarla no –protestó–. Quería ver por mí mismo que había llegado a casa sana y salva.

Colette sacudió la cabeza.

–No puedo creerlo. Al menos pasa y espérala dentro. Nunca te perdonará si viene y te encuentra acechando en la escalera.

Él dudó.

–¿Estás segura? Quiero decir, es bastante tarde y no quiero molestarte.

–No te preocupes, tengo insomnio. Entra y prepararé algo de café –como siempre, Colette sintió su presencia con intensidad mientras la seguía hasta la cocina.

Le señaló la mesa de la cocina, dándose cuenta de que su presencia parecía inundar la zona del comedor.

–Perdóname si no es de mi incumbencia –dijo ella mientras preparaba la cafetera–. ¿No ha tenido Gina otras citas antes?

–Por supuesto, empezó a salir cuando tenía unos diecisiete años.

–¿Entonces por qué estás tan preocupado?

Cuando el café empezó a gorgotear en el recipiente de cristal, ella se volvió a mirarlo, pero no se acercó a la mesa.

–Yo conocía a los chicos con los que salía Gina. Los vi crecer y conocía a sus familias –le explicó–. Y ellos me conocían y sabían que si se pasaban de la raya tendrían que vérselas conmigo.

–O sea, que los intimidabas –dijo ella con coquetería.

Él sonrió y sus labios se curvaron con una sonrisa sexy que envió una oleada de calor a la boca del estómago de Colette.

–Eso me decían.

Ella se volvió hacia los armarios y sacó dos tazas, agradecida por la actividad física que la ayudaba a quitarse de la cabeza la sonrisa de Tanner.

–¿Leche o azúcar?

–Solo, por favor.

Ella llenó las dos tazas y se giró para mirarlo. Se agobió al pensar que tenía que sentarse junto a él. La mesa era demasiado pequeña. En realidad, toda la cocina era demasiado pequeña.

–¿Por qué no nos llevamos esto al salón? –sugirió ella.

–De acuerdo –Tanner se levantó y se acercó a Colette. Se quedó tan cerca que ella pudo sentir el calor de su cuerpo y su aroma. Sintió un cosquilleo en el estómago–. ¿Por qué no me dejas que lo lleve yo? –dijo señalando las tazas.

–No, está bien –se separó de él y se dirigió al salón, consciente de que él la seguía. Puso una de las tazas en la mesa de café, se llevó la otra a una silla y se sentó.

Tanner se sentó en el sofá y agarró la taza con las dos manos.

–¿Qué piensas de ese Danny con el que ha salido Gina?

Colette sonrió.

–No creo que tengas que preocuparte de nada, parece un chico muy agradable. Gina y él empezaron a echarse miradas el primer día que ella empezó a trabajar para mí y él hacía una entrega. Desde hace una semana y media él empezó a ir a la tienda para acompañarla a casa por la noche. Ha sido muy dulce ver cómo nacía un romance entre ellos.

Él frunció el ceño y bebió un sorbo de café.

–Gina es demasiado joven para involucrarse con un hombre.

Colette dudó un momento y luego asintió con la cabeza.

–A mí tampoco me gusta que tenga una relación seria a su edad. Creo que es importante que las mujeres establezcan su independencia antes de decidirse a tener una relación seria con un hombre.

Tanner levantó una ceja.

–¿Es eso lo que tú haces? ¿Esperas a establecer tu independencia antes de iniciar una relación con un hombre?

–He sido independiente durante mucho tiempo –contestó ella–. Y la verdad es que no quiero ni necesito un hombre en mi vida. Me gusta depender solo de mí misma.

–Así te puedes sentir muy sola.

Ella pensó en el bebé que tal vez ya crecía en su interior. Ya no volvería a estar sola si tenía un niño.

–No tengo tiempo para sentirme sola.

–Si estuvieras en Foxrun, te considerarían un bicho raro.

Colette lo miró sorprendida.

–¿Un bicho raro? Dios mío, ¿por qué?

Él sonrió.

–Porque la mayoría de las mujeres solteras de Foxrun sólo quieren una cosa: encontrar un buen hombre. No les importa la independencia, quieren formar parte de una pareja.

–Entonces, bajo mi punto de vista, están equivocadas.

–Has dicho antes que has vivido sola desde que tenías dieciocho antes. Eras muy joven –tomó otro sorbo de café.

Colette sonrió.

–Si hubiera sido por Lillian, habría vivido por mi cuenta desde los seis años.

–¿Lillian?

–Mi madre.

Él se reclinó contra los cojines del sofá.

–¿Llamas a tu madre por su nombre?

Ella asintió con la cabeza.

–Cuando yo tenía diez años insistió en que dejara de llamarla «mamá» y en que empezara a llamarla Lillian. No quería que la gente supiera que era lo suficientemente mayor como para tener una hija de mi edad.

–Entonces, básicamente perdiste a tu madre cuando tenías diez

años, como Gina.

Ella lo miró sorprendida.

–Nunca había pensado en ello de esa manera.

–¿Y tu padre? ¿Ha muerto?

–Quién sabe. Nunca lo conocí. Mi madre y él nunca se casaron, y él la abandonó cuando yo tenía unos seis meses. Me crié con una serie de «tíos». Mi madre es una de esas mujeres que no pueden estar solas.

Tanner se terminó el café, le echó un vistazo a su reloj y frunció el ceño.

–Ya es más de medianoche. ¿Qué pueden estar haciendo? –se levantó y miró por la ventana.

–Tanner, Danny no recogió a Gina hasta las nueve. Mientras comen algo y ven una película, probablemente sea casi la una antes de que vuelvan.

Él se dio la vuelta y se pasó una mano por el cabello.

–¿Sabías que a Gina sólo le quedaba un año para terminar la universidad y licenciarse en Magisterio?

–No, no lo sabía. Yo siempre deseé haber tenido la oportunidad de ir a la universidad y licenciarme –frunció el ceño pensativa, preguntándose si Gina sabía a lo que estaba renunciando por conseguir algo de libertad. Se levantó y señaló la taza de Tanner–. ¿Quieres un poco más?

–No, gracias –agarró la taza y la siguió a la cocina. Se apoyó en la encimera mientras ella apagaba la cafetera y metía las tazas en el lavavajillas.

Cuando se volvió para mirarlo, vio un brillo en sus ojos que le puso la piel de gallina, una mirada sexy que hizo que el corazón se le acelerara.

–Me estás mirando fijamente –dijo ella con una risa nerviosa.

–Lo siento –dio un paso hacia ella–. Estaba pensando en por qué estoy tan preocupado por la cita de Gina.

–¿Y por qué es? –ella quería que se alejara. No, quería que se acercara más. Había una energía entre ellos, una energía que centelleaba y crujía como una corriente eléctrica.

–Porque sé lo que piensan los hombres cuando están con una mujer bonita. Porque ahora yo estoy pensando en esas mismas cosas.

A Colette se le aceleró el pulso cuando él alargó la mano y le acarició una mejilla con el dedo índice.

–¿Y qué cosas son? –preguntó ella con la respiración entrecortada.

Él deslizó el dedo hacia abajo, rozándole el labio inferior. Colette se sentía como si se le fueran a doblar las rodillas en cualquier momento.

–Lo que me estoy preguntando ahora mismo es si la zona de detrás de tu oreja es sensible –Colette pudo sentir su aliento cálido sobre el rostro mientras él se acercaba aún más–. Me pregunto si tu piel es suave al tacto y si tus labios serán tan dulces como parecen.

–Supongo que sólo hay una forma de saberlo –dijo ella, sorprendida de su propio atrevimiento.

Los ojos de Tanner brillaron con más fuerza al reconocer una invitación en sus palabras. Sin perder el tiempo inclinó la cabeza para atrapar los labios de Colette entre los suyos.

Colette se dio cuenta al momento de que no sólo era un hombre increíblemente sexy, sino que además era un maestro en el arte de besar. Al principio su boca era suave y delicada. Después Tanner la rodeó con sus brazos y la apretó contra él, profundizado el beso al acariciarle la lengua con la suya.

Colette comenzó a respirar con dificultad. La boca de Tanner era caliente como un volcán y su pecho era un músculo duro como una roca. Ella perdió el sentido de su propio cuerpo cuando sus lenguas se entrelazaron eróticamente.

Los brazos de Tanner la rodeaban fuertemente, y durante un breve momento ella se sintió más segura que nunca. Él abandonó sus labios para buscar la zona sensible de detrás de la oreja.

–¿Colette? –la voz de Gina llegó desde el salón. Tanner y Colette se separaron justo cuando Gina entraba en la cocina–. Tanner… ¿qué estás haciendo aquí?

–Tanner vino para saber si habías llegado, tomamos un café y charlamos un rato. Todavía queda algo de café, por si quieres una taza. He apagado la cafetera hace un minuto, aún debe de estar caliente –Colette sabía que estaba hablando tontamente, y esperó que sus labios no estuvieran tan hinchados como ella los sentía, esperó que Gina no tuviera ni idea de lo que habían estado haciendo, de ese beso que había conseguido que Colette perdiera la

cabeza.

–No, no quiero café –dijo Gina, y ahogó un bostezo con el dorso de la mano–. Ya ves que he llegado a casa sana y salva, así que ya puedes volver a tu hotel –le dijo a Tanner–. Me voy a la cama, os veré mañana.

–Te dije que estaría bien –comentó Colette mientras se apretaba el cinturón de la bata–. Y ahora yo también tengo que dormir un poco –necesitaba que él se fuera, tenía que alejarse de él.

Colette todavía sentía un cosquilleo en los labios, y lo único que deseaba era repetir el beso. Y eso la asustaba.

–Entonces supongo que te veré mañana –dijo él mientras se dirigían a la puerta de entrada.

–Eso creo –contestó Colette algo avergonzada.

Él dudó en la puerta y ella pudo darse cuenta de que quería decir algo más.

–Buenas noches, Tanner –dijo adelantándose a cualquier cosa que él pudiera decir. Abrió la puerta sin mirarlo a los ojos.

–Buenas noches, Colette –la miró durante unos segundos, después se dio la vuelta y se marchó.

Ella cerró la puerta con llave y se apoyó contra ella. Tenía que mantenerse alejada de Tanner Rothman, porque era una amenaza para todo lo que había conseguido, para toda la fuerza personal que había logrado en su vida de adulta. Durante un instante, mientras él la había abrazado y besado tan dulcemente, ella se había sentido débil y necesitada. Por esa razón tenía que evitarlo a toda costa.

Tanner respiró profundamente el aire fresco de la noche. Colette. Aún tenía su aroma pegado en la piel, y todavía podía sentir el sabor de su boca. Había cometido un gran error al besarla, porque al hacerlo se habían despertado unas hormonas que habían estado durmiendo durante mucho tiempo. Y también había confirmado sus sospechas: los labios de Colette eran tan suaves y tan dulces como había pensado.

Lo que no había esperado era el calor que consumió todo su cuerpo mientras la abrazaba y besaba.

Frunció el ceño pensativo mientras se dirigía al hotel. Colette Carson era todo lo que él no quería en una mujer. Evidentemente,

era muy independiente, no tenía ni idea de lo que era ser parte de una familia y estaba animando a su hermana a que fuera como ella. Pero aunque Tanner sabía que todo eso era cierto, quería abrazarla de nuevo. Quería besarla otra vez.

Todavía sentía las mismas sensaciones contradictorias cuando llegó al día siguiente a La Boutique del Bebé. No llegó hasta después del mediodía, sabiendo que Gina estaría allí a esa hora. Después de todo, el que hubiera decidido quedarse en Kansas City no tenía nada que ver con la adorable Colette, sino con Gina. Tenía que concentrarse en llevar a su hermana al rancho, no en pensar cuándo podría besar a Colette de nuevo.

En el mismo instante en el que entró en la tienda Colette se excusó y salió para comer. El luchó contra el impulso de ir tras ella, pero se dio cuenta de que era una oportunidad perfecta para quedarse a solas con Gina y retomar su propósito inicial.

–No pude hablar contigo anoche. ¿Cómo fue la gran cita? –preguntó cuando se quedaron solos en la tienda. Estaban sentados uno al lado del otro detrás del mostrador.

–Fue maravillosa. Fuimos a ver la última película de Jackie Chan, y era tan divertida que reímos hasta llorar. Ese hombre tiene mucho talento, y además tiene una cara que te hace reír en cuanto la miras.

–La verdad es que me interesa más lo que piensas de Danny –dijo Tanner secamente.

Gina sonrió.

–Danny es muy dulce y divertido. Me gusta mucho –contestó.

–Espero que no te guste demasiado –dijo empezando a preocuparse. Quería que Gina terminara felizmente casada y que formara una familia, pero no quería que se precipitara–. Gina… en realidad nunca hemos hablado de los hombres y las mujeres y todo eso.

–Oh, Tanner… Por favor. No me digas que vas a intentar tener esa charla conmigo.

–¿Esa charla?

–Ya sabes, de dónde vienen los niños –Gina se ruborizó ligeramente.

Tanner también se sintió algo avergonzado.

–Probablemente debería haberte hablado de eso hace mucho

tiempo.

–Sí, antes de ir al instituto. Ya es un poco tarde, Tanner. La madre de Maggie Christian me contó todo lo que hay que saber.

–¿De verdad?

Aunque seguía sonrojada, Gina sonrió a su hermano.

–Tanner, lo sé todo sobre enfermedades de transmisión sexual. Sé cómo se hacen los bebés y qué previene tanto las enfermedades como el embarazo.

–Eso no es todo lo que me preocupa. Quiero decir, no me gusta que empieces una relación seria demasiado pronto.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que me enamore de Danny y me case enseguida? –se rió y sacudió la cabeza–. Tanner, no tienes que preocuparte por eso. Según parece, Colette también estaba preocupada por lo mismo y anoche tuvimos una larga conversación –Tanner se relajó, esperando que esa charla con Colette hubiera servido de algo–. Créeme, no tengo ninguna prisa en casarme. De hecho, no estoy segura de querer casarme –añadió moviendo una mano.

Tanner la miró con horror.

–¿Qué quieres decir? Por supuesto que terminarás casándote, eso es lo que quieren todas las mujeres: un marido, un hogar y formar una familia –dijo Tanner preguntándose qué le habría dicho Colette a su hermana.

–No seas tan anticuado –se burló Gina–. Hoy en día las mujeres pueden elegir.

¿Le estaba echando un sermón feminista que Colette le había metido en la cabeza la noche anterior? Tanner no sabía muy bien a quién quería ahogar, si a Gina por creer en eso o a Colette por animarla a que lo pensara.

Antes de que pudiera decir nada, entró una mujer a la tienda y Gina fue a atenderla. Y a lo largo del día la boutique estuvo tan llena de gente que Tanner no pudo hablar con Colette sobre lo que le había dicho a Gina la noche anterior.

Era como si todas las mujeres embarazadas hubieran decidido ir a la tienda el mismo día. E incluso cuando no había tantos clientes, Colette siempre encontraba algo que hacer en el lado opuesto de la tienda, alejándose de Tanner.

Tanner empezaba a sospechar que lo estaba evitando. Tal vez Colette se sentía culpable por las tonterías que le había dicho a Gina la pasada noche.

Sobre las tres entró en la tienda un hombre con vaqueros azules, una camisa de trabajo y un cinturón de herramientas.

–Hola, Colette –dijo mientras le sonreía cálidamente.

–Hola, Mike –Colette le devolvió la sonrisa.

–Puedo trabajar un par de horas hoy, si te viene bien.

–Perfecto –contestó ella.

Tanner los observó mientras se dirigían a la parte de atrás. Un momento después escuchó la risa de Colette y se sintió irracionalmente celoso.

–Es Mike Moore –dijo Gina desde detrás–. Está haciendo el trabajo de carpintería en la zona infantil que quiere hacer Gina.

–Es un poco tarde para empezar a trabajar –replicó él. No sabía muy bien por qué, pero no le gustaba la sonrisa del carpintero rubio ni la facilidad que tenía para hacer reír a Colette.

–Mike le está haciendo un favor a Colette, así que viene cuando termina su trabajo de verdad.

–¿Y qué es lo que hace? –preguntó Tanner mientras volvía a escuchar la risa musical de Colette–. Déjame adivinar, es cómico.

Gina se rió.

–No, es carpintero, está trabajando en las reformas de un edificio de por aquí. Él y Colette han sido amigos durante mucho tiempo, y yo creo que siente algo por ella.

–Esto no es una tienda de ropa de bebé –murmuró Tanner –es un club de solteros.

Gina se rió y se apartó de su hermano para saludar a un cliente que acababa de entrar. Tanner fue a la parte trasera, donde Colette le estaba explicando a Mike lo que quería hacer.

–Dos mesas pequeñitas… como mesas de picnic en miniatura. Y también voy a encargar una de esas estructuras de madera con un tobogán.

–Quieres que tengan la sensación de estar en un parque –respondió Mike.

–Exacto –Colette vio a Tanner y rápidamente los presentó.

–¿Así que está en la ciudad por un par de días? –le preguntó Mike. Tanner asintió con la cabeza–. ¿Ha visitado antes Kansas

City?

–En varias ocasiones, pero ya hace años desde la última vez.

–Entonces debería decirle a su hermana que le haga un pequeño tour. Tenemos algunos sitios que merece la pena ver: Science City, la zona de River Market y la Plaza.

–No creo que Tanner se vaya a quedar tanto como para ver todos los encantos de la ciudad –dijo Colette sin mirar a Tanner.

–Al contrario –contestó él–. Me encantaría ver todas esas cosas mientras estoy aquí. Pero supongo que Colette sería mejor guía que Gina, que en realidad no conoce la ciudad.

–Desafortunadamente, eso no será posible. Estoy demasiado ocupada –respondió Colette sin mirarlo. Sonrió a Mike–. Ahora te dejaremos trabajar.

No esperó a que Tanner la siguiera, sino que fue rápidamente a la zona donde Gina estaba atendiendo a una mujer mayor que se interesaba por las cunas.

Tanner volvió a sentarse en la silla de detrás del mostrador, mirando pensativamente a Colette. Definitivamente, lo estaba evitando, y no sabía si era por el beso o por la conversación que había tenido con Gina la noche anterior.

En ese momento podía evitarlo, pero tarde o temprano iba a tener una pequeña charla con ella. Lo invadió una oleada de irritación al pensar en su hermana y en ese repentino discurso feminista.

Tanner no tenía nada contra las feministas. Creía en la igualdad para los dos sexos y entendía la necesidad de sentirse realizado. Pero sabía que había mujeres que simplemente hablaban de realización personal y otras que no sólo eran feministas, sino que también odiaban a los hombres.

¿Era Colette una de ellas? ¿Enseñaría a Gina a odiar a los hombres y la convencería de que las mujeres estaban mejor sin ellos? ¿Animaría a Gina a disfrutar del placer con los hombres, pero también a no involucrarse en una relación?

Pensó en el beso que había compartido con Colette. No lo había besado como una mujer que odiaba a los hombres. Lo había besado con ansiedad, una ansiedad que había despertado la respuesta de Tanner.

Pensando en ello lo invadió una oleada de deseo. Quería gritarle

por lo que pudiera haberle dicho a Gina la noche pasada, pero también quería besarla hasta que los dos se marearan de deseo.

Pero en ese momento no podía hacer ninguna de las dos cosas. Estaba seguro de que Colette estaba evitando cualquier conversación, cualquier contacto con él. Y no hubo nada que cambiara la situación a lo largo de la tarde.

Solo cuando llegó la empleada a tiempo parcial y Colette agarró su bolso para marcharse Tanner vio la oportunidad para hablar con ella a solas. Cuando ella salió de la tienda y empezó a caminar hacia el apartamento, él se apresuró a alcanzarla.

–Tanner, no es necesario que me acompañes a casa cada día que pases en la ciudad –dijo algo irritada.

–Bueno, es importante que lo haga ahora, ya que has estado evitándome todo el día y no he podido hablar contigo a solas –contestó intentando no fijarse en cómo el sol de la tarde arrancaba reflejos dorados a su cabello.

–No seas ridículo, no te he estado evitando. Además, ¿de qué ibas a querer hablarme?

Su actitud le hizo enfadar.

–Quiero saber qué demonios le dijiste anoche a Gina.

Ella se detuvo y lo miró.

–¿De qué estás hablando? –no esperó su respuesta, sino que empezó a caminar de nuevo rápidamente, como si tuviera prisa por llegar al apartamento y perder a Tanner de vista.

Él apretó el paso para alcanzarla.

–Te hablo de que antes Gina siempre decía que se iba a casar y a tener una familia, pero después de la charla de anoche ha cambiado de opinión y ahora dice que puede que no se case nunca.

Colette volvió a pararse y lo miró con las manos en la cintura.

–Anoche estabas preocupado porque tuviera una relación seria y se casara demasiado joven. Ahora te preocupa que tal vez nunca se case. ¿Por qué no la dejas sola y que ella decida lo que quiere hacer con su vida?

–Porque me da miedo el tipo de influencia que tú puedas tener sobre ella –Colette lo miró sorprendida, abrió la boca como si fuera a hablar pero la volvió a cerrar y echó a andar–. No quiero decir que piense que eres una persona horrible o algo así. Es que no te conozco lo suficiente y no sé si tu sistema de valores está a la altura

de los valores que quiero que Gina tenga.

–¿Mi sistema de valores?

Ella no dejó de andar y no dijo una sola palabra más hasta que llegaron al bloque de apartamentos. Entonces se volvió para mirarlo a los ojos. Él siempre había pensado que los ojos castaños eran cálidos y atractivos, pero en ese momento los de Colette no eran ninguna de las dos cosas.

–Has criado a Gina desde que tenía diez años –le dijo fríamente–. Si crees que puedo echar a perder su sistema de valores con una sola conversación, es que tal vez no la has educado tan bien como crees –abrió la puerta del edificio–. Y ahora, si me perdonas, tengo a seis bailarines desnudos esperándome arriba. Voy a emborracharme y a tener sexo con los seis porque mi sistema de valores no me dice que haya nada malo en ello –con esas palabras desapareció en el interior del edificio y cerró la puerta de golpe.

Tanner se quedó quieto, preguntándose qué demonios acababa de ocurrir.

Capítulo 5

Colette cerró la puerta del apartamento de golpe y tiró el bolso en el sofá. Nunca la habían insultado tanto. ¿Cómo se atrevía Tanner Rothman a hablarle de su propia moral? ¿Cómo se atrevía a sugerir que su sistema de valores era tan pobre que Gina no podía estar cerca de ella?

Él no sabía absolutamente nada de sus valores ni de su moral. No sabía nada de ella, había pasado muy poco tiempo a su lado y no podía juzgarla. Colette deseó que se llevara su carácter tozudo y sentencioso de vuelta a Kansas, donde podía hacer que el mundo girara a su alrededor.

Colette se quitó los zapatos y se dirigió a la cocina. Comenzó a prepararse un poco de té, con la esperanza de tranquilizarse un poco. Se apoyó contra la encimera mientras esperaba a que el agua hirviera y pensó en la conversación con Tanner.

El calor del momento ya había pasado, y Colette reconoció que tal vez había tenido una reacción exagerada a todo lo que Tanner había dicho.

Esa mañana se había despertado con el calor del beso de Tanner en los labios y con el deseo de besarlo de nuevo. Eso la había asustado, y ella había reaccionado a la defensiva, intentando evitarlo durante todo el día. Había pasado la mayor parte del día en la zona de la tienda donde él no estaba.

Pero el enfado que había sentido durante la breve discusión la había ayudado a sentirse segura e invulnerable a su encanto y a su atractivo sexual.

La tetera dejó escapar un sonido estridente y Colette se preparó rápidamente una taza de té, añadiendo una cucharada extra de azúcar.

Aunque sabía que había tenido una reacción exagerada, todavía la irritaba el que alguien creyera que podía ser una mala influencia para Gina. Sabía que tenía que aferrarse a su irritación y a su enfado en lo que se refería a Tanner. Tenía la sensación de que sólo

así podría mantenerse a salvo hasta que él regresara a su rancho en Foxrun.

Colette se sintió aliviada cuando Gina llamó para decir que no iría al apartamento a cenar porque Tanner la iba a invitar y llegaría más tarde. Bien. Tal vez los dos arreglarían las cosas y Tanner volvería a casa.

Cuando Colette calculó que Tanner y Gina estarían terminando de cenar y volviendo al apartamento, se fue a la cama. Todavía estaba resentida por lo que Tanner le había dicho, y no tenía ningunas ganas de verlo.

Cuando a la mañana siguiente salió del apartamento se sorprendió ligeramente al no ver a Tanner. Compró los panecillos en el café de Johnny y se dirigió a la tienda.

Tal vez había vuelto al rancho, pensó unos minutos después mientras bebía una taza de café y comía un panecillo de arándanos. Tal vez se había rendido en su intento de hacer regresar a Gina, había aceptado la derrota y había abandonado Kansas City.

Curiosamente ese pensamiento le hizo sentirse un poco decepcionada, pero se esforzó por apartar esa sensación. ¿Por qué debería estar defraudada si no volvía a ver a Tanner Rothman?

No se hacía ilusiones de ningún tipo de comenzar una relación con él. No quería tener una relación con ningún hombre. Tendría su bebé y su trabajo, y eso era suficiente. Además, según su opinión, Tanner era autoritario, sentencioso y con pretensiones de superioridad moral. Se terminó el panecillo y el café y decidió abrir la tienda pronto. Era el viernes anterior al Día de la Madre y esperaba mucha clientela, ese día y el siguiente.

Abrió la boutique y se sentó tras la caja registradora, frunciendo el ceño al ver que la mañana estaba gris y amenazaba lluvias. Esperó que el mal tiempo no le quitara mucha clientela.

Cuando Gina llegó a mediodía estaba relampagueando y los truenos retumbaban en el cielo.

–Parece que el cielo se nos vaya a caer encima –dijo Gina al entrar.

–Espero que se pase pronto –respondió Colette. No había ningún cliente en la tienda en ese minuto, y agradeció que Gina hubiera llegado sola.

Gina escondió el bolso debajo del mostrador y miró a Colette

con curiosidad.

–Anoche ya estabas en la cama cuando volvimos de cenar, así que no pude hablar contigo.

–¿Dónde fuisteis?

–A los Jardines Italianos. La comida estaba buenísima, pero la compañía apestaba. No sé lo que pasó entre Tanner y tú cuando te acompañó a casa anoche, pero estuvo gruñendo el resto del día.

Colette pensó que debía de ser una mala persona, porque se sentía bien al saber que había conseguido malhumorar a Tanner.

–¿Se dio por vencido y volvió a casa? –preguntó.

Gina se rió.

–Tanner no se rinde tan fácilmente –dejó de reírse y frunció el ceño pensativa–. Odio verlo tan disgustado conmigo. Ha dedicado toda su vida a criarme, y me siento como si de alguna manera lo estuviera traicionando por no hacer lo que quiere que haga.

–Estoy segura de que Tanner no te crió pensando que estarías en deuda con él hasta el punto de tener que sacrificar tu vida y todos tus sueños.

–Ya lo sé –dijo Gina suspirando–. Pero me siento culpable por desear cosas que no son las que él quiere para mí. Él cree firmemente que lo que quiere para mí es lo mejor, pero no sé cómo hacerle entender que sus sueños y los míos son diferentes.

–¿Has intentado sentarte con él y explicárselo racionalmente? –preguntó Colette.

–Nunca podemos tener una conversación razonable sobre ese tema. Pensé que tal vez tú podrías hacérselo ver, hacerle comprender que ya es hora de que me deje hacer mi propia vida.

–Ah, no. No pienso convencer a tu hermano de nada. Además, no me escucharía. Ni siquiera le gusto.

Gina se rió.

–¿De dónde has sacado esa idea? –miró a Colette tímidamente–. Sí que le gustas. He visto cómo te mira, nunca había mirado a ninguna otra mujer así.

–Entonces creo que necesitas gafas –contestó Colette sonrojándose ligeramente.

Las interrumpió un grupo de mujeres que se metieron en la tienda para escapar de la lluvia que acababa de empezar a caer. La tarde pasó y Colette se irritó al descubrir que aunque Tanner no

estaba en la tienda ella no podía dejar de pensar en él.

Quería preguntarle a Gina dónde estaba, qué podría estar haciendo, pero sabía que no era asunto suyo y no quería darle a Gina la impresión de que le importaba.

No le importaba. Tanner no significaba nada para ella. Exceptuando que le había encantado sentir sus fuertes brazos rodeándola. Y exceptuando que le había encantado la forma en que los labios de Tanner se habían apoderado de los suyos.

Casi era la hora en que tenía que irse a casa cuando un taxi se paró frente a la tienda y Tanner se bajó de él. Corrió dentro de la tienda, sacudiéndose el agua del cabello como si fuera un perro después del baño. Colette intentó ignorar el vuelco que le dio el corazón cuando lo vio.

–Creí que tal vez te ibas a tomar el día libre –le dijo él.

–¿Por qué iba a hacerlo? –preguntó Colette fríamente.

Él le dedicó una sonrisa sexy y electrizante.

–Pensé que tendrías que recuperarte después de la noche salvaje con los bailarines desnudos.

–¿Qué bailarines desnudos? –preguntó Gina mientras se acercaba a ellos.

–No importa –contestó Colette–. Tu hermano está intentando ser gracioso.

–En realidad estoy intentando disculparme por lo que dije ayer –contestó Tanner mientras sus ojos azules brillaban–. No quise ofenderte.

–¿Qué hiciste para ofenderla? –preguntó Gina. Su mirada saltó de su hermano a Colette, y luego otra vez a su hermano–. ¿Qué está pasando? –dijo con frustración.

–No es asunto tuyo, cariño –contestó Tanner mientras le tocaba la punta de la nariz con el dedo índice–. Entonces, ¿aceptas mis disculpas?

Ella dudó un momento y después asintió rígidamente. Quería seguir enfadada con él, pero era imposible con esos ojos azules mirándola suplicantes.

–Bien –dijo Tanner con satisfacción–. Y ahora tengo una pregunta. ¿Tienes planes con tu madre el domingo?

Colette siempre se sorprendía cuando al pensar en su madre sentía un vacío doloroso. ¿Cuándo desaparecería ese dolor? Sacudió

la cabeza.

–Lillian va a estar fuera de la ciudad el fin de semana.

–¿Y la tienda no abre el Día de la Madre?

–No. Nunca abrimos los domingos.

–Entonces, ¿qué os parece si los tres tenemos una agradable cena el domingo? Yo invito –sugirió.

–Es una gran idea –dijo Gina rápidamente.

–No es necesario que me lleves a cenar –protestó Colette.

–Insisto. Podemos cenar sobre las seis. Os recogeré a las cinco y media.

–A mí me parece bien –dijo Gina. Colette asintió con la cabeza.

–Ah, y como es casi la hora a la que te fuiste ayer a casa, le he dicho al taxista que espere y que te lleve –le dijo a Colette mientras le dedicaba una sonrisa encantadora–. No quiero que camines bajo la lluvia.

–No tienes que cuidar de mí –replicó–. Soy perfectamente capaz de cuidarme yo sola.

Quería enfadarse por ese arreglo del taxi. No necesitaba ni quería que nadie cuidara de ella. Pero en el fondo le gustó el gesto de Tanner.

Consciente de que había sido poco cortés, se apresuró a decir:

–Pero gracias de todas maneras. Supongo que debería irme ahora.

Momentos después, sentada cómodamente en el asiento trasero del taxi mientras la lluvia golpeaba las ventanillas, pensó en la invitación del domingo. Se dijo que no había nada malo en cenar con Tanner y su hermana. No iba a estar a solas con él, así que él no tendría oportunidad de besarla de nuevo.

Intentó imaginar cuál sería la reacción de Tanner si supiera que la habían inseminado artificialmente y que pretendía criar a un niño sola. Estaba segura de que lo desaprobaría. Pero no había ninguna razón para que ella le contara sus planes de futuro. Y desde luego no necesitaba ni quería la aprobación de Tanner.

–Señorita, ¿se va a quedar ahí sentada esperando a que deje de llover o se va a bajar? –el taxista la miró por el espejo retrovisor.

–Me bajo –abrió el bolso, sacó algo de dinero y se inclinó hacia delante para pagar, pero él movió una mano.

–El caballero ya se ha ocupado de eso.

Colette bajó del taxi y corrió hacia la puerta del edificio preguntándose por qué, a pesar del recelo que sentía hacia Tanner, estaba deseando cenar con él el domingo por la noche.

Tanner volvió a mirarse en el espejo una vez más. Los pantalones y la camisa de vestir que había comprado el día anterior le sentaban bien y le daban la oportunidad de cambiar los vaqueros y la camiseta que solía llevar.

Se había dicho a sí mismo que había comprado la ropa en honor de la madre que había perdido once años atrás, pero al elegir la camisa se había preguntado cuáles serían los colores favoritos de Colette. ¿Preferiría un suéter o una camisa?

Colette. La había insultado con su comentario sobre los valores y la moral. No había querido hacerlo, pero ese había sido el resultado final. El viernes en la tienda ella había aceptado sus disculpas, pero Tanner tenía la sensación de que lo había hecho a regañadientes. Esperaba que con la cena de esa noche pudiera hacer las paces con ella definitivamente.

Miró el reloj y se dio cuenta de que tenía que irse. Se puso colonia en el cuello, se pasó una mano por el cabello y dejó la habitación del hotel.

Había alquilado uno de los coches del hotel con su conductor para que estuviera a su disposición toda la tarde, y cuando salió a la calle vio que el coche ya lo estaba esperando.

No había ido a la tienda el día anterior, sino que había pasado parte del día hablando por teléfono con el capataz para asegurarse de que todo iba bien en el rancho. Después, a media tarde, había ido a buscar un restaurante especial para la cena del Día de la Madre.

Y había encontrado el lugar ideal cerca del hotel. Antonio's era elegante, con las mesas dispuestas de tal modo que aseguraban la intimidad de todos los comensales. El menú era muy variado y tenían una amplia carta de vinos. Había hecho la reserva y después se había ido a buscar la ropa más apropiada para una cena tan especial.

Solo había una cosa que deseaba que ocurriera esa noche: deseaba que su madre pudiera estar presente. Raramente pensaba

en sus padres. Su pérdida todavía le dolía, aunque habían pasado muchos años.

Pero ese día, al ver el restaurante del hotel lleno de familias y madres sonrientes con ramos de flores, no había podido quitarse a su madre de la cabeza. Si hubiera podido ir a la cena esa noche, él le habría comprado un ramo de rosas rosas pequeñas, sus favoritas.

El conductor se detuvo frente al edificio de Colette y Tanner apartó de su mente esos pensamientos.

–Enseguida vuelvo –le dijo al conductor, que asintió con la cabeza.

Unos momentos después Tanner llamaba a la puerta del apartamento de Gina y Colette. Colette abrió la puerta, y durante un instante él se quedó sin habla al mirarla.

El vestido de color caramelo que llevaba se le ceñía al cuerpo, realzándole los pechos y la cintura y cayendo con pliegues femeninos hasta las rodillas.

El escote en forma de V era lo suficientemente grande como para ser interesante pero sin provocar, y sus ojos de color castaño claro eran del mismo color encantador que la tela.

Las mejillas de Colette se pusieron rojas.

–Lo siento. Te estoy mirando demasiado, ¿verdad?

–La verdad es que sí –contestó ella.

–Es que mereces que te miren. Estás increíble –dijo Tanner mientras ella lo hacía pasar.

–Gracias. Tú tampoco estás mal –respondió todavía ruborizada.

–¿Estamos listos? Espero que tengáis hambre.

–Me muero de hambre. Yo estoy preparada, pero Gina todavía está en su cuarto.

Tanner miró el reloj y luego a Colette.

–He reservado en Antonio's. ¿Lo conoces?

–No, pero me han dicho que es maravilloso –ella comenzó a juguetear con la correa del bolso, visiblemente nerviosa. Su mirada se detenía en todos los rincones de la habitación excepto en Tanner.

Él cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, sin saber cómo conseguir que se sintiera cómoda.

–Hace una tarde muy agradable –dijo finalmente.

–Sí. No hay nada más agradable que las tardes de primavera –lo miró y le sonrió mientras se le formaba un hoyuelo en la mejilla

izquierda–. Excepto las tardes de otoño.

–El otoño es agradable –contestó él preguntándose cuánto tiempo podrían seguir hablando del tiempo.

Alguien llamó a la puerta y Colette frunció el ceño.

–¿Quién podrá ser? –se dirigió a la puerta y la abrió.

Danny entró en el salón.

–Hola, Colette… Señor Rothman.

Tanner miró al joven confundido. ¿Lo había invitado Gina sin decírselo? En ese momento su hermana salió de su habitación.

Parecía un rayo de sol, con un vestido amarillo brillante que resaltaba su cabello moreno. Tanner sintió una oleada de cariño por ella.

–¿Nos va acompañar Danny a cenar? –le preguntó.

Gina lo miró sorprendida.

–¿No te lo he dicho?

–¿Decirme qué?

–Danny me ha invitado a cenar en su casa con sus padres. Pensé que te lo había dicho –le dedicó a Tanner una mirada de inocencia, pero él no se dejó engañar. Se preguntó si no le había comentado el cambio de planes porque temía que se enfadara.

–¿Hay algún problema, señor? –preguntó Danny vacilante–. Puedo llamar a mis padres y decirles que ha habido un cambio de planes.

–No… no hay problema –respondió Tanner mientras le lanzaba a su hermana una mirada que significaba que ya hablarían más tarde.

–Entonces estoy lista –sonrió Gina–. Pasadlo bien, nosotros nos vamos a divertir –se agarró al brazo de Danny y salieron del apartamento.

–Vaya, eso sí que ha sido una sorpresa –dijo Tanner–. ¿Estás preparada?

–Tanner, no es necesario que me lleves a cenar –protestó ella mientras dejaba el bolso en una silla.

Él se acercó, agarró el bolso y se lo tendió.

–Al contrario. No he comido en todo el día reservándome para los platos de Antonio's, y he tenido que sobornar al maître para asegurar la reserva –Colette seguía dudando–. Por favor, Colette, cena conmigo. No hay nada que odie más que comer solo.

–Está bien –aceptó finalmente sonriendo con picardía–. Pero sólo

porque es Antonio’s y siempre he querido comer allí –agarró el bolso de la mano de Tanner y salieron del apartamento.

Mientras él la acompañaba al coche, se preguntó por qué no estaba enfadado con Gina y por qué se sentía agradecido de poder cenar a solas con Colette.

Capítulo 6

El asiento trasero del coche era demasiado pequeño, pero Colette tenía la sensación de que incluso el asiento de una limusina sería demasiado pequeño si lo compartía con Tanner.

El muslo de él tocaba cálidamente el suyo, y el aroma de su colonia le llenaba los sentidos. No había contado con cenar sola con Tanner. Quería, necesitaba, que Gina también estuviera allí.

Tanner estaba más atractivo que nunca. Había cambiado los vaqueros y la camiseta por unos pantalones azul marino que parecían hechos a su medida y una camisa a rayas azules y gris oscuro que se estrechaba en la cintura.

Colette agarró el bolso con fuerza, intentando hacerse lo más pequeña posible para que hubiera menos contacto físico entre ellos.

–Estoy intentando imaginarme por qué Gina no me contó nada de los planes con Danny y su familia –dijo él rompiendo el silencio incómodo.

–Tal vez no quería que te diera un síncope –respondió ella.

–A mí no me dan síncopes –contestó poniéndose a la defensiva. Ella lo miró incrédula–. Solo soy un hermano mayor preocupado e incomprendido –sus ojos centellearon con un brillo burlón.

–Sí claro, sobre todo incomprendido –contestó Colette secamente.

De nuevo se hizo el silencio entre los dos. Colette miró por la ventanilla, intentando ignorar las corrientes eléctricas que pasaban desde el muslo cálido de Tanner al suyo.

–En realidad no me quiero interponer entre Gina y el futuro que ella elija –dijo él finalmente–. Solo quiero que lo posponga un año. Me gustaría ver cómo termina la universidad, y después la apoyaría en todo lo que decidiera hacer –se volvió hacia Colette y sonrió–. Y esto es lo último que voy a decir sobre el tema en lo que queda de noche.

Volvieron a sumergirse en un silencio incómodo. Colette doblaba y desdoblaba la correa del bolso, intentando ignorar

desesperadamente la proximidad de Tanner.

–¿Cómo has pasado el día? –preguntó él.

–Dormí hasta tarde y después fui a casa de mi madre para cuidar al caniche neurótico que tiene, ya que ella y su último novio están fuera de la ciudad.

–Deduzco que no te gustan los perros.

–Sí que me gustan. Pero Cuddles es el perro más ladrador, mordedor y aullador que conozco.

Colette se sintió tremendamente aliviada cuando el coche se detuvo frente al restaurante y ellos salieron a la calle.

No pudo evitar sentirse ligeramente impresionada cuando el maître saludó a Tanner por su nombre.

–Ah, señor Rothman, ha llegado justo a tiempo. Su mesa le está esperando.

–Has tenido que sobornarlo muy bien –murmuró Colette mientras los dos seguían al maître.

Tanner sonrió. Mientras caminaban puso una mano en la espalda de Colette, y su calor pareció extenderse desde la cabeza a los pies.

El maître los condujo hasta una pequeña mesa al fondo del restaurante. Con celosías y una espesa vegetación en tres de los lados, la mesa estaba aislada y tenía una vela encendida en el centro.

–Solamente seremos dos –dijo Tanner mientras el hombre apartaba una silla para Colette. La mesa tenía tres cubiertos.

–Muy bien –el maître le hizo señas a un camarero, que rápidamente retiró el cubierto sobrante–. Su camarero llegará enseguida –dijo justo antes de marcharse, dejando a Tanner y a Colette solos.

–Es muy agradable –dijo Colette mirando a su alrededor. Estaba empezando a relajarse, ya que estaba sentada a una distancia prudente de él y olía los deliciosos aromas de la comida, en vez de la fragancia evocadora de Tanner.

–Sí que lo es.

Ella sonrió.

–Apuesto a que en Foxrun no hay restaurantes como este.

Él se reclinó en la silla y le devolvió la sonrisa.

–Es cierto, pero los restaurantes de Foxrun tienen su propio

encanto.

Ella levantó su vaso de agua y bebió un sorbo, intentando no fijarse en cómo la vela lanzaba atractivos destellos plateados a sus ojos azules.

–¿Y cuál es el encanto de los restaurantes de Foxrun?

–Son como el bar de esa serie en donde todo el mundo sabe cómo te llamas. Cada jueves, en el restaurante familiar de Millie, Millie me prepara un pastel de manzana al caramelo.

–¿Te gusta el pastel de manzana al caramelo?

Él sonrió.

–Es mi favorito. Mi madre solía preparármelo –su sonrisa se desvaneció y él agarró la servilleta para colocársela en el regazo.

En ese momento llegó la camarera.

–¿Les traigo algo de beber antes de tomarles nota?

–Para mí no –dijo Colette.

–¿Estás segura? ¿No te apetece una copa de vino? –preguntó Tanner.

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias, está bien así –contestó señalando su vaso de agua.

–Yo quiero un whisky escocés con hielo –le dijo a la camarera.

Colette se sintió aliviada al ver que él no había insistido. Le habría encantado tomar una copa de vino, pero era consciente de que podría estar embarazada.

La camarera le llevó a Tanner su bebida, les tomó nota y volvió a marcharse. Tanner le echó un vistazo a los otros comensales y durante unos instantes Colette observó sus atractivas facciones.

Esa noche no había en él huella del ranchero. Vestido con esa ropa, podría haber sido cualquier cosa: un banquero, un hombre de negocios, un corredor de Bolsa… Pero había una cosa clara: parecía muy seguro en sí mismo, como cualquier hombre con éxito. Pero mientras lo observaba Colette pensó que había algo de tristeza en sus ojos.

–Hoy tiene que ser un día difícil para ti –le dijo.

Él la miró y sonrió.

–En cierto modo, sí. Al ver a todas las familias celebrando el día con sus madres, no puedo evitar echar de menos a la mía.

–Háblame de ella –pidió Colette, sintiendo un interés repentino por saber cosas de la mujer que lo había educado.

Sus facciones se tiñeron con una dulzura tremendamente atrayente. Tomó un sorbo de whisky, volvió a dejar el vaso en la mesa y lo agarró con las dos manos.

–Se llamaba Mariah y yo pensaba que era la mujer más guapa del mundo. Siempre olía muy bien, y estaba sonriendo y cantando todo el día. Le encantaban las rosas rosas y tenía un enorme jardín en la parte sur de la casa, donde las cultivaba. Cuando había brisa del sur abría las ventanas y toda la casa olía a la fragancia de las flores.

–Suena muy agradable.

–Era muy agradable… y yo no era el único que pensaba que era bonita. Mi madre fue una de las primeras Miss Vaca Lechera.

–¿Miss Vaca Lechera? –Colette lo miró con curiosidad–. ¿Qué es exactamente una Miss Vaca Lechera?

–Una vez al año se hace una gran feria en Foxrun, y se elige a una mujer joven Miss Vaca Lechera para que represente al condado en todos los actos que se hacen a lo largo del año. Gina fue Miss Vaca Lechera el año pasado –Tanner sonrió–. Ya sé que suena muy cursi, pero es muy divertido.

–Creo que suena de maravilla –contestó Colette–. ¿Tu madre trabajaba?

–Trabajaba muchísimo como ama de casa.

–Entonces era una mujer tradicional –a Colette no le sorprendió esa información. Podría haber adivinado que a Tanner lo habían educado unos padres tradicionales y conservadores.

–Muy tradicional –bebió otro sorbo de whisky y se quedó mirando el líquido de color ámbar, como si todos los recuerdos de su madre estuvieran allí–. Le encantaba cuidar de nosotros, preparar nuestras comidas preferidas, decorar la casa con flores frescas y otras cosas que la convertían en un hogar.

–¿Entonces no trabajaba fuera de casa?

–No –él sonrió–. Por lo que se ve, era una mujer realizada siendo únicamente esposa y madre.

–Ah, eso lo explica.

Tanner enarcó una ceja.

–¿Qué es lo que explica?

–Explica por qué odias a las mujeres que trabajan. Supongo que eres uno de esos neandertales que tienen constantemente a su mujer

descalza y embarazada.

Él se inclinó hacia delante y, a pesar de los aromas de comida que flotaban en el aire, Colette pudo oler su fragancia. Era un olor refrescante, limpio y ligeramente especiado que a ella le parecía fascinante.

–La verdad es que no, pero soy de los que les gusta practicar frecuentemente para dejar embarazada a mi mujer –su voz era suave y cálida, y Colette la sintió en la boca del estómago, como si acabara de beber un trago de su whisky escocés. Tanner volvió a reclinarse y la miró divertido–. Eso será si alguna vez decido casarme –añadió.

Tenía unos ojos endemoniadamente sexys y una voz profunda e hipnótica que podrían hacer que se derritiera un cubito de hielo en la región antártica, pensó Colette. En ese momento llegó la camarera con las ensaladas y con una cesta de panecillos de levadura.

–Háblame de Lillian –pidió él cuando la camarera se hubo marchado–. El otro día dijiste que ella habría sido feliz si te hubieras ido de casa a los seis años. ¿Qué querías decir?

Colette pinchó un tomatito con el tenedor y pensó en su madre.

–Al contrario que tu madre, a Lillian no le gustaba criar a los hijos ni formar un hogar –¿cuántas veces habría escuchado Colette «vete», «apártate» o «no te agarres a mí»?– La mayor parte del tiempo estaba ocupada o durmiendo –se metió el tomate en la boca y empezó a masticar.

–¿Trabajaba fuera de casa?

–Sí, pero nunca estaba demasiado tiempo en el mismo sitio. Siempre cometía el error de mezclar los negocios con el placer. Empezaba a salir con un compañero de trabajo o con su jefe, y cuando el romance terminaba ella se quedaba deshecha y tenía que dejar el trabajo –movió un trozo de cebolla roja de un lado a otro–. Siempre he sentido un poco de pena por ella.

–¿Por qué?

Dejó el tenedor en la mesa, levantó la mirada y se encontró con los ojos de Tanner.

–Con los hombres siempre estaba desesperada. Si no formaba parte de la vida de un hombre, su propia vida desaparecía. Cuando no estaba saliendo con alguien se pasaba días enteros sin salir de la

cama, demasiado deprimida para levantarse.

Tanner alargó un brazo y puso su mano sobre la de Colette.

–Ha debido de ser muy duro para ti. Los niños quieren creer que son la prioridad en la vida de sus padres.

No tan duro como sentir su mirada cálida y su mano ligeramente callosa. Colette se encogió de hombros y apartó la mano.

–No me malinterpretes, mi infancia no fue horrible. No abusaron de mí ni me pegaron –agarró de nuevo el tenedor, sintiéndose incómoda por la dulzura que veía en los ojos de Tanner–. Ya basta de hablar de mí. Cuéntame cosas de tu infancia. ¿Cómo era tu padre?

Colette no quería seguir pensando en Lillian, pero sobre todo deseaba que Tanner dejara de mirarla de esa manera que le hacía sentir una oleada de calor en la boca del estómago.

Tanner se reclinó en la silla. Lo poco que Colette había compartido con él sobre su madre lo había enternecido profundamente. Pero lo que no había dicho era lo que más lo había enternecido.

Colette no había hablado de la soledad de una niña algo abandonada, pero él lo había podido escuchar en su voz. Sus ojos castaños habían reflejado el dolor aunque ella no había mencionado la palabra. Y lo que más sorprendía a Tanner era que por un momento había querido levantarse y abrazarla, como si quisiera aliviar el dolor de Colette.

–Mi padre era muy tranquilo –dijo como respuesta a la pregunta de Colette–. Trabajaba muchas horas en el rancho y no tuvo un papel tan grande en mi vida y en la de Gina como el de mi madre, pero era un buen hombre, adoraba a mi madre y nos quería mucho.

–Tus padres hicieron las cosas bien. No hay muchos jóvenes de veintiún años que acepten la responsabilidad que tuviste con Gina.

Él se encogió de hombros y bebió un sorbo de whisky.

–No teníamos más familia, no había tías ni tíos que pudieran ocuparse de Gina, y no estaba dispuesto a verla en una casa de acogida. En cuanto me enteré de la muerte de mis padres hice las maletas y volví a casa inmediatamente.

–¿Volviste a casa?

Él asintió con la cabeza.

–Entonces yo estaba en Lawrence, en el último año de carrera en la Universidad de Kansas. No me mires así. Sé que estás pensando que quiero que Gina termine sus estudios porque estoy viviendo mi juventud indirectamente a través de ella.

Ella sonrió.

–Eso era exactamente lo que estaba pensando.

–Pero no es verdad –dejó de hablar cuando la camarera apareció para llevarse las ensaladas y servirles el plato fuerte. Continuó cuando se hubo marchado–. No estoy haciendo eso porque no siento que me perdiera nada de mi juventud. No me siento como si hubiera sacrificado algo dejando la universidad y ocupándome de ella y del rancho. Lo de ir a la universidad había sido idea de mis padres. Yo siempre quise quedarme a trabajar en el rancho.

–¿Entonces por qué no puedes aceptar que Gina se contente con ser vendedora?

–Sí que puedo aceptarlo –contestó mientras agarraba el tenedor y el cuchillo, preparándose para cortar el jugoso filete–. Pero si termina la universidad y se licencia tendrá algo más en lo que apoyarse si cambia de opinión –sonrió–. Pero creí que habíamos decidido no hablar de Gina esta noche.

–Tienes toda la razón.

Durante los siguientes minutos se concentraron en la comida, comentando lo maravilloso que estaba todo.

–¿Sabes cocinar? –preguntó él.

Ella sonrió y Tanner volvió a sorprenderse de su belleza, intentando mantener la vista apartada del escote del vestido, que le ofrecía una vista de la turgencia de sus senos cremosos.

–Apuesto a que piensas que voy a decir que no –dijo ella con los ojos brillantes–. Seguro que crees que sólo sé comprar comida basura. Pero la verdad es que empecé a cocinar a una edad muy temprana y descubrí que me encantaba. Lo que pasa es que últimamente no tengo tiempo para cocinar –Colette cortó un trozo de su cordon bleu de pollo–. ¿Y tú? ¿Eres buen cocinero?

–Sé más que nadie de macarrones y queso –contestó.

Ella se rió con un sonido melódico y cálido.

–Deduzco de ese comentario que la cocina no es tu punto fuerte.

–No –él la miró fijamente–. Pero hay otras cosas en las que soy

muy bueno. ¿Quieres descubrir cuáles son?

Colette se sonrojó ligeramente.

–Señor Rothman, ¿está intentando flirtear conmigo?

–Puede ser –respondió él deleitándose al ver que ella se sonrojaba. Tuvo que reconocer que la había estado deseando desde que ella abrió la puerta del apartamento.

No pudo evitar darse cuenta de que la vela iluminaba los preciosos ojos de Colette y hacía resplandecer su piel, aumentando aún más el deseo de Tanner.

–¿Y por qué ibas a querer flirtear conmigo? –preguntó apartando la mirada.

–¿Por qué no? –ella lo miró mientras Tanner se inclinaba hacia delante y le rozaba el dorso de la mano–. Eres una mujer muy atractiva, y yo soy un hombre normal que te encuentra muy deseable.

–Eso es ridículo –exclamó ella apartando la mano–. Casi no me conoces y ni siquiera estoy segura de que te guste –dijo entrecortadamente, haciéndole saber que no había sido inmune a su caricia.

–¿Qué tiene eso que ver con desearte? –se rió al ver su mirada de indignación–. Estaba bromeando –volvió a agarrar el tenedor sin dejar de mirarla–. Tienes razón, no te conozco muy bien. Pero nunca he dicho que no me gustaras.

–Bueno, pero no tiene ningún sentido que coquetees conmigo.

–¿Por qué no?

–Porque yo no tengo simples aventuras, y tú vas a volver pronto a Foxrun –lo miró desafiante–. Y aunque yo tampoco te conozco muy bien, no estoy segura de que me gustes.

Tanner se rió, sorprendido por la oleada de energía que sus palabras le provocaron. No pudo recordar cuándo fue la última vez que una mujer lo desafió.

–Entonces habrá que ver si puedo cambiar eso.

–No cuentes con ello –dijo ella secamente.

–Háblame de tus antiguos novios.

–No seas tonto. Una de las primeras reglas que aprendemos las mujeres es que no se debe hablar de otros hombres cuando estamos con un hombre.

–¿De verdad? ¿Y quién os enseña esas normas?

–Las aprendemos al nacer.

Él se rió y durante los siguientes minutos hablaron de la gente con la que habían salido en el pasado. Tanner le habló de la chica con la que había salido en la universidad, una joven llamada Sally con la que pensó que terminaría casándose.

Pero cuando Sally se enteró de que Tanner se iba a hacer cargo de su hermana, perdió de repente todo interés en él. Tanner también le confesó que había habido muy pocas mujeres después de Sally, porque criar a Gina había sido un trabajo a tiempo completo.

–Aparte de los bailarines desnudos, también ha habido muy pocos hombres en mi vida –dijo ella haciéndole reír.

–¿Por qué? –preguntó él.

Colette se encogió de hombros, y el movimiento le ofreció a Tanner una vista seductora de la curva de sus pechos.

–Cuando tenía quince años tenía dos trabajos. Quería ahorrar hasta el último centavo para poder abrir mi propia tienda. Entre los estudios y el trabajo no había mucho tiempo para las citas.

Tanner se dio cuenta de que nadie se había hecho cargo nunca de Colette. Por lo que le había dicho de su madre, siempre había tenido que cuidarse ella sola. Pensó en ella trabajando en dos sitios a la vez a esa edad tan temprana y sintió una inmensa ternura.

–¿Y Mike? –preguntó–. El tipo que trabaja de carpintero en la boutique. Gina cree que hay posibilidades de que ocurra algo entre vosotros dos.

Ella echó hacia atrás la cabeza y se rió.

–A la edad de Gina se ven romances por todas partes. Mike y yo sólo somos amigos. Ha tenido la misma novia desde que lo conozco, y han tenido un bebé el mes pasado. Trabaja en la tienda a cambio de crédito en las compras.

Tanner se sorprendió al sentirse aliviado. ¿Por qué debería importarle si Colette sentía algo por ese hombre? Al fin y al cabo, Tanner no intentaba tener una relación con ella.

Terminaron de cenar comentando temas más banales: el tiempo, las atracciones turísticas de Kansas City y la última moda en tatuajes.

–Una vez pensé hacerme un tatuaje –dijo Colette–. Quería ponerme una mariposa en el tobillo.

–¿Por qué cambiaste de opinión?

Ella se llevó la servilleta a la boca con delicadeza y después la volvió a dejar en el regazo.

–Aparte de que no me gusta hacerme daño, decidí que no quería gastar el dinero.

–El dinero es importante para ti –observó Tanner. Sabía cuál iba a ser su respuesta. Colette era una mujer de negocios fría y calculadora y seguramente se movía por el dinero. Ella tomó un sorbo de agua y ladeó la cabeza.

–Sí y no –su respuesta lo sorprendió–. Es cierto que el dinero es importante porque con él pago el alquiler, compro la comida y pago las facturas. Pero no todo se reduce al dinero –hizo una pausa y bebió otro sorbo, dedicándole una sonrisa triste que enterneció a Tanner–. Crecí escuchando a mi madre decirme que probablemente nunca llegaría a ser nadie. Cada vez que Lillian era infeliz con su propia vida me hacía comentarios hirientes. Pero en vez de disgustarme, crecí con la determinación de tener éxito, de conseguir una posición con la que nunca tendría que depender de nadie.

–Necesitar a los demás no es necesariamente algo malo –protestó Tanner, sorprendido al darse cuenta de que sus palabras lo habían molestado.

En ese momento llegó la camarera para preguntar si querían postre.

–Para mí no –dijo Colette–. No puedo comer nada más.

–Yo tampoco –la camarera puso la cuenta en la mesa y se fue–. ¿Estás lista? –preguntó él.

Colette asintió con la cabeza y dejó la servilleta en la mesa. Tanner pagó y salieron juntos del restaurante.

Mientras el conductor los llevaba al apartamento Tanner pensó en todo lo que acababa de descubrir de Colette. Era más dulce de lo que había pensado en un principio. Simplemente hablando un poco sobre su madre y su pasado había roto la imagen de mujer fría y calculadora sin corazón que él se había formado.

Aunque hablaba como una mujer fuerte e independiente, en algunos momentos la vulnerabilidad se había reflejado en sus ojos, haciendo que sus labios temblaran ligeramente.

–Gracias, Tanner –dijo ella cuando el coche se detuvo frente al bloque de apartamentos–. Ha sido una cena maravillosa.

Él no quería que la noche se acabara, aún no estaba preparado

para separarse de Colette. Salieron del coche y él la acompañó a la puerta.

–Todavía es pronto. ¿No me vas a invitar a tomar un café?

Tanner pudo ver la indecisión en su mirada.

–No lo sé… –contestó mirando su reloj.

–Solo un café rápido. Te prometo que no me quedaré mucho.

Colette dudó unos momentos, después asintió con la cabeza.

–De acuerdo. Un café rápido.

Y tal vez un beso o dos, pensó Tanner mientras la seguía al interior. Nunca había conocido a una mujer que necesitara que la besaran tanto como Colette.

Capítulo 7

Colette no había querido invitarlo, pero después de la cena estupenda que acababan de compartir, no podía negarle un café.

Cuando entraron juntos en el ascensor ella se volvió a sentir sobrecogida por su proximidad. Sentía que la estaba mirando, pero ella mantuvo la mirada fija en el indicador que mostraba los pisos por los que pasaban.

Cuando el ascensor se paró y se abrieron las puertas él le puso la mano en la espalda, y Colette sintió el calor de su piel a través del vestido.

Suspiró aliviada cuando llegaron a la puerta y él quitó la mano. Colette sacó las llaves del bolso y empezó a abrir la puerta.

–Permíteme –dijo él agarrando suavemente las llaves.

–Qué caballero –contestó Colette tomándole el pelo para calmar la tensión que sentía en su interior.

–Hay ocasiones en las que hay que ser un caballero y otras en las que hay que ser un granuja –sus ojos lanzaron unos destellos traviesos que le hicieron sentir aún más incómoda.

Solo un café rápido, se recordó Colette. El hecho de que Tanner y ella estuvieran solos en el apartamento no significaba que fueran a hacer algo más que charlar y beber café.

Pero Tanner tenía una mirada que hacía que un escalofrío le recorriera la espalda. Había deseo en sus ojos, un deseo que a ella le provocaba el mismo sentimiento.

Él abrió la puerta y le devolvió las llaves.

–Tú primero.

Ella entró, dejó el bolso en una silla y le señaló el sofá.

–Siéntate mientras preparo el café.

Empezó a andar hacia la cocina, pero gritó sorprendida cuando él le agarró la muñeca.

–He cambiado de opinión –dijo sin soltarla y acercándose aún más.

A Colette se le secó la boca y se le aceleró el pulso.

–¿Prefieres té helado? –preguntó–. ¿O tal vez limonada? Puedo preparar una jarra de limonada –Colette sabía que estaba yéndose por las ramas, pero no podía dejar de hablar–. A todo el mundo no le gusta la limonada, pero es agradable y refrescante en los calurosos días de verano.

Él le dedicó una sonrisa sexy haciendo que a Colette le temblaran las piernas.

–No quiero café –le soltó la mano para abrazarla por la cintura–. No quiero té helado –su voz era profunda y su aliento, cálido, con el aroma del whisky que había bebido durante la cena. Deslizó las manos por la espalda de Colette, arriba y abajo–. No quiero limonada –sus ojos parecían llamas azules, calientes e intensos–. Solo te quiero a ti.

–Pero dijiste que subías a tomar café –respondió Colette con voz temblorosa–. Un caballero no entra en el apartamento de una mujer con falsas promesas.

–Ahora me siento más un granuja que un caballero.

No le dio tiempo para contestar, reclamando sus labios inmediatamente.

Eso era exactamente lo que Colette había temido. No había sido capaz de quitarse el primer beso de la cabeza, y mientras él se apretaba contra ella descubrió que no tenía la fuerza para rechazar el placer de ese segundo beso.

La boca de Tanner no solo besaba los labios de Colette, sino que se apoderó totalmente de ellos. Al principio fue sólo la unión de las dos bocas, pero después la lengua de Tanner buscó la de Colette, provocándole una deliciosa calidez.

Colette no había querido que Tanner le gustara, había querido creer que era arrogante y dictatorial. Pero en realidad era lo suficientemente arrogante como para resultar atractivo, y Colette sospechaba que era un poco dictatorial, pero que le movía el amor y el cariño.

Mientras las manos de Tanner volvían a acariciarle la espalda los pensamientos sobre sus buenas o malas cualidades se desvanecieron. Colette se sentía como si se estuviera ahogando en su beso y derritiéndose en sus labios. Sabía que era una locura que no podía continuar. Sabía que no tenía ningún futuro con Tanner, que sólo sería un placer momentáneo. Pero, precisamente por eso,

¿por qué no iba a darse el capricho?

No quería un hombre en su vida permanentemente. Tenía su vida perfectamente planeada, y no había sitio para un hombre. Pero deseaba a ese hombre en ese momento.

–Colette… dulce Colette –dijo él mientras deslizaba los labios por el cuello de ella–. Desde que te besé la otra noche no he pensado en otra cosa que no fuera besarte de nuevo.

–Yo también he pensado mucho en ello –admitió Colette con la respiración entrecortada. Echó la cabeza hacia atrás invitándolo a continuar.

–También he pensado en otras cosas además de besarte –dijo Tanner. La confesión le provocó a Colette una nueva oleada de deseo.

–Y yo –respondió.

La boca de Tanner volvió a apropiarse de la suya, recorriendo sus labios con un calor dulce que le recorría todo el cuerpo. La abrazó tan fuerte que sus senos se apretaron contra el pecho de Tanner.

Las manos de Tanner se deslizaron hacia abajo y le cubrieron el trasero, provocándole un estremecimiento de deseo.

Sabía que él la deseaba… la prueba era evidente por la proximidad física. Y ella también lo deseaba. Sabía que había muchas razones por las que no debería hacerlo, pero lo deseaba.

Sin dejar de besarla, Tanner la llevó hacia el sofá y subió las manos por la espalda de Colette, hacia el principio de la cremallera. Colette contuvo la respiración al oír que la cremallera caía justo por debajo de sus caderas, sintiendo el aire fresco que indicaba que el vestido le había dejado la espalda al descubierto.

Tanner dejó de besarla para deslizarle el vestido por los hombros. Ella lo agarró a la altura de los pechos, sin saber muy bien hasta dónde quería llegar.

Pero al mirar los ojos azules de Tanner no solo vio deseo, sino también una dulce ternura y una delicadeza que le llenaban lugares vacíos que no sabía que existían en su interior.

Tomando aire, dejó que el vestido cayera al suelo, dejándola únicamente con la combinación beige, el sujetador blanco, las medias y las braguitas. Dio un paso para salir del vestido, con el corazón latiéndole apresuradamente.

Colette se dio cuenta de que Gina podría llegar en cualquier momento, recogió el vestido y se dirigió con paso vacilante a su dormitorio.

–¿Colette? –en la voz de Tanner se reflejaba el deseo sexual que estremecía todo el cuerpo de Colette.

Sabía que él le estaba dando la oportunidad de cambiar de opinión, porque en el momento en el que cruzaran el umbral de su cuarto ya no habría marcha atrás. Pero ella no quería echarse atrás.

Con unas manos que le temblaban tanto como las piernas, abrió la puerta y entró en la habitación, agradecida por haber limpiado ese día y por ver la colcha de color burdeos y verde perfectamente extendida sobre la cama de matrimonio.

Tanner estaba justo detrás de ella. Cuando alargó la mano para encender la luz, Colette lo detuvo. La luz de la luna se colaba por la ventana, y no era necesaria la luz artificial.

–Eres tan hermosa –susurró Tanner suavemente mientras la tomaba entre sus brazos. Sus manos se deslizaron por los hombros desnudos de Colette mientras la apretaba contra él.

Ella lo apartó lo suficiente para poder desabrocharle la camisa, ansiosa por sentir el tacto de su cálido pecho.

Él la ayudó, empezando por la parte inferior de la camisa mientras ella lo hacía desde arriba. Cuando todos los botones estuvieron desabrochados, él se la quitó, después tomó a Colette en brazos y la dejó en la cama. Se puso a su lado murmurando dulces palabras mientras la abrazaba. Cuando volvió a besarla ella abrió la boca con avidez. Estaba perdida… perdida en el beso, en la calidez de la piel de Tanner, en el tacto ligeramente rugoso de sus manos callosas.

No importaba que no tuviera ningún futuro con él. No estaba interesada en el futuro, solamente quería vivir el presente. Tenía el resto de su vida para estar sola.

Tanner nunca había acariciado una piel tan suave, tan sedosa, y le encantaban los sonidos dulces y ahogados que Colette emitía cuando él le acariciaba la garganta y bajaba hasta los pechos cubiertos de encaje.

Colette le agarró con fuerza la espalda mientras él continuaba

explorándole la piel, mordisqueándole el cuello y deslizando los dedos por la curva provocativa de los pechos.

Estaba inflamado de deseo, de la necesidad de poseer totalmente su cuerpo, mente y alma. La luz de la luna bañaba los rasgos de Colette en un brillo plateado, transformándola en una belleza que lo enternecía.

Sus ojos estaban lo suficientemente iluminados para que él pudiera saber que Colette ya no pensaba, sino que estaba en ese lugar en el que el mundo sólo estaba formado de sensaciones físicas. Sabía que si le quitaba la combinación y le desabrochaba el sujetador, dejando los pechos desnudos, él también se perdería en ese lugar.

Pero por alguna razón no podía dejar de pensar en lo que ella había dicho: no tenía simples aventuras. Si le hacía el amor, ¿no era precisamente eso lo que tendría? Se embarcarían en una aventura de la que sabía que ella se arrepentiría al instante.

Intentó acallar la voz de su conciencia para perderse completamente en Colette. Pero no pudo. Al darse cuenta, y a pesar del deseo que sentía, su pasión disminuyó. Aunque fuera una contradicción, Colette le gustaba demasiado como para hacer el amor con ella.

–Colette –murmuró su nombre suavemente y luego deslizó un dedo por su mejilla. Ella giró la cabeza para recibir la caricia–. Si seguimos con esto, me vas a odiar por la mañana.

La mirada que le había oscurecido los ojos se desvaneció y ella lo miró con aire vacilante.

–¿Q… qué?

Tanner sonrió, deseando que al detenerse no le estuviera haciendo más daño que si hubieran continuado. Le tomó una mano y la ayudó a sentarse.

–Me encantaría hacer el amor contigo, pero no estoy seguro de que sea lo mejor, para ninguno de los dos.

Aunque la habitación estaba en penumbras, él pudo ver cómo Colette se sonrojaba.

–Yo… No puedo imaginarme en qué estaba pensando –dijo ella. Saltó de la cama y agarró el vestido.

–Querida, no hay nada de lo que avergonzarse. Solo nos dejamos llevar, eso es todo –contestó mientras él también se bajaba de la

cama.

–No sé por qué lo hice –murmuró Colette mientras se ponía el vestido.

Tenía las mejillas de un color escarlata y se pasó una mano por el cabello corto rizado sin mirar a Tanner.

–En realidad estaba haciendo todo lo posible para poseerte –dijo Tanner bromeando. Pero ella no sonrió. Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros, obligándola a mirarlo–. Ya sé que esto es un poco violento, Colette. Pero pensé que lo sería aún más si continuáramos.

–Tienes toda la razón –contestó ella–. Gracias por devolverme la cabeza a su sitio.

Tanner sonrió y alargó una mano para subirle la cremallera.

–Me gustaría decir que ha sido un placer, pero lo habría sido más si mi conciencia no me hubiera jugado una mala pasada –recogió su camisa del suelo–. Y ahora me encantaría tomar esa taza de café.

Se dio cuenta de que ella hubiera preferido que se fuera cuanto antes, pero Tanner tenía la sensación de que si se iba en ese preciso momento, por mucho tiempo que se quedara en la ciudad esa noche siempre se interpondría entre los dos.

–Lo prometo, un café rápido y me iré de aquí.

Ella asintió con la cabeza y los dos salieron del dormitorio en dirección a la cocina. Tanner se sentó a la mesa mientras ella preparaba el café en silencio.

Cuando el café comenzó a llenar el recipiente de cristal, ella se giró para mirar a Tanner.

–Supongo que no me creerás si te digo que no suelo hacer estas cosas.

–Te creo, Colette –respondió sorprendiéndose al darse cuenta de que de verdad la creía. En los últimos días había visto que Colette no era la chica salvaje de ciudad que había pensado.

Ella se volvió hacia los armarios y sacó dos tazas y dos platitos. Tanner volvió a desearla y empezó a arrepentirse que el caballero hubiera ganado la batalla.

Pero todo lo que ella le iba a ofrecer era una taza de café recién hecho. No lo miró al poner la taza frente a él, y después se sentó al otro lado de la mesa con su propia taza.

Él frunció el ceño sin saber cómo romper la tensión que había entre los dos. Quería verla reír de nuevo, quería ver el adorable hoyuelo que se le formaba en la mejilla. Quería cualquier cosa que no fuera ese silencio tenso que los separaba.

–En una ocasión pasé más vergüenza todavía –dijo él finalmente.

Ella lo miró con algo de curiosidad.

–¿Qué? –levantó su taza y bebió un sorbo.

–Jenny Marie Malcom era la chica más guapa del colegio y yo estaba loco por ella. Un día, durante el almuerzo, dijo que le encantaban los toreros, así que la invité una tarde al rancho y decidí torear el toro que teníamos.

Colette dejó la taza en la mesa. Tenía los ojos brillantes.

–Pero eso es peligroso…

–Un chico de once años no teme nada cuando se trata de cuestiones del corazón –se reclinó en la silla, disfrutando de la mirada de expectación de Colette–. Esa tarde Jenny apareció con varias amigas, y todos fuimos al prado donde teníamos el toro.

–¿Tenías una capa roja?

–No… Los calzones largos rojos de mi padre –fue recompensado por la risa de Colette, y el deseo que sentía por ella volvió a emerger a la superficie–. Me metí en el prado mientras Jenny y las demás se encaramaban a la valla y agité los calzones ante aquella masa de músculo que resoplaba furiosa.

–¿Y qué pasó? –preguntó inclinándose ligeramente hacia delante.

–El toro cargó contra mí y yo eché a correr, pero no pude dejarlo atrás. Enganchó los cuernos en la parte trasera de mis pantalones y me los arrancó. Y ahí me quedé, medio desnudo delante del amor de mi vida.

Colette se tapó la boca con una mano, pero se le escapó una risita.

–Te lo estás inventando –dijo.

Él levantó una mano.

–Palabra de honor de boy scout. No sólo sufrí una tremenda humillación delante de la chica que amaba sino que además mi padre me castigó durante dos semanas, diciendo que no podía creer que hubiera criado a un chico tan tonto.

Todavía se estaban riendo cuando un momento después Gina

llegó al apartamento. Se detuvo en la puerta de la cocina.

–Parece que os estáis divirtiendo.

–Tu hermano me ha estado hablando de sus días de torero –dijo Colette.

Gina puso los ojos en blanco y se reunió con ellos en la mesa.

–He oído esa historia cientos de veces. Jenny es peluquera en el único salón de belleza de Foxrun, y le encanta contársela a los clientes.

Tanner volvió a reclinarse en su silla, dándose cuenta de que Colette parecía más relajada en presencia de Gina.

–Lo de Jenny nunca habría funcionado. Nunca podría ser feliz con una mujer que encuentra placer en contarles a los demás la humillación que pasé.

–¿Qué tal lo has pasado? –le preguntó Colette a Gina.

Gina sonrió con ojos brillantes.

–Ha sido una noche estupenda. El padre de Danny es divertido, y su madre es encantadora. Te mueres de risa con sus hermanos, y la cena ha sido maravillosa, en esa casa de locos –mientras Tanner escuchaba a Gina no pudo evitar pensar que él no había podido darle ese ambiente familiar–. Son una familia estupenda, y es evidente que todos se quieren mucho.

–Me alegro de que lo pasaras bien –dijo Tanner.

–¿Y qué habéis hecho vosotros?

Las mejillas de Colette se sonrojaron al instante.

–Nada. Quiero decir, cenamos en Antonio's y después vinimos a tomar un café.

Gina la miró durante unos segundos y después se volvió a mirar a su hermano con recelo.

–¿Y estuvo bien?

–¿El qué? –preguntó Colette con voz aguda mientras se ruborizaba aún más.

«Parece totalmente culpable», pensó Tanner divertido.

–La comida de Antonio's –contestó Gina y después sacudió la cabeza–. ¿De qué creías que estaba hablando?

–No sé… Creo que estoy muy cansada. Y la comida estaba estupenda –se levantó y llevó su taza al fregadero–. Y ahora creo que me voy a acostar. Tanner, gracias por una cena tan maravillosa.

–Créeme, el placer ha sido mío –contestó haciendo que Colette

se volviera a sonrojar. Ella murmuró «buenas noches» y salió de la cocina.

Tanner se la imaginó deslizándose entre las sábanas, su cuerpo desnudo brillando con la luz de la luna. Sacudió la cabeza para deshacerse de la visión y se concentró en Gina, que estaba hablando de nuevo de su cena. Su rostro rebosaba alegría.

Por primera vez desde que llegó a Kansas City Tanner se preguntó si estaba haciendo lo correcto al intentar que Gina regresara al rancho.

Claro que sí, le dijo una pequeña voz en su interior. Dejar a Gina en la ciudad no significaba que ella fuera a reclamar a la familia de Danny como si fuera la suya. Además, Tanner no quería que lo hiciera. Era demasiado joven para atarse a un hombre y necesitaba volver al rancho para terminar sus estudios. Tenía que volver con él.

Al pensar de nuevo en Colette se dio cuenta de que durante los últimos dos días había perdido su objetivo. De alguna manera se había ocupado más de Colette que de Gina. Había estado en Kansas City toda una semana y no había conseguido convencer a su hermana.

El hoyuelo de Colette, sus curvas sexys y su risa melódica le habían distraído. Pero ya era hora de volver al rancho, de olvidarse de los encantos de Colette y de concentrarse en la razón por la que estaba en la ciudad.

Capítulo 8

Colette no podía recordar la última vez en la que se había sentido tan avergonzada. Pero también estaba aliviada porque uno de los dos hubiera mostrado algo de sentido común.

Tanner tenía razón. Si hubieran hecho el amor ella se habría arrepentido inmediatamente después. Pero mientras se metía en la cama sintió que su cuerpo aún se estremecía recordando las caricias de Tanner.

Habría sido un amante maravilloso, estaba convencida. La habría llevado a otro mundo con su pasión y ternura. Pero si eso hubiera ocurrido habría sido aún más difícil decirle adiós, porque en algún momento tendría que despedirse de él. Tanner tenía su propia vida y las razones para estar en Kansas City no tenían nada que ver con ella.

Además, no tenía ninguna intención de depender de un hombre. No tenía intención de enamorarse… nunca.

Se dio la vuelta sobre la espalda y se puso una mano en el vientre. Esa era otra razón para no hacer el amor con Tanner. Si lo hubieran hecho, y si ella no estaba embarazada en ese momento, podría haberse quedado embarazada de él.

Cerró los ojos, intentando imaginarse cómo sería el hijo que ella concibiera de Tanner. Tuvo una visión de un niño y de una niña con el cabello oscuro y unos enormes ojos marrones.

Serían unos niños muy guapos, y Tanner sería un padre estupendo. Había visto el amor que sentía por Gina y sabía que cuidaría bien a sus hijos. Pero ella no era la mujer apropiada para dárselos, y estaba segura de que Tanner no aprobaría que hubiera decidido ser inseminada artificialmente.

Se quedó dormida y soñó con Tanner. A la mañana siguiente se despertó con un dolor hueco en su interior, al darse cuenta de que Tanner era una amenaza para sus emociones. Tenía que alejarse de él.

Durante los próximos días no tuvo que preocuparse por eso

porque, aparentemente, él había tenido la misma idea. Aunque Gina le había dicho que comía con su hermano todos los días antes de entrar a trabajar, Tanner se había mantenido alejado de la tienda.

Colette estaba muy ocupada. El tiempo era perfecto y los negocios iban muy bien. Había planeado hacer una gran inauguración el viernes para lucir la nueva zona infantil en la parte trasera de la boutique. Mike le había prometido que estaría lista el jueves, y Mike siempre cumplía sus promesas.

Era algo menos de las siete cuando cerró la tienda. Le había dicho a Gina que se fuera a casa antes, ya que quería quedarse un rato para ordenar las pequeñas mesas de picnic y los bancos, repartiendo los libros y los puzzles que había comprado para los niños.

Había encargado galletas y pastelitos del café de Johnny para recogerlos por la mañana, y ese día los periódicos habían emitido un cupón con el veinte por ciento de descuento en todos los artículos para el día siguiente en la inauguración.

Solo había una cosa más que quería hacer antes de comenzar a organizarlo todo. Se sentó junto a la caja registradora, descolgó el teléfono y marcó el número de su madre.

Le había dejado dos mensajes los últimos dos días en el contestador, diciéndole que iba a hacer una gran inauguración y que le encantaría que estuviera allí. Pero Lillian no había respondido.

Se puso recta cuando oyó a su madre.

–Lillian –dijo a modo de saludo.

–Ah, eres tú. Estaba esperando una llamada de Joe. Hemos tenido una pequeña pelea y se ha ido hace unos minutos.

–¿Estás bien? –preguntó Colette preocupada, sabiendo que su madre solía deprimirse cuando no le iba bien con los hombres.

–Estoy bien. Ha sido una riña sin importancia, y estoy segura de que llamará o volverá en cualquier momento. Bueno, ¿por qué me llamas?

–¿No escuchaste los mensajes sobre la inauguración de la tienda?

–Ah, sí, pero francamente, Colette, ¿por qué querría ir a una fiesta en una tienda de ropa de bebé?

«Porque es mi tienda», pensó Colette. «Porque soy tu hija y estás

orgullosa de mí». Unas lágrimas amargas acudieron a sus ojos, aunque estaba dispuesta a no llorar.

–Pensé que te gustaría pasarte y tomar un café y una galleta conmigo.

–Sabes que ese tipo de cosas no van conmigo –respondió Lillian–. Pero espero que tengas un buen día. Oh, alguien me está llamando por la otra línea, tal vez sea Joe.

–Entonces ya me despido –dijo Colette antes de darse cuenta de que su madre ya había colgado.

Colette colgó el teléfono lentamente y se maldijo a sí misma cuando empezó a llorar. ¿Por qué seguía sintiéndose decepcionada por Lillian? ¿Por qué seguía queriendo más, más de lo que Lillian podía darle?

Las lágrimas se convirtieron en sollozos, y juró que esa era la última vez que Lillian le hacía llorar. Pero esa última decepción era la muerte de una fantasía que había tenido durante demasiado tiempo.

Nunca se había sentido tan sola. Había querido compartir su éxito, pero se dio cuenta de que no tenía a nadie con quien compartirlo. Había querido que su madre viera la tienda en plena ebullición, llena de clientes y niños, pero debía haber sabido que Lillian nunca se había preocupado por lo que Colette hacía con su vida.

Alguien llamó a la puerta y Colette se levantó. Tanner estaba fuera. La saludó con la mano y ella se enjugó las lágrimas rápidamente. Probablemente habría ido para acompañar a Gina a casa, ya que no sabía que Colette le había dicho que se fuera antes.

La sonrisa de Tanner se desvaneció cuando ella abrió la puerta.

–Gina no está aquí. Le dije que se marchara antes.

–¿Qué ocurre? –preguntó mientras entraba.

–Nada. No pasa nada.

Él le puso las manos en los hombros. Sus hermosos ojos azules estaban llenos de ternura.

–Has estado llorando.

–No… yo solo… Ya sabes, las alergias –intentó separarse de él, pero Tanner la sujetó firmemente.

–Colette –su voz era tan suave que actuó como un catalizador y más lágrimas acudieron a sus ojos–. Háblame, cariño. ¿Por qué estás

tan triste?

–Por favor… no es nada –dijo mientras conseguía separarse de Tanner.

–«Nada» no hace llorar. Cuéntamelo, cariño. Dime qué está pasando –volvió a acercarse a ella y esa vez Colette aceptó su abrazo y escondió la cara en su pecho.

Su camisa olía a una mezcla de suavizante y la colonia que Colette ya identificaba como la que Tanner usaba. Respiró profundamente y luchó para controlar las lágrimas, pero no lo consiguió.

Mientras Tanner la rodeaba con sus brazos Colette comenzó a sollozar de nuevo. Él le dio suaves golpecitos en la espalda, murmurando palabras tranquilizadoras mientras ella lloraba por la madre que nunca había tenido.

Le llevó varios minutos recuperar la calma y finalmente se separó de Tanner con una risita nerviosa.

–Lo siento. No sé qué me pasa, normalmente no reacciono así –en el fondo de su mente se preguntó si era el primer síntoma de estar embarazada. Había oído que el embarazo causaba desastres hormonales.

–¿Reaccionar a qué?

–A mi madre –confesó. Se separó un poco más de él, avergonzada por que la hubiera visto en ese momento especialmente débil–. No sé por qué me sigo sintiendo decepcionada, tendría que haber sido más inteligente y aceptar su manera de ser.

–¿Y cómo es?

Colette se sentó en el taburete que había detrás del mostrador.

–Fría… indiferente, sin instintos maternales. Es una mujer que nunca debería haber tenido hijos. Y mi error es que sigo intentando convertirla en algo que no es, por eso me siento defraudada.

Tanner se situó en el lado contrario del mostrador. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la encimera mientras la miraba.

–¿Y qué ha pasado hoy?

Colette se encogió de hombros.

–La verdad es que es muy tonto. La llamé y la invité a la celebración de mañana, pero no quiere venir –lo miró–. Sabía que

no vendría, no sé por qué la he invitado.

–Porque dentro de ti aún hay una niña pequeña que necesita a su madre –dijo suavemente–. Conozco esa sensación. Mi madre se fue hace mucho tiempo y todavía la echo mucho de menos.

Colette alargó un brazo por encima del mostrador y le tocó una mano ligeramente.

–Siento que tu madre no esté.

–Y yo siento que tu madre no sea lo que tú necesitas.

–¿Quieres ver la zona infantil? –preguntó Colette, decidiendo que debían cambiar de tema–. Mike ha terminado hoy y yo iba a comprobar que todo está bien.

–Claro.

Se dirigieron a la parte trasera. Colette se había estado diciendo durante toda la semana que estaba contenta al ver que él se mantenía alejado de la tienda, pero en ese momento se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Había añorado su sonrisa sexy y la calidez de sus ojos azules. Había echado de menos su conversación y el sonido de su risa.

Cuando llegaron a la zona infantil el corazón de Colette se llenó de orgullo. Mike había hecho un trabajo estupendo. En un lado de la sección vallada había un pequeño tobogán, y al otro estaban las dos pequeñas mesas de picnic con sus bancos.

–Parece un parque en miniatura –dijo Tanner–. Lo único que te falta es un par de árboles o arbustos junto a la valla.

Ella asintió con la cabeza.

–He querido comprar algunas plantas esta semana, pero no he tenido tiempo.

–Pues era una idea maravillosa –contestó Tanner haciéndole sentir todavía más orgullosa–. A los padres que vengan les va a encantar.

–Gracias –respondió mientras agarraba el montón de libros para distribuirlos. Él siguió su ejemplo y repartió los puzzles–. No tienes que hacerlo –protestó Colette.

–No es un trabajo difícil –empezó a poner los puzzles en las mesas.

–Hablando de trabajos difíciles, ¿cómo va tu cruzada de hacer que Gina vuelva a Foxrun?

Tanner frunció el ceño.

–Siempre supe que Gina era muy tozuda, pero no tenía ni idea de que lo era tanto –terminó con los puzzles y se apoyó contra el tobogán–. En la comida del lunes intenté hacerle sentir culpable. Le dije que para mí era muy importante que acabara sus estudios y que papá y mamá habrían querido que completara su educación.

Colette terminó de repartir los libros y se sentó en el borde de uno de los bancos.

–¿Funcionó?

–La verdad es que no. El martes le ordené que volviera a casa, pero se fue en mitad de la comida y me dijo que estaba siendo mezquino.

–¿Y en la comida del miércoles?

–Soborno –Tanner sonrió con picardía–. Gina siempre ha querido tener un Thunderbird descapotable. Le dije que si venía al rancho y terminaba sus estudios le compraría uno.

–Eso sí que es un soborno.

–Sí, pero tampoco funcionó. Dijo que prefería ser independiente antes que tener un coche.

–¿Y hoy?

Él la miró avergonzado.

–Hoy no ha querido comer conmigo –Colette se rió–. ¿Ya has terminado por hoy? –ella asintió–. Vamos, te acompañaré a casa.

En unos minutos ella cerró la tienda y se dirigieron juntos hasta el bloque de apartamentos de Colette. Mientras caminaban estuvieron hablando de los padres y de lo importantes que eran en las vidas de los hijos.

Él también habló del rancho y Colette pudo apreciar la añoranza en su voz. Supo que era cuestión de días el que regresara a Foxrun.

Eso la asustaba… Sintió un vacío en el corazón al pensar que no volvería a ver a Tanner. Y en ese momento se dio cuenta con horror de que se estaba enamorando de él.

Tanner estaba en el asiento del copiloto de la furgoneta del invernadero, silbando mientras se dirigían a la tienda de Colette. Eran las siete y media y el sol ya brillaba, prometiendo que el día sería maravilloso.

Colette. Había intentado desesperadamente alejarse de ella

desde la noche en la que casi hicieron el amor. En vez de pasar el tiempo en la tienda, había estado paseando por la ciudad, visitando las atracciones turísticas. Pero no había dejado de pensar en ella.

Solo había podido pensar en lo suave que era su piel, en la dulzura de su boca, pero también en la inteligencia que se reflejaba en sus ojos y en el ingenio que le hacía reír.

Era una mujer muy fuerte, pero también vulnerable y sensible. La noche anterior Tanner se había enternecido mientras la abrazaba y ella lloraba por su madre. Le habían entrado ganas de buscar a Lillian Carson y zarandearla hasta que se diera cuenta del tesoro que tenía en su hija.

Esa mañana se había despertado sabiendo lo que quería hacer por Colette e inmediatamente se había puesto a buscar un invernadero. Había tomado el taxi hasta el vivero que uno de los empleados del hotel le había recomendado, satisfecho al encontrarlo abierto y a punto para hacer una entrega inmediata.

En la furgoneta llevaban dos rosales en miniatura y dos pequeños arbustos con flores blancas. Sonrió mientras se imaginaba la reacción de Colette. Seguramente estaría encantada, las plantas serían perfectas para completar el parque de la zona infantil.

–Es allí, a la derecha –le dijo al conductor, un joven que no parecía lo suficientemente mayor como para tener el carné de conducir.

El chico, que llevaba una etiqueta de identificación con el nombre de Bobby, detuvo la furgoneta frente a La Boutique del Bebé.

–¿A qué hora abre? –preguntó el chico al ver que la tienda estaba a oscuras.

–No antes de una hora –contestó Tanner–. Pero no hace falta que esperes, podemos descargar las plantas aquí y después yo las meteré, cuando abra la tienda.

Bobby asintió con la cabeza y los dos hombres descargaron la furgoneta. Tardaron sólo unos minutos, y después se fue para volver al invernadero.

Tanner sabía que ese día Colette llegaría antes a la tienda. Estaría ansiosa por preparar las galletas y los pasteles para los clientes. Tanner esperaba que tuviera éxito, que la tienda se llenara de gente desde la apertura hasta que cerrara por la tarde.

Pasaron solo diez minutos cuando la vio acercarse, cargada con cajas de la cafetería. Se apresuró a ir a su encuentro, llenándose de alegría al ver cómo el sol le hacía brillar el cabello rizado y al observar sus piernas bien torneadas que asomaban por el vestido verde que llevaba.

–¿Qué estás haciendo aquí tan pronto? –preguntó ella cuando Tanner agarró las cajas.

–Es un gran día y no quería perderme ni un minuto –contestó con una sonrisa.

Ella le devolvió una sonrisa llena de calidez, pero estuvo en sus labios sólo un instante, desvaneciéndose cuando llegaron a la tienda.

–¿Qué es todo esto? –preguntó mirando las plantas.

–Es tu parque.

Ella miró las macetas y después a él.

–No deberías haberlo hecho –dijo, y abrió la puerta.

Tanner se sorprendió por el enfado que pudo oír en su voz.

–Si no te gusta lo que he elegido, lo puedo cambiar por otra cosa –contestó mientras la seguía.

–No se trata de eso –agarró las cajas y las dejó en el mostrador–. No tienes que hacer nada por mí, soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

Esa no era exactamente la reacción que él había esperado, y comenzó a sentirse irritado.

–Me doy cuenta de que te puedes cuidar sola. Solo quería hacer algo agradable por ti, y simplemente «gracias» habría sido bastante.

Colette se ruborizó y apartó la mirada.

–Lo siento. Debería avergonzarme de mí misma.

–Sí, deberías. Pero tengo dos rosales y dos arbustos que necesitan un hogar. ¿Los meto dentro o llamo al vivero para que los recojan?

Ella sonrió con picardía.

–¿Por qué no metes las plantas y llamas al vivero para que me recojan a mí?

Él se rió.

–Ni lo sueñes. No pienso quedarme aquí vendiendo pañales y botines a las mujeres embarazadas.

Mientras él salía para recoger las plantas, Colette puso una

mesita cerca de la puerta, comenzó a preparar el café y sacó las galletas.

Cuando Tanner hubo metido todas las macetas, ella había terminado de prepararlo todo. Fue a la zona infantil y le dijo dónde tenía que poner las plantas. Después volvieron a la tienda y se sirvieron café.

Colette le echó un vistazo a su reloj y comenzó a deambular por la tienda, alisando la ropa y volviendo a doblar las mantitas. Tanner se dio cuenta de que estaba nerviosa y supo que ese día era más importante para Colette de lo que él había pensado.

–Ven, Colette, siéntate –le tomó una mano y señaló la silla que había tras el mostrador–. Hoy va a ser un gran día para ti, y si no dejas de andar por la tienda vas a gastar mucha energía y te vas a cansar incluso antes de abrir.

Ella se sentó y le sonrió.

–No sé por qué estoy tan nerviosa. Probablemente hoy será como cualquier otro día.

–Pero mejor –contestó él.

–Ojalá.

En ese momento apareció Gina. Entró en la tienda, saludó a Tanner y a Colette y tomó una de las galletas, que tenían forma de botín.

–Hmm, está buena.

–Me alegro de que te gusten, porque si hoy no tenemos clientes eso es lo que vamos a estar cenando durante las siguientes dos semanas –contestó Colette.

Pero la preocupación de Colette fue en vano. Unos minutos después de abrir la tienda, el lugar comenzó a llenarse de gente.

Además de Colette y Gina, Tanner también trabajó en la boutique, dando la bienvenida a los clientes, vigilando de vez en cuando a los niños que estaban en la zona infantil y distrayendo a los clientes cuando las dos mujeres estaban ocupadas con otras personas.

La mañana pasó rápidamente y solo después de las dos tuvieron un momento de descanso.

–¿Por qué no me acerco al café de Johnny y traigo unas hamburguesas? –sugirió Tanner.

–Por mí está bien –dijo Gina.

–Yo no tengo mucha hambre –contestó Colette. Se sentó en una silla y suspiró exhausta.

Tanner la miró con aire crítico.

–Tienes que comer. ¿Cenaste anoche?

Ella frunció el ceño.

–No.

–¿Has desayunado esta mañana?

–No, tenía muchas cosas en la cabeza.

–Entonces te voy a comprar una hamburguesa, y si no te la comes tú sola te obligaré a que lo hagas.

–Vaya si lo hará –le aseguró Gina a Colette–. Es como una madre cuando se trata de comer tres veces al día y de dormir bien por la noche.

–Es cierto, y después de darte de comer no hay nada que me gustaría más que meterte en la cama.

Tanner llegó a oír el grito ahogado de Colette y la risa de Gina mientras salía de la tienda. Una y otra vez Colette le había dicho que era capaz de cuidarse ella sola, que lo único que quería era su independencia. Pero Tanner nunca había conocido a una mujer que necesitara más que cuidaran de ella. No sólo necesitaba que alguien la cuidara físicamente, sino que también necesitaba a una persona que la apoyara emocionalmente, alguien con quien pudiera compartir sus éxitos y sus fracasos.

Cuando la noche anterior la había abrazado y ella había llorado por su madre, Tanner había deseado ser esa persona. Había querido abrazarla tan fuerte que nada pudiera hacerle daño.

El instinto de protección que ella provocaba en él le preocupaba un poco. Eso, unido al deseo que sentía por ella, creaba una embriagadora combinación de emociones que le hacían sentir incómodo.

Ayudando a Colette en la boutique se había preguntado cómo sería estar esperando un hijo. Había observado los botines y las camisetas, las mantitas de colores pastel y los vestidos, y lo había deseado enormemente.

De repente sintió una tremenda añoranza por Dos Corazones. Las cosas eran mucho menos complicadas en el rancho, y él ya había pasado demasiado tiempo fuera.

Mientras entraba en el café de Johnny tomó una decisión: si no

podía convencer a Gina, el domingo volvería al rancho él solo. Eso le daba dos días para convencer a su hermana… y para sacarse a Colette de la cabeza y del corazón.

Capítulo 9

Vete a casa –le dijo Gina a Colette cuando dieron las seis de la tarde–. Yo puedo quedarme la hora que queda y cerrar la tienda.

Colette dudó. La idea de marcharse y poner los pies en alto era muy tentadora. El día había superado todas sus expectativas. Nunca había tenido tantos clientes desde la primera inauguración de la boutique.

–Vete –ordenó Gina–. Estás exhausta y yo puedo hacer esto sola.

–¿Estás segura? –la multitud ya había desaparecido, y en ese momento no había clientes en la tienda.

–Totalmente.

–Muy bien. Tengo que admitirlo, estoy rendida.

–Seguramente estuviste despierta toda la noche pensando en el día de hoy –dijo Gina.

–Estuve despierta la mayor parte de la noche. Prepararé algo para cenar y lo tendré listo para cuando llegues a casa.

–Suena bien, estoy empezando a tener hambre –Colette agarró su bolso, le dio a Gina las últimas instrucciones sobre qué hacer con las galletas que habían sobrado y se fue.

Había estado despierta la mayor parte de la noche, pero no pensando solamente en la tienda, sino también en Tanner. Se había dado cuenta de que estaba inquieto y sabía que regresaría pronto al rancho. Y le molestaba saber que lo iba a echar de menos.

Cuando el día anterior se dio cuenta de que se había enamorado de él se había quedado atónita, y por la noche no había pensado más que en la calidez de ese amor.

Sin embargo, no pensaba hacer nada al respecto. Tenía la vida planeada y no había sitio para un hombre, ni siquiera para uno que hiciera que le fallaran las rodillas y que se le acelerara el pulso. Tendría su niño y su negocio. Eso era todo lo que necesitaba para ser feliz.

Se apoyó contra la pared del ascensor mientras subía al piso octavo, intentando apartar esos pensamientos de su mente. Pero no

podía dejar de pensar en él. Tanner le llenaba la cabeza, el corazón… le llenaba el alma. Nunca había dejado que nadie se acercara a ella tanto como él, y en ese momento se arrepentía, porque sabía que cuando Tanner se marchara ella lloraría por lo que podría haber sido.

No podía saber lo que Tanner sentía exactamente por ella. Sabía que la deseaba, pero no estaba segura de que ese sentimiento fuera más allá del simple deseo. Pero aunque fuera más profundo, aunque él se arrodillara y le propusiera vivir juntos en el rancho para siempre, ella no aceptaría.

Había visto el lado negativo del amor, y no le había gustado. Nunca se convertiría en una persona como su madre: necesitada, dependiente y débil. Nunca se convertiría en una mujer que construía su vida en torno a un hombre.

En cuanto abrió la puerta del apartamento se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá, totalmente exhausta.

Pensó en el test de embarazo que tenía en el armario del baño. Habían pasado casi cuatro semanas desde la inseminación, y era posible que el resultado ya fuera fiable. Pero en ese momento no tenía fuerzas para hacer el test. Además, sería aún más fiable si esperaba un par de días más.

Debía haber tenido el período una semana atrás, pero sabía que no había que fijarse en eso como un signo de embarazo. Siempre había tenido unas reglas muy irregulares. Cerró los ojos, decidiendo que descansaría unos minutos antes de levantarse y ver qué preparaba de cena.

Se despertó de repente, sorprendida por la facilidad con la que se había quedado dormida. El apartamento estaba a oscuras y se dio cuenta de que debía de haberse quedado dormida un buen rato.

Se sentó y consultó el reloj, sorprendiéndose al ver que eran más de las ocho. Gina llegaría a casa en cualquier momento. La tienda cerraba a las siete y media, y normalmente la joven ya habría llegado al apartamento, pero ese día tenía que envolver las galletas que habían sobrado y limpiar la cafetera.

Colette entró en la cocina y abrió la nevera. No tenía ganas de cocinar. Volvió a cerrarla, entró en el salón y pidió una pizza por teléfono. Tenía media hora hasta que llegara el encargo, así que se dio una ducha y se puso el camisón y una bata.

Miró el reloj de nuevo y se preguntó dónde podía estar Gina. No tenía que tardar tanto en cerrar. Descolgó el teléfono y marcó el número de la tienda.

Dejó que sonara cinco veces y colgó. Gina ya se había ido y probablemente estaría a punto de entrar por la puerta del apartamento.

Mientras esperaba a Gina y a la pizza intentó no pensar en Tanner, pero su mente no estaba dispuesta a colaborar con ella.

¿Cómo sería vivir en Dos Corazones y ser amada por Tanner el resto de su vida? ¿Cómo sería darle hijos y compartir su vida? Cada vez que él le había hablado de Foxrun, ella había sentido muchas ganas de estar allí… ¿Por qué esos pensamientos la atormentaban tanto?

Tanner había sido de gran ayuda en la tienda, echando una mano cuando había mucha clientela, vigilando la zona infantil y aportando una opinión masculina a las mujeres que se la pedían. Se había marchado alrededor de las tres, después de decirles a ella y a Gina que tenía que hacer algunas llamadas y ocuparse de algunas cosas del rancho.

Sonó el timbre de la puerta y, al abrir, Colette se encontró con un joven familiar y sonriente que llevaba una gran caja.

–Buenas tardes, señorita Carson.

–Hola, Ralph –Ralph le había llevado las pizzas a Colette a menudo. Su padre era el propietario del local en el que ella hacía los pedidos.

–Supongo que es una noche de no cocinar –dijo mientras cambiaban la pizza por el dinero.

–Eso es. He decidido darme el capricho de una de las obras maestras de tu padre.

Ralph rió.

–Pues esta obra de arte es como a usted le gusta, con mucho salchichón.

–Gracias, Ralph. Y saluda a tu padre de mi parte –él asintió con la cabeza y se dirigió al ascensor. Colette volvió a cerrar la puerta.

El aroma penetrante de la salsa y del salchichón especiado llenó el salón cuando Colette puso la pizza en el centro de la mesa. Ahora lo único que tenía que hacer era esperar a Gina.

Pasaron los minutos. Colette puso la mesa e hizo una jarra de té

helado, pero Gina seguía sin aparecer. Tal vez Danny se había pasado por la tienda y decidieron tomar algo, se dijo.

Gina era una adulta independiente, era ridículo que Colette se preocupara. Pero los minutos seguían pasando y no pudo evitar que la preocupación la invadiera.

A las nueve no podía pensar en otra cosa. Gina era una joven responsable y siempre llamaba cuando tenía planes e iba a llegar a casa más tarde. Eran dos mujeres solteras que vivían juntas y Colette siempre había dicho que era importante que las dos tuvieran una idea de lo que la otra estaba haciendo o de con quién podía estar. Además, le había dicho a Gina que tendría la cena preparada y ella no había mencionado que tuviera otros planes.

Entonces, ¿dónde estaba? ¿Por qué no había llamado? Cuando estaban a punto de dar las diez Colette supo que tenía que hacer algo.

Se acercó al teléfono y empezó a darle golpecitos con las uñas. Si no pasaba nada, Gina tal vez se enfadaría al ver que Colette había llamado a la caballería. Pero Colette no podía ignorar su inquietud quedándose quieta sin hacer nada.

Respirando profundamente descolgó el auricular, marcó el número de información y pidió el teléfono del hotel de Tanner.

Tanner acababa de darse una ducha y de meterse en la cama cuando sonó el teléfono. Tardó un poco en contestar, mientras buscaba el teléfono en la mesita de noche.

–¿Diga?

–¿Tanner?

Se dio la vuelta y encendió la lámpara de la mesita de noche.

–Colette.

–Siento molestarte.

Por su tono de voz era evidente que no estaba a gusto llamándolo.

–No me molestas –le aseguró, y luego se quedó esperando.

–Tanner, probablemente no sea nada, pero estoy un poco preocupada por Gina.

Al instante el cuerpo de Tanner se llenó de adrenalina y se sentó.

–¿Qué quieres decir? ¿Por qué estás preocupada?

Hubo una larga pausa.

–Todavía no ha llegado a casa.

–¿Que no ha llegado? ¿Quieres decir, de la tienda? –Tanner miró el reloj que había en la mesita de noche–. ¿Iba a dejar abierto hoy más tarde?

–No. Y he llamado allí varias veces, pero no contesta.

–¿Había quedado con Danny?

–No me dijo nada. Justo antes de irme le dije que tendría preparada la cena y no me dijo que no iba a venir directamente a casa.

–Estaré allí en seguida –dijo Tanner sin darle oportunidad a Colette de decir nada más. Después colgó.

Se puso los vaqueros y la camisa, y mientras se ponía los calcetines y las botas comenzó a preocuparse de verdad.

Si Gina había cerrado la tienda a la hora de siempre, eso significaba que ya llegaba tarde dos horas y media. ¿Dónde podía estar?

Antes de ir al apartamento de Colette recorrió corriendo el camino hasta la tienda. Cuando llegó vio que el interior estaba a oscuras y la puerta cerrada. Todo parecía en orden.

Corrió hacia el apartamento de Colette, maldiciéndose por tener una imaginación tan vívida que le hacía pensar en las visiones más terribles. ¿Alguien la había secuestrado mientras volvía a casa? ¿Estaba en ese momento en manos de un loco? ¿O simplemente había salido sin decirle nada a Colette? En cualquier caso, Gina se había metido en un lío.

No tuvo que llamar a la puerta de Colette, porque en cuanto salió del ascensor ella la abrió.

–¿Has sabido algo? –preguntó Tanner.

Ella negó con la cabeza. Parecía más pequeña y frágil, y en su cara se reflejaba la tensión.

–¿Deberíamos llamar a la policía? –dijo Colette, jugueteando nerviosamente con el cinturón de la bata.

Tanner se pasó una mano por el pelo y suspiró.

–Se reirían de nosotros. Solo podríamos decirles que tiene veintiún años y que llega un poco tarde a cenar. No harán nada hasta que lleve por lo menos veinticuatro horas desaparecida.

Colette se dejó caer en el borde del sofá.

–Entonces, ¿qué hacemos?

Tanner comenzó a caminar de un lado a otro.

–¿Recuerdas el apellido de Danny?

–Burlington.

Él dejó escapar un gruñido. Probablemente habría millones de Burlingtons en la guía telefónica de Kansas City.

–Sabemos que vive cerca, así que tal vez podría saber qué Burlington es –dijo ella como si le hubiera leído los pensamientos.

–¿Tienes una guía telefónica? –preguntó Tanner esperanzado.

Ella asintió con la cabeza y fue a la cocina, seguida de Tanner. Seguramente Gina estaba con Danny. Era joven y un poco descuidada y no se habría dado cuenta de que estaban preocupados.

Colette sacó la guía de un armario y la abrió sobre la mesa, buscando las páginas donde aparecían todos los Burlington de la ciudad. Tanner se acercó a ella, casi sin ser consciente del aroma dulce y limpio de Colette y de la calidez de sus curvas contra él mientras Tanner se aproximaba.

Colette recorrió una página con una uña rosa a toda velocidad.

–Aquí hay una posibilidad –dijo.

Tanner fue al teléfono y marcó el número que ella le dictaba.

No era el Burlington que buscaban. Llamaron a cuatro números. En tres de ellos no conocían a ningún Danny y en el cuarto nadie contestó. Tanner estaba colgando el teléfono cuando oyeron abrirse la puerta principal.

Gina entró en la cocina y hubo un momento de silencio. Tenía el labio inferior ligeramente hinchado, su cabello estaba despeinado, llevaba las medias llenas de agujeros y le sangraban las rodillas.

–No os asustéis –dijo rápidamente–. Parece mucho peor de lo que realmente es.

A pesar de sus palabras, Tanner sintió pánico. En tres zancadas se puso a su lado y la agarró de los hombros para asegurarse de que estaba bien.

Durante un momento no pudo hablar. Ninguna pregunta era más importante que abrazarla apretándola contra su pecho. Solo después de un largo e intenso abrazo Tanner se separó de ella.

–¿Qué ha pasado?

Ella dejó el bolso en la mesa.

–Un ladrón intentó robarme el bolso.

–¿Cómo te has hecho eso en las rodillas? –preguntó Colette.

–Cuando lo agarró no se dio cuenta de que también me había pasado la correa por la cabeza, y me caí –sonrió débilmente–. Creo que lo asusté más de lo que me asustó él a mí. Me puse a gritar como una loca y conseguí echarle spray de pimienta un par de veces. Luego me fui directamente a la comisaría para poner una denuncia. Ahí es donde he estado todo este tiempo. Intenté llamar, pero comunicaba, así que decidí explicarlo todo cuando llegara a casa.

Tanner sintió que el miedo se mezclaba con la rabia mientras miraba a su hermana pequeña.

–Haz las maletas –dijo con tono cortante–. No te vas a quedar en una ciudad donde te atracan y tienes que usar el spray.

Gina se dejó caer en una silla junto a la mesa.

–No seas ridículo. No me voy a ir.

El enfado de Tanner aumentó. La frustración que había sentido por el asunto de su hermana durante las últimas dos semanas explotó. Había intentado ser paciente, había intentado hacerle ver a Gina las cosas desde su punto de vista sin ser violento, pero ya se le había agotado la paciencia.

–¡Gina, por el amor de Dios, te podrían haber matado!

–Pero no ha pasado nada –respondió ella–. Me he manejado bien.

–Esta vez sí, pero ¿y la próxima? –Tanner quería agarrarla de los hombros y zarandearla para que recuperara el sentido común–. Lo digo en serio, Gina. Me voy el domingo por la mañana y tú te vas a venir conmigo.

Gina se levantó.

–No quiero discutir contigo ahora, Tanner. Lo que necesito es un baño relajante, así que buenas noches.

Sin decir nada más salió de la cocina. Tanner se volvió a Colette.

–No sé cómo hacer que me entienda. Es condenadamente cabezota.

Colette esbozó una pequeña sonrisa.

–Hey, me preguntó de quién lo ha aprendido –la sonrisa se desvaneció y sus cálidos ojos castaños se llenaron de compasión–. Tal vez mañana por la mañana lo vea de otra forma.

–Eso espero –Tanner suspiró. La tensión ya había pasado y se

sentía exhausto–. Será mejor que me vaya para que puedas dormir un poco.

Fueron juntos desde la cocina a la puerta principal.

–Entonces, ¿te vas de verdad el domingo por la mañana?

–Sí, ya debería haber vuelto a casa –la miró y por un momento deseó no llevarse a una mujer a Foxrun, sino a dos.

Colette estaba más guapa que nunca. Sus ojos castaños estaban llenos de luminosidad y la bata de color rosa acentuaba su piel cremosa. Quería tomarla en brazos y llevarla a su camión, volver con ella al rancho y darle todo el cariño que necesitaba. Pero evidentemente no podía hacerlo. Ella tenía su vida en la ciudad y un negocio del que encargarse.

–Te echaré de menos, Tanner –dijo Colette lentamente.

Tanner dio un paso hacia ella.

–Yo también te echaré de menos.

Se acercó aún más sin pensarlo. «El último beso», pensó mientras se apoderaba de sus labios. La última vez que saboreaba el dulce placer de besar a Colette.

La frustración que había sentido por su hermana se desvaneció mientras el deseo lo invadía. No solamente quería llevársela a casa, quería meterse con ella en la cama durante al menos un mes entero. Quería despertarse cada mañana abrazado a ella y dormirse cada noche después de hacerle el amor.

Se separó de ella, sabiendo que estaba pensando tonterías y que si la seguía besando la despedida sería más difícil.

–Buenas noches, Colette –dijo mientras la soltaba. Se marchó antes de poder decir o hacer otra tontería.

–No hay nada mejor que una pizza fría –dijo Gina mientras tomaba otro trozo de la caja.

Era más de medianoche cuando las dos mujeres se pusieron a comer la pizza que Colette había pedido horas antes. Gina se había dado un baño y se había puesto antiséptico en las rodillas. Aparte del dolor que sentía por la caída, parecía en perfectas condiciones.

Colette, por su parte, no había dejado de pensar después de despedirse de Tanner. Al principio había sentido tristeza. Se iba dos días más tarde y ella no volvería a oír su risa ni a ver la pasión en

las profundidades de sus hermosos ojos azules.

Después sus pensamientos se volvieron hacia Gina. Colette se sentía horrorizada por lo que había pasado, y por primera vez se preguntó si Gina no estaría cometiendo un error al negarse a regresar con su hermano.

Se había enternecido al ver a Tanner abrazar a su hermana con tanto amor y preocupación, y no pudo evitar pensar en todas las veces en las que había deseado que alguien la abrazara de la misma manera.

–Gina, tal vez deberías reconsiderar tu decisión –le dijo.

Gina dejó en la caja el trozo de pizza y miró a Colette con los ojos entrecerrados.

–¿De qué estás hablando?

–Ya sabes que Tanner sólo quiere lo mejor para ti. Tal vez sería una buena idea que pasaras un año más en el rancho y que terminaras tus estudios, sin tener que preocuparte por pagar el alquiler o por que alguien te atraque.

–Lo ha conseguido –Gina se rió sin ganas–. Debería haberlo sabido. Te ha estado seduciendo sutilmente hasta conseguir que te pusieras de su lado.

–Eso es ridículo –dijo Colette, pero no pudo controlar la oleada de decepción que se apoderó de ella al escuchar a Gina.

–¿Por qué? –Gina se levantó de la mesa con una mirada de asco–. A Tanner no le gusta perder y haría cualquier cosa para aumentar sus posibilidades de ganar, y la mejor forma de ganar era ponerte de su parte. Reconócelo, Colette, ha estado jugando contigo –con esas palabras salió de la cocina y un momento después Colette oyó que cerraba de golpe la puerta de su habitación.

Capítulo 10

Era domingo por la mañana y Colette, impaciente, daba vueltas por el salón de su apartamento. Esperaba que Tanner llegara en cualquier momento. Él pensaba que iba a recoger a Gina, pero en vez de eso se iba a encontrar con la furia de Colette.

Desde el viernes por la noche, cuando Gina le había dicho que Tanner había estado jugando con ella, se había sentido cada vez más enfadada. Al principio no la había creído, pero cuantas más vueltas le daba más creía en sus palabras.

Si Tanner hubiera sentido algo por ella y no hubiera intentado manipularla, le habría hecho el amor aquella noche. No habría podido detenerse. Pero en vez de eso había parado. No había querido llevar la manipulación a tales extremos. Ella se sentía agradecida de que él no hubiera ido por la tienda el día anterior.

El daño que le habían hecho las palabras de Gina estaba a punto de salir a la superficie. Los besos de Tanner habían sido tan reales que le habían llegado al corazón. El deseo que había mostrado por ella le había parecido auténtico.

Colette había conseguido dejar de sentir dolor, y en su lugar había dejado una oleada de rabia y enfado.

Se sirvió otra taza de café. Eran solo algo más de las siete, y no sabía a qué hora esperar a Tanner, pero tenía la sensación de que sería pronto, porque él querría llegar a Foxrun cuanto antes.

Gina se había ido al alba para evitar encontrarse con su hermano. Danny había ido al apartamento a buscarla, y habían decidido ir a desayunar juntos y después pasar el día en el parque. Colette prefería que la joven no estuviera allí. Aunque no quería llorar, sentía las lágrimas en su interior al pensar que no volvería a ver a Tanner.

Era realmente ridículo. Nunca había querido un hombre en su vida, incluso había rechazado la posibilidad de casarse. Pero en algunos momentos, cuando Tanner había hablado del rancho y de la vida en Foxrun, lo había deseado.

Tomó un sorbo de café y se acarició el vientre. Muy bien, no tendría un marido que la abrazara por las noches, y no viviría en una encantadora y pequeña cuidad en la que todo el mundo conocía a todo el mundo. Pero tendría una familia. Su bebé sería su familia, y eso era todo lo que necesitaba. El bebé tendría todo su amor y toda su atención y nunca tendría que cederle el primer puesto a ningún hombre.

Se sobresaltó y derramó un poco de café cuando sonó el timbre de la puerta. Dejó la taza en la mesa de la cocina y se dispuso a darle el último adiós a Tanner.

Como de costumbre, él llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta azul marino que acentuaba el color de sus ojos. Al verlo sintió un dolor que nunca antes había sentido.

–No está aquí –dijo Colette sin preámbulos –me dijo que te dijera que te quiere, pero que está cansada de pelear contigo y que no va a volver a Foxrun.

Tanner entró en el salón y murmuró una palabrota.

–Le dije que hiciera las maletas y que estuviera preparada.

–¿Y pensaste que sería tan sencillo? Sí que eres arrogante.

Él la miró y frunció el ceño.

–¿Qué mosca te ha picado?

–Ninguna –contestó mientras se apartaba unos pasos de él para no oler ese aroma tan querido y familiar–. Es que no puedo creer que des una orden y pienses que Gina la va a acatar sin protestar.

–Sabe que quiero que vuelva conmigo al rancho.

–¿Y cuándo vas a tener en cuenta lo que ella quiere? –el enfado de Colette subió a la superficie. Aunque no estaba especialmente enfadada con él por cómo había llevado las cosas con Gina, era una oportunidad perfecta para dar rienda suelta a parte de su rabia–. La has educado para que sea fuerte e independiente y para que crea en sí misma. ¿Por qué no dejas que sea eso lo que haga?

–Dejaré que lo haga… cuando llegue el momento –se metió las manos en los bolsillos.

–Ya ha llegado el momento, Tanner. Tienes que dejar que viva su vida.

Tanner frunció el ceño con frustración.

–No sabes de lo que estás hablando.

–Sí que lo sé –contestó, y se alejó otro paso de él–. Sé que la has

amenazado y chantajeado para que vuelva contigo –entornó los ojos–. Y sé que has jugado conmigo para ponerme de tu parte y que te ayudara a cumplir tus deseos.

Tanner sacó las manos de los bolsillos y la miró confundido.

–¿Qué quieres decir con que he jugado contigo?

Colette sintió calor en las mejillas.

–Cada vez que coqueteabas conmigo, me hablabas dulcemente y me besabas, sólo me estabas manipulando.

Él la miró durante varios segundos y ella creyó ver que se sonrojaba ligeramente. «Se siente culpable», pensó mientras la invadía otra oleada de dolor.

Tanner dio tres zancadas y se quedó sólo a unos centímetros de ella. La agarró por los hombros y la sujetó firmemente cuando Colette intentó liberarse.

–Colette –pronunció su nombre con suavidad y después respiró profundamente–. Reconozco que la primera noche que cenamos juntos la idea de utilizarte para recuperar a Gina se me pasó por la cabeza.

Colette se sintió dolida al oír la confirmación de lo que había dicho Gina. Intentó liberarse de nuevo, deseosa de apartarse de él mientras las lágrimas le comenzaban a arder en los ojos.

–Pero, cariño, te prometo que cada beso y cada caricia que te he dado ha sido por que lo deseaba de verdad, no por Gina –tenía una expresión dulce y Colette se asustó al darse cuenta de que quería creerlo desesperadamente.

–Eso no cambia las cosas –contestó, y cuando esa vez se giró él dejó que se liberara.

Quería estar enfadada con él, necesitaba que la invadiera la ira para que el dolor no pudiera alcanzarla. Y quería enfurecerlo. Si se despedían ásperamente tal vez no le resultara tan difícil decirle adiós.

–Anoche nombré oficialmente a Gina mi ayudante y le subí el sueldo –dijo ella.

Los ojos de Tanner se oscurecieron.

–¿Por qué demonios hiciste eso?

Colette se dirigió al sofá y se sentó en el borde, dispuesta a levantarse rápidamente en caso de necesidad.

–Porque se lo merecía. Durante el tiempo que ha estado

trabajando para mí ha demostrado ser responsable y de confianza. Es muy brillante y trabajadora, y es hora de que la dejes sola.

Tanner se pasó una mano por el cabello, sintiéndose cada vez más frustrado.

–Podrías habérmelo consultado.

–Lo siento, pero tus besos no fueron lo suficientemente buenos como para hacer que dejara de lado mis creencias personales –cruzó los brazos y volvió a descruzarlos rápidamente, deseando que terminara la discusión. Necesitaba que se marchara del apartamento, que se alejara de ella antes de que comenzara a llorar–. ¿Sabes lo que creo? Creo que quieres que Gina regrese porque tienes miedo.

–¿Miedo? Eso es ridículo –se burló Tanner.

–Yo no lo creo. Si no tienes a Gina en el rancho entonces solo te queda tu propia vida y, según Gina, está bastante vacía.

–No sabes lo que estás diciendo –contestó mientras daba un paso hacia ella.

Colette se puso tensa, pero siguió hablando:

–Claro que lo sé. Has construido toda tu vida alrededor de ella y tienes miedo de dejarla ir porque no tienes nada y a nadie más en tu vida.

–¿Y tú qué sabes? ¿Qué sabes de querer a alguien, de preocuparte por alguien? Te has encerrado en ti misma y no dejas que nadie entre en tu vida. Eres como tu madre, incapaz de querer a alguien.

–Eso no es verdad –se levantó de un salto del sofá.

–Tú misma me dijiste que nunca has tenido una relación seria. Tienes veintiocho años y te escondes en el trabajo. Vendes artículos de bebé a mujeres que tienen una familia para poder vivir su vida a través de ellas, pero nunca sientes de verdad.

–¡Eso no es cierto! –exclamó–. Solo porque no necesite a un hombre no significa que no vaya a tener mi propia familia, y no significa que sea incapaz de amar.

Tanner sonrió fríamente.

–Si quieres tener una familia, yo diría que más tarde o más temprano vas a necesitar un hombre.

–Tal vez no –respondió–. De hecho, es muy posible que ahora mismo esté embarazada.

Él se quedó atónito.

–No entiendo. ¿Cómo puede ser?

–Hace un mes me inseminaron artificialmente.

Sus palabras chocaron contra un silencio denso y pesado. Colette apartó la mirada de la censura que había en los ojos de Tanner.

–¿Cómo pudiste hacer eso? –preguntó con cierta incredulidad–. ¿Cómo pudiste tomar la decisión de condenar a un niño a vivir sin un padre? –se acercó a ella y volvió a agarrarla por los hombros, obligándola a mirarlo a los ojos, unos ojos que no sólo reflejaban desaprobación, sino también dolor–. Colette, tú sabes lo que es crecer sin un padre, y yo echaré de menos a mi padre cada día durante el resto de mi vida. ¿Cómo pudiste tomar la decisión de darle a un niño ese mismo vacío?

–Yo sola lo puedo criar –dijo levantando la barbilla con aire desafiante–. Este bebé va a tener todo el amor que yo nunca tuve.

–Ese bebé nunca podrá llenar el vacío que tu madre dejó en tu corazón –la soltó y dio un paso atrás–. Ese bebé me da pena, y también me das pena tú.

–Vete –ordenó Colette mientras las lágrimas le quemaban las mejillas al caer–. No necesito nada de ti, Tanner Rothman, y menos aún tu compasión.

–No te preocupes, ya me voy –dijo dirigiéndose a la puerta–. Pero tengo algo más que decirte. Sabes que nunca vas a ser capaz de llenar el vacío que sientes si no admites que necesitas a alguien.

–Y yo también tengo algo más que decirte. Has criado a Gina a tu propia imagen y semejanza. La has criado para que fuera fuerte y segura de sí misma. Confía en lo que has hecho con ella y déjala marchar.

Durante unos segundos él la miró, y en sus ojos Colette pudo ver algo cálido y maravilloso. Luchó contra el impulso de lanzarse a sus brazos para decirle que ya había descubierto lo que necesitaba: a él.

–Adiós, Tanner –dijo sin dejar de mirarlo, deseando que no viera las emociones que sentía.

Él se volvió, agarró el pomo de la puerta y sin mirar atrás murmuró un adiós. Después salió del apartamento.

Colette sintió que el corazón se le hacía añicos. Se rompió en un millón de pequeños trozos y el dolor la invadió desde lo más profundo de su ser.

Se dejó caer en el sofá, medio cegada por las lágrimas que le llenaban los ojos. No había esperado enamorarse, nunca lo había deseado. Pero se había enamorado de Tanner. Y ese momento se dio cuenta de lo mucho que deseaba estar sentada en el camión al lado de Tanner mientras él volvía a Foxrun. Lloró amargamente por lo que podría haber sido, y después lloró porque por primera vez se estaba empezando a preguntar si ella sola podría criar al bebé que tal vez llevaba en su interior.

A Tanner le llevó quince minutos recuperar el camión del aparcamiento en el que lo había dejado. Mientras esperaba a que el encargado se lo llevara, se apoyó contra la fachada del edificio. Olía a neumáticos y aceite, pero él solo podía pensar en la mujer que acababa de dejar.

Maldita fuera por convertir sus certezas en dudas, por hacerle preguntas cuyas respuestas Tanner había creído saber. Raspó el asfalto con una de sus botas, preguntándose por qué lo que Colette le había dicho al despedirse lo estaba atravesando como si fueran flechas.

¿Había querido recuperar a Gina porque tenía miedo de enfrentarse a su vida vacía sin ella? ¿Había ido a Kansas City porque tenía miedo por ella o por sí mismo? Tuvo que admitir que en parte estaba orgulloso de Gina al ver que se negaba a dejar que él la arrastrara donde no quería ir. Estaba orgulloso de cómo había manejado el intento de robo. Había gritado pidiendo ayuda y después había ido inmediatamente a la policía. Lo había hecho todo muy bien.

Un chirrido de neumáticos le indicó que le llevaban el camión. Minutos después, después de pagar al encargado, dejó el aparcamiento situado en el centro de la ciudad. Encendió la radio para pensar en otra cosa, pero tampoco consiguió quitarse a Colette de la cabeza.

Colette. Su nombre resonaba dentro de él. El recuerdo de abrazarla lo atormentaba, y el sonido de su risa le llenaba el corazón.

No podía creer los extremos a los que había llegado para crear una familia. ¡Inseminación artificial! ¿Cómo pudo pensar en eso?

Ese procedimiento estaba bien para mujeres casadas que no podían quedarse embarazadas con el método convencional, pero Tanner nunca había entendido por qué algunas mujeres decidían ser madres solteras.

«No es asunto mío», se dijo firmemente. Colette no era asunto suyo. Era una mujer tozuda y muy independiente y no reconocía sus propias necesidades.

«Igual que tú», le dijo una pequeña voz en su interior.

–Cállate –le contestó a la vocecilla. Subió el volumen de la radio, tomó la vía de acceso a la carretera interestatal y se dirigió al oeste, camino de Dos Corazones.

Colette entró en el cuarto de baño y sacó el test de embarazo de la bolsa de plástico. Los dedos le temblaron mientras abría la caja y sacaba el test y las instrucciones.

Las leyó rápidamente y se miró en el espejo. Tenía los ojos ligeramente hinchados por haber llorado durante la mañana, y su cara pálida reflejaba el sufrimiento que sentía.

Tanner. Tanner. El nombre resonaba en el interior de su corazón y le producía oleadas de dolor cada vez que aparecía.

¿Por qué había aparecido en su vida, dejándole ver cómo sería ser amada por él para siempre? ¿Por qué le había enseñado todo lo que ella iba a perderse si continuaba con su vida?

Sacudió la cabeza. No debía pensar en ello, se dijo mientras volvía a mirar las instrucciones una vez más. Definitivamente, no podía pensar en él.

Cuatro semanas atrás su único deseo había sido estar embarazada, y había decidido convertirse en madre soltera. Entonces había estado convencida de que estaba haciendo lo correcto, pero en ese momento ya no estaba tan segura.

Las palabras de Tanner le habían tocado la fibra sensible. ¿Quería tener un bebé para llenar el vacío que le había creado la relación con su madre?

Al infierno Tanner Rothman, se dijo enfadada. Ella había sido feliz con su vida antes de que él llegara, pero en ese momento su vida le parecía vacía.

Cuatro semanas atrás, todo lo que quería era estar embarazada y

llevar la tienda, pero eso había sido antes de conocerlo, antes de haberse enamorado de él y antes de que el corazón se le rompiera en un millón de pedacitos.

Leyó las instrucciones otra vez. Había comprado el test que le parecía más fácil de usar: en tres minutos aparecería un sigo más o un signo menos en la ventanita. El más significaba que estaba embaraza; el menos, que no lo estaba. Así de sencillo y fácil. Pero después de conocer a Tanner su vida se había complicado de repente, y ya no estaba segura de lo que quería.

Decidida a no esperar más tiempo, hizo el test, lo dejó en la encimera y se preparó a esperar los tres minutos.

Solo habían pasado unos segundos cuando sonó el timbre de la puerta. Colette pensó que probablemente sería Gina, que solía olvidarse las llaves con frecuencia. Le echó una mirada rápida al test, que todavía no decía nada, salió del baño, atravesó su habitación y abrió la puerta principal.

–¡Tanner! –exclamó sorprendida.

–Tenemos que hablar –dijo, y entró en el apartamento. Se sentó en el sofá y la miró con expectación.

–Creo que ya nos lo hemos dicho todo –contestó ella intentando que su tono de voz fuera frío.

–Tal vez tú sí, pero yo no he dicho todo lo que te tengo que decir. Ven aquí –dio unas palmaditas al sofá, junto a él.

Colette no quería sentarse a su lado, aunque lo deseaba desesperadamente. Cerró la puerta, se cruzó de brazos y se quedó de pie donde estaba.

–Si vas a sermonearme por el tipo de vida que llevo, ya puedes levantarte y salir de la ciudad –le dijo ella. Descruzó los brazos y empezó a caminar nerviosamente frente a él, incapaz de estarse quieta–. Sé que eres un hombre tradicional y que desapruebas todo lo que hago, pero eso no significa que tengas derecho a decirme hasta qué punto lo desapruebas, a mí y a mi vida.

–No he vuelto para decirte eso –se inclinó hacia delante y se pasó una mano por el cabello–. Tenías razón.

Ella dejó de pasear y lo miró sorprendida.

–¿En qué?

–En que no quiero que Gina se vaya, aunque ya es hora de que lo haga. Tenías razón cuando dijiste que la he educado para que sea

fuerte e independiente, y ahora es el momento de dejarla ir. Por supuesto, eso no significa que no vaya a preocuparme por ella y que no continúe siendo una parte importante en su vida.

–Me alegro, Tanner, pero no tenías que haber vuelto para decirme eso –al mirarlo volvió a sentir ese dolor en el corazón. ¿Por qué había ido? ¿Es que no sabía el tormento que para ella era verlo otra vez?

–Maldita sea, Colette –dijo de repente. Volvió a pasarse una mano por el cabello y después se levantó, dando unos pasos hacia ella–. No he vuelto para hablarte de Gina. Estaba dispuesto a marcharme a casa y seguir con mi vida.

–¿Y por qué no lo has hecho? –Colette luchó contra las lágrimas que amenazaban otra vez con acudir a sus ojos.

–No he podido. Lo he intentado. He puesto la radio y he tomado la interestatal hacia el oeste, pero no podía dejar de pensar en ti.

Ella volvió a mirarlo sorprendida.

–¿De qué estás hablando? –preguntó, inquieta por la vulnerabilidad que reconoció en su propia voz.

–Te estoy diciendo que de alguna manera te has colado dentro de mí –el color de sus ojos era el azul más profundo que ella había visto–. Cada vez que respiro pienso en tu aroma. Tengo tu risa metida en la cabeza y el tacto de tu piel en los dedos.

Colette se sentó en una silla. Sentía que las piernas le iban a fallar mientras escuchaba a Tanner.

Él se acercó y se detuvo justo delante de ella.

–No sé cómo ha ocurrido. Se suponía que esto iba a ser un sencillo viaje a la ciudad para recuperar a Gina, pero desde el momento en que te vi nada ha sido fácil.

Colette sintió una oleada de calidez al darse cuenta de que Gina había estado equivocada. Tanner no la había besado solo para ponerla de su parte, no la había abrazado solo para manipularla.

–Aunque sea una locura, en las últimas dos semanas me he enamorado locamente de ti. Y para serte sincero, eso me pone furioso.

La amaba. Colette sintió que la alegría la invadía, pero era una alegría empañada por una realidad dolorosa.

–¿Furioso? –preguntó ella–. ¿Por qué?

–Porque tú vives aquí y tienes un negocio. Y has dicho

claramente que no me necesitas, que no necesitas a nadie –se le quebró la voz, y en las profundidades de sus ojos Colette vio un dolor tan grande como el suyo propio. Tanner se metió las manos en los bolsillos y siguió mirándola–. Ni siquiera sé lo que sientes por mí, pero de lo que sí estoy seguro es que no tiene ningún sentido que te pida que te cases conmigo y que compartas tu vida conmigo en Dos Corazones.

Antes, cuando Tanner se había ido y Colette había creído que él había jugado con ella, se había sentido muy herida. Pero el amor que en ese momento se reflejaba en los ojos de Tanner era un dolor mayor, capaz de matarla. Una parte de ella deseaba desesperadamente agarrarse a ese amor y al futuro que le estaba ofreciendo, y otra parte estaba muerta de miedo.

Las emociones contradictorias hicieron que los ojos se le llenaran de lágrimas, mientras la alegría se transformaba en desesperación. ¿Cómo podía dejar todo lo que había conseguido en Kansas City para cambiarlo por el amor? ¿Eso no la convertiría en una persona como su madre?

–¿Colette? –Tanner se arrodilló a su lado y le agarró una mano–. ¿Por qué lloras?

Ella mantuvo los ojos firmemente cerrados. No quería ver a Tanner, no quería ver en sus ojos todo lo que ella estaba a punto de abandonar.

–Lloro porque yo también te quiero –dijo finalmente en un susurro–. Y porque me asusta lo mucho que deseo ser tu esposa y vivir en Dos Corazones.

Ahogó un grito y abrió los ojos cuando él la levantó de la silla y la abrazó.

–Dime de qué tienes miedo, Colette.

¿Cómo podía explicarle que estaba aterrorizada al pensar que podía perderse en él, que su propia identidad podía desvanecerse?

Él le limpió las lágrimas con los pulgares.

–Colette, te quiero y acabas de decir que me quieres. ¿Por qué estás tan triste?

Ella se liberó de su abrazo.

–¿No ves que es imposible? Si accedo a casarme contigo, si voy contigo a Foxrun y olvido mi vida aquí, entonces seré como mi madre, abandonando por un hombre todo lo que soy.

–Colette –volvió a abrazarla–. Eres una de las mujeres más fuertes e independientes que he conocido. Es imposible que puedas ser como tu madre. No estaría enamorado de ti si fueras débil –dio un paso atrás para alejarse de ella–. Y nunca te pediría que abandonaras todo lo que tienes aquí. Ya se nos ocurrirá algo, pero no voy a vivir sin ti.

Al oír esas sencillas y maravillosas palabras todos los miedos de Colette desaparecieron y su corazón se abrió con un amor tan intenso que la llenó por completo.

–Pídemelo, Tanner. Pídeme que me case contigo. Pídeme que haga de Foxrun y de Dos Corazones mi hogar –su voz temblaba con la emoción.

Antes de que pudiera terminar de hablar él le tomó las manos.

–Cásate conmigo, Colette. Comparte tu vida conmigo en Dos Corazones y construyamos una familia juntos. Cásate conmigo y hazme el hombre más feliz del mundo.

–Sí –dijo ella–. Sí, eso es lo que quiero –los ojos volvieron a llenársele de lágrimas mientras él la apretaba contra su pecho y la besaba.

Ese beso prometía pasión y amor, y gracias a él Colette supo que la decisión que acababa de tomar era la correcta.

Cuando dejaron de besarse él la condujo al sofá y se sentaron juntos, agarrados de la mano.

–Colette, sé que has trabajado duro para hacer de tu tienda un negocio con éxito.

Ella supo que Tanner estaba preocupado por cómo se sentiría al dejar la boutique. Le sonrió segura de sí misma, de sus decisiones y del camino que iba a tomar.

–Tanner, ya sabes que tengo a una mujer eficiente, inteligente y responsable trabajando para mí, y creo que con un mes o dos de aprendizaje podrá llevar la tienda perfectamente.

–¿De verdad crees que podrá hacerlo?

–Sin duda –él le apretó la mano aún más fuerte–. Y dijiste que todas las mujeres en Foxrun están deseando casarse, y eso significa que van a tener niños. Creo que Foxrun será un buen lugar para abrir una sucursal de La Boutique del Bebé –él abrió la boca para decir algo, pero Colette sacudió la cabeza, indicándole que aún no había terminado–. Sé que probablemente te habías imaginado que

te casarías con una mujer tradicional que no trabajaría fuera de casa, pero Tanner, yo…

–Shhh –él la cortó inclinándose hacia delante y besándola suavemente–. Te quiero, Colette, y te apoyaré en todo lo que quieras hacer. Lo único que quiero es hacerte feliz el resto de tu vida.

Colette nunca se había sentido tan feliz. Se sentía llena de alegría, pero al recordar de repente el test de embarazó la felicidad se desvaneció.

Tanner no había mencionado la inseminación artificial, y ella se preguntó si tal vez lo había olvidado.

–Tanner, ¿has olvidado que es posible que esté embarazada? –aguantó la respiración, preguntándose si después de todo perdería esa nueva vida que se abría ante ella.

La mirada de Tanner era suave y su expresión de amor no flaqueó.

–No, no lo he olvidado. Sigo pensando que si intentas educar a ese niño tú sola, ¿a quién le va a comprar feas corbatas para el Día del Padre? ¿Quién le va a enseñar a pescar? Ese bebé es parte de ti, yo te quiero y…

No pudo terminar de hablar porque Colette se lanzó a sus brazos y lo besó con toda la pasión y el amor que sentía.

–Me hice un test de embarazo justo antes de que volvieras –dijo cuando dejó de besarlo.

–¿Y cuál es el resultado?

–Todavía no lo sé. Llegaste y no he podido comprobarlo.

Él sonrió indulgentemente.

–Entonces supongo que deberíamos ir a verlo.

Juntos se levantaron del sofá y se dirigieron al baño. El corazón de Colette latía rápidamente. Por primera vez no estaba segura de lo que quería encontrar al ver el resultado. Antes había deseado un bebé, pero en ese momento quería el bebé de Tanner.

Estaba a punto de entrar en el baño cuando Tanner la tomó de la mano, abrazándola.

–Quiero decirte algo antes de que lo mires.

–¿Qué?

Deslizó un dedo por la mejilla de Colette y por un momento ella sintió que se ahogaba en el amor que reflejaban los ojos de Tanner.

–Si estás embarazada, voy a querer a ese bebé con todo mi corazón y con toda mi alma. Y si no lo estás, eso será en lo primero que trabajemos desde el momento en el que pronunciemos los votos.

Colette sintió que la invadía un calor dulce al pensar en hacer el amor con él.

–¿Lo prometes?

Él le dedicó una sonrisa sexy.

–Oh, sí, lo prometo. De hecho, en lo que a mí respecta no tenemos que esperar ni un minuto más para que empiece a cumplir esa promesa.

Colette volvió a sentir esa calidez mientras veía el deseo y el amor en los ojos de Tanner. Le apretó la mano, entró en el baño y miró el test.

En la ventanita del test había un signo menos. Salió del baño y se detuvo junto a Tanner.

–No estoy embarazada.

–Cariño, ¿estás decepcionada?

Ella sonrió y se perdió en su abrazo.

–¿Decepcionada? ¿Cómo puedo estar decepcionada cuando el primer bebé que voy a tener es del hombre que amo?

–Te amo, Colette –le susurró al oído. Después la besó de nuevo, y en ese beso iba la promesa de un futuro que Colette nunca habría creído posible.

Epílogo

Colette se miró en el espejo de cuerpo entero que había en la sala trasera del centro social de Foxrun. Fuera, en el salón principal, se había congregado toda la ciudad para presenciar su boda con Tanner.

Solo habían pasado unas seis semanas desde que Tanner y ella se confesaron el amor que sentían el uno por el otro. Habían sido las seis semanas más agitadas de la vida de Colette. No solo había instruido a Gina sobre el negocio, sino que también había visitado el rancho y alquilado un local en Foxrun que sería la nueva sucursal de La Boutique del Bebé.

Habían sido unas semanas mágicas, y cada día se había sentido más enamorada de Tanner. Y unos minutos más tarde se convertiría en su mujer. Se estremeció de placer.

Se giró al oír que la puerta se abría, y sonrió al ver entrar a Gina, que estaba resplandeciente con un vestido largo de color rosa que acentuaba su cabello oscuro.

–¡Oh, Colette! –juntó las manos mientras corría al lado de su amiga–. Estás preciosa. Me alegro de que hayas elegido un vestido de novia tradicional.

Colette sonrió.

–Tu hermano insistió en ello. Dijo que como sólo iba a casarme una vez en mi vida, tenía que hacerlo bien. Y ya sabes cómo es tu hermano…

–¡Endemoniadamente terco! –dijeron las dos a la vez riéndose.

–Siento que tu madre no esté aquí –dijo Gina.

El dolor que solía sentir al pensar en su madre se había suavizado, dejando en su lugar un punzada de pena.

–Ella se lo pierde –contestó Colette–. Ella nunca será feliz y yo no puedo cambiar eso. Además, aquí tengo toda la familia que necesito, y una casa y una ciudad de las que también me he enamorado.

Gina se acercó y abrazó a Colette.

–Me alegro mucho por ti, Colette. Y nunca había visto a Tanner tan feliz. Sé que vais a tener una vida maravillosa.

Las dos se volvieron cuando alguien llamó a la puerta.

–Adelante –dijo Colette.

Bailey Jenkins, el veterinario de la ciudad y un buen amigo de Tanner, asomó la cabeza.

–Todo el mundo está preparado. Estamos esperando a la novia.

–Enseguida salimos –contestó Gina. Volvió a mirar a Colette–. ¿Estás preparada?

Colette respiró profundamente y asintió con la cabeza. Las dos mujeres salieron juntas de la sala y atravesaron el pasillo que conducía al salón principal. Un camino de pétalos blancos de rosa esperaba a Colette, y al final estaba Tanner.

Mientras la marcha nupcial comenzaba y Gina y Bailey se dirigían hacia el pastor, Colette sólo tenía ojos para el hombre que iba a convertirse en su marido.

Estaba tremendamente atractivo con un esmoquin blanco, y la sonrisa que tenía en los labios llenó a Colette de alegría.

Comenzó a caminar por el pasillo lentamente, sin dejar de mirar a Tanner. Cuando llegó a la mitad apresuró el paso, medio corriendo hacia el ranchero atractivo, cariñoso y «endemoniadamente terco» que le había abierto la puerta del amor.

* * * * *

Si te ha gustado *El hombre más adecuado* de Carla Cassidy, no te pierdas el próximo mes *El matrimonio más adecuado.*